

HQN™

# OLGA SALAR

*Enamorarse:*  
clases prácticas



OLGA  
SALAR  
*Enamorarse:*  
clases prácticas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2019 Olga Salar  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Enamorarse: clases prácticas, n.º 179 - febrero 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.  
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.  
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.  
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.  
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1307-519-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo A PRIMERA VISTA](#)

[Capítulo 1 SÍ QUE LA HEMOS HECHO BUENA](#)

[Capítulo 2 COMO EL LATIDO DE UN CORAZÓN](#)

[Capítulo 3 YO TAMBIÉN PUEDO HACERLO](#)

[Capítulo 4 ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?](#)

[Capítulo 5 SOY UNA PROFESIONAL CUALIFICADA](#)

[Capítulo 6 ¿DE VERDAD TODOS LOS HOMBRES SON IGUALES?](#)

[Capítulo 7 HOY ES EL PRIMER DÍA DEL RESTO DE MI VIDA](#)

[Capítulo 8 ¿BAILAMOS?](#)

[Capítulo 9 QUE ESTO SE ACABE PRONTO, POR FAVOR](#)

[Capítulo 10 ¿QUIEN TIENE UN HERMANO TIENE UN TESORO?](#)

[Capítulo 11 NO SOY YO, ERES TÚ](#)

[Capítulo 12 ESO YA NO ES ASUNTO MÍO](#)

[Capítulo 13 ES IMPRESCINDIBLE SABER LO QUE TU PELO PUEDE HACER POR TI](#)

[Capítulo 14 LA MÚSICA AMANSA A LAS FIERAS](#)

[Capítulo 15 UNA OFERTA QUE NO SE PUEDE RECHAZAR](#)

[Capítulo 16 \*CARPE DIEM, MY FRIEND\*](#)

[Capítulo 17 UN POCO DE GLAMUR, POR FAVOR](#)

[Capítulo 18 JUNTOS, PERO NO REVUELTOS](#)

[Capítulo 19 HA SIDO UN SIMPLE MALENTENDIDO](#)

[Capítulo 20 CATALINA, DEJA DE PENSAR TONTERÍAS...](#)

[Capítulo 21 UN DELICIOSO ERROR](#)

[Capítulo 22 UNA LOCURA DE VEZ EN CUANDO NO HACE DAÑO](#)

[Capítulo 23 UNA NOCHE DIFERENTE](#)

[Capítulo 24 ES COSA DE UNA NOCHE](#)

Capítulo 25 DESAYUNO SIN DIAMANTES

Capítulo 26 NO ES MÁS QUE UN MALENTENDIDO

Capítulo 27 ¿NO ERA ESO LO QUE QUERÍAS? PUES AHÍ LO TIENES

Capítulo 28 ASÍ DEBIÓ SENTIRSE CENICIENTA

Capítulo 29 MÁS DE LO MISMO...

Capítulo 30 UN BAÑO DE REALIDAD

Capítulo 31 CADA VEZ ME GUSTAMÁS

Capítulo 32 ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Capítulo 33 LOS AMIGOS DE MIS AMIGOS SON MIS AMIGOS

Capítulo 34 NADIE SABE QUÉ PASARÁ MAÑANA

Capítulo 35 ¿QUÉ ESTÁ QUÉ?

Capítulo 36 ¡MENUDA LOCURA!

Capítulo 37 HOY ES NOCHE DE CHICAS

Capítulo 38 ¿QUÉ ME HE PERDIDO?

Capítulo 39 Y EL RELOJ SIGUIÓ DANDO LA HORA...

Capítulo 40 NUESTRA PRIMERA CITA

Capítulo 41 ¿SOMOS UNA FAMILIA FELIZ?

Capítulo 42 ENCANTADA CON EL NUEVO YO

Capítulo 43 TODO NO PUEDEN SER MALAS NOTICIAS

Capítulo 43 PUEDO SEGUIR CON MI VIDA, ES SOLO CUESTIÓN DE DEJAR QUE  
PASEN LOS DÍAS...

Capítulo 44 ESO NO ES DE TU INCUMBENCIA

Epílogo SÍ, QUIERO

Si te ha gustado este libro...

*Los espejos se emplean para verse la cara; el  
arte para verse el alma.*  
GEORGE BERNARD SHAW

Para Aitana, para que siempre persiga sus sueños por muy imposibles que estos parezcan.

Para todos aquellos que siguen creyendo que los sueños se pueden cumplir.

## Nota de la autora

*Enamorarse: clases prácticas* es una novela en la que llevo trabajando algún tiempo. La he ido aparcando y retomando en varias ocasiones, hasta que finalmente le he dado prioridad y aquí la tenéis.

Como comprobaréis, trata temas con ciertas complejidades técnicas, como son la restauración de obras de arte y el baile.

Puede que os resulte chocante que equipare a ambas en cuanto a dificultad, pero dado que yo tengo dos pies izquierdos y que el baile me aterra, puedo asegurar que para mí tienen más o menos la misma complejidad.

Sea como sea, mi intención con esta nota es justificar cualquier licencia que me haya tomado al respecto. Si bien investigué mucho sobre el arte de la restauración, desde los procedimientos hasta los materiales utilizados para este fin, también es cierto que he tenido que cubrir algunas lagunas con un poco de sentido común y un mucho de imaginación. Pido perdón si me lee algún restaurador y encuentra más fallos de los que debería. Mi intención era crear una novela romántica que entretuviera e ilusionara al lector, y espero, al menos, haber conseguido eso.

Respecto al baile, he tenido la suerte de ver el ambiente que reina en las academias de ritmos latinos y puedo decir que, aunque lo que sucede en la novela es ficción, el compañerismo que encontramos en ella se asemeja mucho a la realidad.

Gracias a todos por vuestra comprensión y, como he dicho, espero que disfrutéis de la lectura.

## **Prólogo**

### **A PRIMERA VISTA**

Catalina Obando acababa de enamorarse, así de golpe, sin pasar por los diversos estados que conllevan al enamoramiento, ni medias tintas que la hicieran replantearse la situación. El flechazo fue instantáneo y profundo, exactamente igual que el que sufrían las protagonistas de las novelas románticas históricas con las que tanto disfrutaba.

Suspiró mentalmente, ella no podía hacer las cosas como todo el mundo, no. Tenía que complicar un gesto tan cotidiano como perder la cabeza por un hombre atractivo. Si se pareciera en algo a su hermana mayor habría comenzado por fijarse en sus labios, demasiado perfilados para los de un hombre, y, aun así, masculinos y perfectos para su rostro de mandíbulas marcadas; después se hubiera prendado de sus ojos gris azulado, y aunque Eugenia hubiera seguido por sus anchos hombros, que se adivinaban bajo el impecable traje de chaqueta de corte italiano, Catalina se deleitó en sus grandes manos y en el efecto que podrían tener sobre un cuerpo femenino bien dispuesto a recibirlas.

Ahogó un grito en su cabeza, y parpadeó varias veces para recuperar la compostura, ¿qué le estaba pasando? Ella no se dedicaba a pensar en ese tipo de cosas en una entrevista de trabajo y mucho menos con un hombre al que acababa de conocer y que si la suerte se ponía de su lado, por una vez, sería su jefe directo.

Debía de ser la reacción normal al amor, decidió, poco familiarizada con el sentimiento. A sus veintiséis años era la primera vez que se enamoraba. Si bien era cierto que había estado encaprichada de otros hombres, nunca había sufrido un flechazo como el que acababa de noquearla y de lograr que balbuceara pensamientos demasiado ardientes a la vez que absurdos.

Se esforzó por regresar a su díscola mente al pulcro despacho en el que se encontraba cuando vio que Aiden Fischer alzaba la cabeza de su carta de recomendación y movía sus impresionantes labios para hablarle:

—Señorita Obando, si bien el museo no acostumbra a contratar a recién licenciadas, la recomendación del doctor Doyle, ha inclinado la balanza a su favor. El puesto es suyo —anunció levantándose y tendiéndole la mano—. Bienvenida al departamento de restauración y conservación de la National Gallery of London.

—Muchas gracias, señor Fischer. —Estrechó la mano cálida que él le ofrecía, estremeciéndose por el contacto.

—No tiene por qué dárme las. Esta entrevista era una mera formalidad. El trabajo es suyo por decisión unánime. Debe de haberles causado muy buena impresión a los que realmente mandan —dijo riendo.

Por puro instinto, Catalina se llevó la mano a su pelo, para apartarse la morena coleta rizada de su hombro, lamentándose por no haberse dejado el cabello suelto. Si lo hubiera hecho ahora parecería mayor y más curtida, y Aiden Fischer no habría argumentado sobre su inexperiencia. Sobre todo, porque en realidad hacía más de dos años que se había licenciado en las dos especialidades que había cursado en la universidad: Historia del Arte y Bellas Artes. Lo que la alejaba veinticuatro meses de la etiqueta de recién licenciada con la que él la había cargado.

Los años siguientes, tras terminar las carreras, los dedicó a su doctorado, de modo que si bien acababa de salir de la universidad no era tan inexperta como él había argumentado, y seguramente mucho mejor formada que los demás candidatos al puesto. Había pasado los últimos tres veranos restaurando frescos de iglesias en España, país del que procedía su familia y en el que ella misma había nacido.

—Por favor, llámame Aiden —pidió él—. Puede que sea el director del departamento de restauración, pero también somos colegas, y, sobre todo, no soy ni tan viejo ni tan remilgado —dijo, ofreciéndole una sonrisa que hubiera tentado a cualquiera con menos dominio de sí misma.

Catalina le devolvió la sonrisa con timidez. Por supuesto que no era tan viejo. Antes de acudir a la entrevista le había investigado lo suficiente como para saber que tenía treinta y un años, que solo hacía uno que ostentaba el cargo de director de restauraciones y que era divorciado. Sabía también que era la primera vez que un americano se hacía con un cargo tan importante en el

museo, lo que había despertado sus ansias de ver su labor y descubrir qué era lo que le hacía tan especial.

—Me permitirás que yo te llame Kate a ti, ¿verdad? —Catalina supo en ese mismo instante porque Aiden Fisher tenía éxito con las mujeres.

Era imposible que la sonrisa que le estaba ofreciendo no consiguiera su cometido con cualquiera de las chicas que tuvieran la suerte de recibirla: hacer que se sintieran especiales.

—No.

La sorpresa de Aiden fue auténtica. Catalina dedujo que porque no estaba acostumbrado a que ninguna mujer le negara nada.

—Quiero decir que no me llamo Kate. Mi nombre es Catalina. —Se dio cuenta que él bajaba la mirada hasta los papeles que había estado leyendo para comprobar que no se había equivocado con su nombre.

La vergüenza hizo que se sonrojara, pero no estaba dispuesta a ceder en ese punto. En realidad, era en lo único en lo que no agachaba la cabeza y cedía, era una persona tranquila, que valoraba el sosiego y el entendimiento, pero en lo referente a su nombre sacaba el carácter latino del que su familia hacía gala, y que ella no había heredado, al menos en la misma medida que ellos, y defendía su postura hasta el final.

Desde que con dos años se mudó a Londres con sus padres y su hermana mayor, todos sus profesores habían querido en un momento u otro cambiarle el nombre, o más bien adaptarlo al país en el que se encontraban, y todas y cada una de las veces en que eso sucedía, Catalina se mostraba implacable.

—Lo siento, el doctor Doyle no lleva muy bien que no haya querido traducir mi nombre al inglés, y ha decidido hacerlo él por mí. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que me llamo Catalina y no Kate.

—Entiendo. ¿Puedo preguntar por qué no lo has hecho? —Parecía interesado en su respuesta—. Estoy seguro de que te habría facilitado mucho las cosas.

—Soy española, aunque haya vivido en Inglaterra más tiempo que en España. No estoy dispuesta a olvidarme de ello o a que los demás lo olviden. Y mi nombre es parte de quien soy.

Aiden admiró la determinación con que hablaba, él mismo era un inmigrante en Londres. Americano de nacimiento, se había esforzado mucho por mantener su acento, un rasgo que formaba parte de su personalidad.

—En ese caso haces honor a tu nombre. La reina Catalina fue muy querida

por su pueblo, lástima que no lo fuera también por su marido —bromeó, con intención de que no se sintiera incómoda por el gesto de su antiguo profesor.

Ella sonrió al comprobar que conocía la historia de su paisana y tocaya.

—En ese caso, Catalina, te doy mi palabra de que no lo olvidaré — prometió, antes de indicarle que hablara con su secretaria para que se pusiera en marcha su contratación.

Lástima que una semana después, cuando regresó para trabajar de restauradora en el museo de sus sueños, Aiden Fischer hubiera olvidado por completo su promesa y, por supuesto, su nombre.

## Capítulo 1

# SÍ QUE LA HEMOS HECHO BUENA

*Tres años después*

—No me puedo creer que tengas tanta suerte —vociferó April, sabiendo que no había nadie más en la sala.

—No es suerte, soy muy buena en mi trabajo —se defendió Catalina, aun sabiendo que su amiga no lo estaba cuestionando.

De algún modo las noticias la tenían intranquila.

—Yo también lo soy y el jefe no me ha escogido a mí para restaurar el maravilloso retrato de Lord Byron que va a prestarnos la National Portrait Gallery para la nueva exposición, y encima, según tengo entendido, ha decidido remangarse y ponerse a trabajar codo a codo contigo.

—En ese caso no creo que sea buena idea felicitarme. Seguramente me cree más problemas de los que vaya a resolver. Lleva demasiado tiempo detrás de un escritorio como para que me vaya a servir de ayuda.

April arrugó la nariz ante el comentario de su amiga y compañera de trabajo, no obstante, decidió obviarlo y seguir con su entusiasmo.

—Celebrémoslo esta noche. Es viernes y nos lo hemos ganado. Nos tomaremos unas pintas y buscaremos a algunos tipos guapos que se merezcan nuestra fabulosa compañía.

April siempre salía con ese tipo de ocurrencias, pero a la hora de la verdad nunca hacía nada que no meditara rigurosamente.

Su amiga era una soñadora atípica que solo se dejaba llevar por impulsos calculados de antemano. Era la menor de tres hermanos varones que la habían sobreprotegido toda su vida, por ello era tan meticulosa en sus acciones.

—Lo siento, no puedo quedar. Hoy voy a salir con Eugenia, ¿qué te parece

si lo dejamos para otro día? Por ejemplo, cuando estemos seguras de que hay algo que celebrar.

—¡Eres imposible! —la regañó su amiga.

No replicó. No podía hacerlo puesto que April tenía razón. Debería estar saltando de felicidad por trabajar en la restauración del cuadro de Byron con el director del departamento, pero, aunque académicamente estaba encantada, a un nivel personal el asunto estaba lejos de emocionarla.

Se quedó en silencio recordando su primer encuentro tras su incorporación al museo. Había llegado ese día tan llena de esperanzas...

—Disculpe, señorita, pero estos ascensores son para uso exclusivo de los empleados del museo —musitó una voz a sus espaldas.

Catalina se había dado la vuelta, nerviosa. Habría reconocido a la persona que hablaba en cualquier parte. A pesar de haber intercambiado con él unas pocas frases, semanas antes.

Le ofreció una sonrisa tímida.

—Buenos días, señor Fischer.

Él la miró tratando de recordar el motivo por el que ella sabía su nombre.

La seguridad de Catalina se esfumó con rapidez.

—Hoy es mi primer día —anunció, tratando de recuperarse.

Era evidente que él no recordaba haberla entrevistado y mucho menos haberla considerado merecedora del puesto de trabajo.

—¿En qué departamento?

—Restauración.

Aiden asintió, visiblemente incómodo.

—Bienvenida a la The National Gallery, señorita...

—Doctora —su tono fue firme. La indignación que sentía le dio fuerzas—. Doctora Obando. Doctora Catalina Obando.

El director del departamento asintió por educación, pero su interés se esfumó en cuanto otros empleados se acercaron para esperar junto a ellos al ascensor que los llevaría a las entrañas del museo.

Aun tras tan mal comienzo todavía había conservado los sueños románticos que él le había despertado... Hasta que se dio cuenta de que era una pérdida de tiempo y de energía.

Durante su primer año de estancia en el departamento había levitado de felicidad e ilusión cada vez que se topaba con Aiden Fisher en los pasillos, el segundo año abandonó la ilusión y, cuando el destino o el trabajo lo ponía en

su camino, solo le aportaba la sensación de que el mundo se ralentizaba a su alrededor. El tercer año se dedicó a evitarle, sin ser grosera. No había ninguna posibilidad de que ese hombre se fijara en ella, y, aunque tarde, al final terminó por darse cuenta. Poner distancia entre ellos era lo más inteligente que podía hacer y, desde luego, era menos doloroso evitarle que ser testigo de su indiferencia.

A esas alturas lo que menos necesitaba era verse obligada a trabajar codo con codo con el hombre del que se había creído enamorada, y que fue incapaz de incumplir una promesa tan sencilla como recordar su nombre.

De modo que sí, aunque una parte de ella tuviera que estar emocionada por su nuevo proyecto, la otra lo temía casi tanto como a la descabellada idea de su hermana mayor, quien pretendía arrastrarla hasta una academia de baile en la que encontrar al semental perfecto que la dejara embarazada.

Se frotó las sienes intentando aligerar la tensión que le estaba produciendo dolor de cabeza.

—Pregunta comprometida —anunció April. Dado que el trabajo de restauración implicaba silencio y mucha concentración, habían inventado un juego para restarle importancia a la seriedad de la jornada. Dicho juego consistía en hacer preguntas absurdas que requerían una respuesta seria por parte del receptor—. Si tuvieras que besar a Aiden Fischer en alguna parte de su cuerpo, ¿dónde lo besarías? Y no vale decir los labios.

—No lo besaría en ningún lado.

—¡Error! Esa respuesta tampoco es válida. ¡Tómatelo en serio!

Catalina suspiró exageradamente para mostrarle a su amiga lo pésima que le había parecido la pregunta y se tomó unos segundos para pensar en su respuesta.

—En el cuello.

—¿Por qué? Sabes que tienes que dar una explicación.

—Porque es más o menos la zona por la que, dada mi estatura, llegaría sin tener que ponerme de puntillas o hacer que él se agachara y, como dudo que él fuera a ponérmelo tan fácil y a inclinarse hacia mí, me quedo con el cuello. Que, además, es una zona neutra.

—¿El cuello una zona neutra? No estoy de acuerdo con esa apreciación.

Catalina se encogió de hombros y siguió con lo que estaba haciendo.

—¿Deberíamos hacer una pausa? —preguntó April unos minutos más tarde—. Parece que hoy se te cae todo de las manos.

—Me parece bien. ¿Te apetece un café?

—Claro. Yo iré a por ellos. Es evidente que el descanso te hace más falta a ti que a mí. Hoy tienes una pinta horrible —bromeó, mientras se quitaba los guantes y salía de la sala de limpieza en la que estaban trabajando.

Llevaban varias semanas raspando capas de suciedad de cuadros que estaban en la reserva porque la administración del museo tenía en mente dedicar una sala a artistas victorianos que hasta el momento habían estado alejados de los visitantes.

Catalina también se quitó los guantes, ansiosa por desconectar, aunque fuera unos minutos y se sentó a la espera del prometido café.

No podía evitar preocuparse y por algún motivo, en tan solo unas pocas horas, su vida apacible estaba comenzando a tambalearse como los primeros movimientos de un tsunami.

La noche anterior había recibido la alarmante llamada de su hermana mayor y, con ella, la noticia de que las había matriculado en una academia de bailes latinos y de salón. El detalle no sería tan preocupante si Eugenia no le hubiera explicado el motivo por el que lo había hecho. Y es que tras ver fracasar su matrimonio con Arthur Aldridge, principalmente por no haber podido engendrar el hijo que la familia de este reclamaba como obligación insalvable; Eugenia, segura de que la culpa de no haber podido quedarse embarazada no era suya, había decidido desquitarse y buscar al candidato perfecto que cumpliera su sueño de ser madre, y se convirtiera en el padre ausente que necesitaba.

—Quiero ser madre, Cata.

—Y me parece muy bien, pero por qué lo buscas en una academia de baile. Tu entorno social es mucho más amplio y...

—Me niego a buscar al padre de mi hijo en mi entorno social.

Al comprender que por ese camino no iba a conseguir nada decidió jugar fuerte.

—¿Y qué pasa con Arthur? ¿Cómo crees que se va a sentir cuando sepa que te has quedado embarazada de un tipo con el que solo pasaste una noche?

—Te recuerdo que estamos divorciados. No tengo que estar pendiente de sus sentimientos.

—Lo sé, pero él te quiere.

—Quiere más a su madre, ese es su problema —argumentó en un tono que dio a entender a Catalina lo dolida que todavía estaba su hermana.

—No me digas que esto es por lo que te hizo tu suegra.

—Mi exsuegra y no, no tiene nada que ver con ella. ¿Vas a acompañarme o no?

Catalina suspiró sonoramente.

—¿Puedo negarme?

—No, pero sería muy poco amable por tu parte que lo intentaras.

—De acuerdo. ¿Cuándo? —aceptó.

Después de todo no podía dejar a Eugenia sin supervisión adulta. El mayor problema que se avecinaba esa noche era que catalina no tenía ningún sentido del ritmo, y lo que menos le apetecía era pasarse la noche demostrándose a extraños.

Se oyeron unas palmas a través de la línea y un golpe seco, como si a Eugenia se le hubiera caído el teléfono de las manos.

—Gracias. Estoy segura de que te va a encantar —dijo unos segundos más tarde de lo esperado—. Imparten bailes latinos y de salón y, además, la academia es el centro neurálgico de los españoles en Londres. Va a ser una forma interesante de volver a sentirnos españolas.

—Permíteme que lo dude —se quejó—. Un par de bailes no pueden cambiar una vida de exquisita puntualidad inglesa.

—No seas agorera.

—Un momento, ¿lo has hecho por eso? ¿Quieres que tu bebé tenga un padre español?

—Quiero que mi bebé sea una persona apasionada. Con sangre en las venas... Que sepa disfrutar de la vida. Los ingleses son demasiado... aburridos. Con Arthur cumplí sobradamente con el cupo obligatorio por vivir aquí.

—¡Estás loca! Yo soy española y no soy como dices. Que alguien haya nacido en un país no significa que vaya a tener un carácter predeterminado.

—Tú eres un caso de estudio —zanjó, sin querer entrar en polémicas—. Hasta mañana, hermanita. Te quiero.

La aparición en ese instante de April volvió a Catalina a la realidad.

—¿Te encuentras mejor? Ahora tienes un poco más de color en las mejillas.

Hizo una mueca.

—Estoy segura de que lo estaré después del café —dijo aceptando la taza que le tendían—, ¿le has puesto doble de azúcar?

—¡Ups! Ni doble ni simple. Se me ha olvidado el azúcar —confesó April,

pero su comentario parecía forzado, como si estuviera mintiendo, algo que se le daba realmente mal.

—Voy a por él —resolvió Catalina, poco dispuesta a hacer preguntas. Se levantó de la silla de un salto, decidida a endulzar su triste mañana—. ¿Tú quieres? —preguntó alargando la mano para coger su taza.

—No, no. Mi café tiene azúcar.

Catalina achicó los ojos, pero no dijo nada. La actitud de April era un poco sospechosa, pero en esos instantes estaba más interesada en el café, y en lo que haría la glucosa en su sangre, que en comprender el comportamiento de su compañera de trabajo.

Por ello se encaminó hasta la sala de descanso, taza en mano, sin molestarse en adivinar el misterio que envolvía a su amiga. No obstante, no llegó a entrar, sino que se quedó parada en la puerta, paralizada por la imponente presencia de Aiden Fisher, quien, de espaldas a ella, se estaba sirviendo un café en su propia taza blanca con una imagen de la Estatua de la Libertad en medio, como si con ello pretendiera recordarles a todos que era americano. ¿Pero qué estaba haciendo allí? ¿Se habría estropeado la impresionante cafetera italiana de su despacho?

Iba a darse la vuelta y a regresar por donde había llegado, consciente de que el motivo por el que su café estaba amargo era culpa de las fantasías románticas de April, de que Catalina conquistara al jefe.

—No tendría que haberle contado nada —musitó en voz bajita—, y mucho menos haberle prestado mis novelas.

Para su mala suerte, el oído de Aiden era muy afilado porque se giró en ese instante, y al verla le ofreció una sonrisa deslumbrante que compitió con su pelo dorado por ver cuál brillaba más.

—¡Kate! Precisamente la persona a la que deseaba ver —comentó y Catalina comprendió el motivo por el que había descendido a los infiernos, como así llamaban a la planta más baja del museo, la de conservación, en la que se limpiaban y restauraban las obras que estaban en las colecciones de exposición o las que iban a exponerse y necesitaban ser restauradas.

La ira hirvió en su sangre cuando le escuchó llamarla con un nombre que no era el suyo. Tuvo que respirar profundamente antes de controlarla. Era más que evidente que se había olvidado de la conversación que mantuvieron en su primer encuentro. Aunque esta vez, al menos, sabía que era una trabajadora del museo.

—¿Quería hablar conmigo, señor Fisher?

Él arrugó el ceño y a pesar de ello siguió sin perder un ápice de atractivo.

—Lláname Aiden, por favor —pidió con una sonrisa.

—Catalina.

—¿Disculpa? —a pesar del tono utilizado, algo en sus ojos llamó la atención de Catalina. Algo malicioso.

—En ese caso tú puedes llamarme Catalina. Ese es mi nombre, no me llamo Kate. Estaba segura de que te lo había dejado claro el día que me contrataste —dijo con voz acerada y una enorme sonrisa—. Veo que me equivoqué.

—Lo lamento. A veces tiendo a olvidarme de cosas... importantes.

Ella admitió interiormente que el tipo sabía cómo aplacar a una mujer.

—Ya está olvidado. ¿Para qué deseabas verme? —su voz no emitió ningún tono que pudiera mostrar su fascinación por él.

—Quería citarte el lunes a las diez en mi despacho. Le habría pedido a Norma, mi secretaria, que te llamara, pero me pareció más acertado bajar en persona a decírtelo, ahora que vamos a trabajar juntos.

Ella asintió.

El teléfono móvil comenzó a vibrar en ese momento en el bolsillo de su bata, pero Catalina no hizo ningún gesto para cogerlo.

Aiden la miró significativamente, no obstante, ella le ignoró.

—Gracias por tu deferencia. Si no deseas nada más de mí, nos veremos el lunes.

Él no apartó la mirada de ella al tiempo que asentía.

—¡Por supuesto!

Catalina estaba tan alterada que se fue de allí sin el azúcar. Algo que lamentó el resto del día, porque una cosa tenía clara, no iba a volver a por él.

## Capítulo 2

# COMO EL LATIDO DE UN CORAZÓN

—No seas cobarde. Solo es una academia de baile, te aseguro que no se hacen sacrificios humanos y tampoco hay monstruos ni marcianos; no pongas esa cara de susto —la regañó Eugenia, cuando bajaron del taxi, que las había dejado a las puertas de su destino. Estaba parada al lado de Catalina, retocándose el cabello castaño con hilos dorados y tirando de su vestido para presentarse perfecta.

Había tomado la decisión de cambiar su vida y el primer paso para lograrlo era entrar en esa academia y volver a sentirse ella misma de una vez por todas. A pesar de lo mucho que había amado a Arthur, convivir con los Aldridge le había pasado factura y, aunque se hiciera la fuerte frente a su familia, una mujer segura de sí misma, lo cierto era que el fracaso de su matrimonio la había dejado tocada y necesitaba sentir que volvía a retomar el dominio de su vida.

—Me da más miedo lo que tú esperas que haya ahí dentro —apuntó Catalina.

—¿Y qué se supone que espero?

—Un donante de esperma.

—Bueno, eso no voy a discutirte. A ser posible moreno, alto, atractivo y con mucho ritmo —bromeó.

Sabía que Catalina estaba preocupada por ella. Su hermana pensaba que esa era la única motivación que la había llevado hasta allí, no obstante, en esos instantes no tenía ganas de explicarle que esa era la parte más insignificante de todas. Lo que menos deseaba era asustarla hasta el punto de hacer que saliera corriendo.

—¿Por qué no le haces una visita a la tía Carmen? Estoy segura de que

estaría encantada de ayudarte a encontrar pareja —y era totalmente cierto, la hermana de su madre era una casamentera con bastante éxito entre sus amigos.

Eugenia la miró molesta.

—No puedo irme de viaje ahora. Tengo mucho trabajo por hacer.

—Por supuesto —replicó Catalina irónica.

—Acabo de firmar un contrato para decorar el ático más perfecto que puedas imaginar. Si pudiera pagarlo me lo habría comprado para mí misma, pero está en Kensington y totalmente fuera de mi alcance.

—Haberle pedido ayuda a papá.

Eugenia negó con énfasis. Aunque sus padres habían construido un imperio a base de trabajo duro, las habían educado para ser independientes y consideradas.

—Me gusta mi casa y tampoco voy a irme a ninguna parte —y añadió con una sonrisa—. Por eso esta academia es la opción perfecta. No quiero que mi hijo sea un británico frío y estirado, y según tengo entendido, esta academia —señaló la entrada con el dedo, decidida a molestar a Catalina por permitirse juzgarla sin saber—, es el punto de encuentro entre los españoles en Londres.

—Sigo pensando que si lo que buscas es un español el mejor lugar para encontrarlo es España.

—Y yo acabo de decirte que no puedo viajar ahora —se quejó Eugenia comenzando a sentirse molesta.

—Estás completamente chalada.

—Es parte de mi encanto. ¡Vamos!

Tiró de ella sin muchos miramientos. Unas puertas de cristal ahumado, con grandes letras negras con el nombre de la academia, las separaban del salón de baile. Las abrió con ímpetu y descubrió un vestíbulo con un escritorio y otras puertas de madera más allá de él.

La mujer tras la mesa las recibió con una sonrisa.

La sorpresa las dejó petrificadas unos instantes. Sus ojos rasgados y su pelo oscuro y lacio no era lo que ninguna de las dos hubiera esperado encontrarse allí.

—Buenas tardes —dijo en inglés con un marcado acento que ninguna de las dos logró situar.

—Buenas tardes —saludó Eugenia en español—, mi hermana y yo queríamos información sobre las clases de baile —apuntó sonriente.

La mujer, de unos treinta y pocos, les devolvió encantada la sonrisa, y las

saludó cambiándose al español. Para sorpresa de ambas la mujer hablaba el idioma como una auténtica nativa.

Vestía un pantalón oscuro y un jersey de punto de color verde musgo. Con mucha amabilidad les explicó en qué consistían las clases, los horarios y el precio.

Una vez que les expuso todo lo que necesitaban saber las invitó a ver las instalaciones. Era costumbre que asistieran a la primera clase para ver si les gustaba antes de comprometerse a pagar la matrícula y la inscripción.

Sonia, que así se llamaba la recepcionista asiática, les mostró los vestuarios y finalmente abrió la puerta de la sala de baile y les cedió el paso para que pasaran primero. Eugenia entró sin titubeos, Catalina tuvo que pensárselo antes de continuar. ¿De verdad estaba dispuesta a recibir clases de baile? El sentido del ritmo nunca había sido una de sus cualidades.

De acuerdo que no era lo mismo hacer el ridículo ante amigos que ante desconocidos, pero ¿qué necesidad tenía de ello?

Una sala enorme, con espejos en las dos paredes del fondo, se abrió ante ellas. Había bancos de madera en los laterales, y unas cinco personas que las miraban con curiosidad. En un amplio rango de edades.

Al fondo, en un lateral, había una mesa larga llena de comida y unas sillas plegables, cuidadosamente colocadas contra la pared.

Del techo colgaban las típicas lámparas, no obstante, lo que destacaba eran los farolillos de colores y las banderitas que iban de un lado a otro del salón.

El ambiente era colorido y alegre, tuvo que aceptar Catalina. Que siempre optaba por los colores oscuros.

—Carlos —llamó Sonia—, te traigo alumnas nuevas.

El tal Carlos, se acercó hasta ellas sonriendo.

Catalina se fijó en el modo en que la camiseta blanca se agarraba a sus músculos e inmediatamente pensó en Ricky Martin. Llevaba el pelo castaño claro, despeinado y tenía la misma mandíbula cuadrada que el cantante, aunque el tal Carlos era bastante más atractivo que el puertorriqueño.

—Bienvenidas, soy Carlos —anunció con un acento cubano muy sexy.

—Eugenia —su hermana le estrechó la mano—, ella es mi hermana, Catalina.

Con una sonrisa tímida, la aludida extendió la mano, ante la presentación de Eugenia, y se la estrechó. El agarre de él fue firme y delicado a la vez.

Le sorprendió que no les diera dos besos en lugar del frío apretón, pero

supuso que era porque no tenía mucha idea de a donde agarrarse con ellas.

El profesor estaba lo bastante cerca como para que pudieran notar su aroma a perfume masculino.

—Bienvenidas, ¿lleváis mucho tiempo viviendo en Londres?

—Se podría decir que toda la vida —evadió Eugenia.

—Nacimos en España, pero nos trasladamos aquí de pequeñas. Nuestros padres tenían negocios aquí —explicó Catalina sin comprender la actitud misteriosa de su hermana—. Vivimos en Londres desde que yo tenía tres años y Eugenia cinco.

—¿Qué clase de negocios, tengo curiosidad? —preguntó una chica de unos diecinueve años que se había acercado hasta ellas—. Soy Ana —se presentó—. Trabajo de *au pair* desde hace seis meses.

Catalina la observó con sutilezas. No deseaba ser grosera, pero la curiosidad siempre había sido un rasgo de su carácter.

Ana era rubia y gordita. Tenía una mirada directa y parecía simpática.

—Ropa.

Catalina le lanzó una mirada de incompreensión a su hermana mayor, por ser tan cortante, y, de nuevo, tomó la iniciativa de la conversación.

—Nuestro padre es el dueño de Spanish Queens.

Supo que Eugenia no estaba contenta con que lo hubiera contado, pero esa era su pequeña venganza por arrastrarla hasta allí sin tener en cuenta sus sentimientos.

¿Qué temía? ¿Qué las secuestraran para pedirle un rescate a su padre? Por Dios, que su hermana era dramática cuando las cosas no salían como ella esperaba.

—Me encanta la línea masculina —dijo Carlos con un guiño, señalando sus pantalones.

—A mí también —bromeó Ana mirando a Carlos con descaro. Era evidente que su primera impresión había sido acertada. La muchacha era directa y clara.

Carlos soltó una carcajada tan sexy que las tres mujeres se descubrieron mirándole embelesadas.

—¿Habéis recibido clases alguna vez? —inquirió Carlos centrando la atención en sus nuevas alumnas.

—De niñas —apuntó Eugenia.

Catalina agachó la cabeza para que no se dieran cuenta de su sonrojo y

vergüenza.

Cuando tenía cuatro años y su hermana seis, su madre las había apuntado a clases de *ballet*, ilusionada con que sus hijas llegaran a ser las nuevas Anna Pavlova de la danza clásica. Dos meses más tarde, la profesora le había dejado caer a su madre que lo mejor era que borrara a su hija menor, ya que la niña era incapaz de hacer un solo movimiento con gracia. Después de eso, había desistido de todo lo que tuviera que ver con la coordinación o el ritmo.

—Algo es algo. ¿Qué os parece si os presento al resto de alumnos y después hacemos una prueba de nivel?

Los otros cuatro estaban apartados hablando entre ellos, seguramente de ellas, se dijo Catalina, nerviosa. Todo lo contrario que Eugenia, que recuperó su buen humor ante la mención de conocer a gente nueva.

Media hora después, Carlos había descubierto que sus nuevas alumnas eran polos opuestos y que iba a tener que esmerarse especialmente con la más tímida.

Con esa idea en mente la citó a ella sola para el sábado por la tarde. No era algo excepcional, ya que solía concertar sesiones privadas con los nuevos alumnos más complicados. Bruno había sido uno de ellos y ahora era, podía decir con sinceridad, su alumno más brillante.

Miró en dirección hacia su alumno favorito y lo vio sonriéndole con interés a Catalina, quien le correspondió con timidez.

Eugenia en cambio estaba repartiendo besos con una sonrisa y una actitud abierta que resultaba refrescante.

Definitivamente las hermanas Obando eran la noche y el día, decidió; aun así, no estaba seguro de cuál de ellas le resultaba más interesante.

## Capítulo 3

# YO TAMBIÉN PUEDO HACERLO

Catalina había comenzado a relajarse en presencia de Carlos, lo que facilitaba mucho que se abriera a él. El cubano era alguien cercano y amable, con un encanto natural que atraía a las personas, casi sin que estas se dieran cuenta de que estaban cayendo bajo su hechizo.

El modo en que hablaba era tan dulce que resultaba imposible encontrarle algún fallo.

Aun así, tanto ella como Eugenia se habían quedado sorprendidas cuando el profesor había citado a Catalina a solas para una clase privada el sábado siguiente. La morena había estado tan sorprendida que ni quiera había pensado en negarse o excusarse para no ir.

Ante la sorpresa que reflejó su rostro, Ana les había contado que era algo que Carlos acostumbraba a hacer con los bailarines menos experimentados.

Por encontrarse dentro de esa amplia categoría, que abarcaba tanto a los patosos como a los principiantes, allí estaba ella, en la academia a la que había ido por obligación, a solas, un sábado por la tarde, con el hombre más atractivo que había visto nunca, a la altura del mismísimo Aiden Fischer.

Solo que Carlos era mucho más accesible y simpático que el americano.

—No te preocupes por nada —dijo este al verla inquieta—, no te voy a hacer bailar, solo vamos a charlar un rato.

Se sentó en el suelo y señaló el espacio vacío delante de él para que ella hiciera lo mismo.

—Ya me han comentado que esto solo lo haces con la gente sin ritmo como yo —comentó avergonzada al tiempo que tomaba asiento donde le había indicado.

—De eso nada —replicó él mirándola con fijeza—, solo lo hago con los

alumnos sin ritmo que tienen potencial —bromeó.

Catalina rio y la tensión que le atenazaba el estómago se deshizo un poco.

—¿Potencial yo? —volvió a reír— si te escuchara mi profesora de *ballet* seguro que te censuraría por decir semejante mentira.

—Seguro que tu profesora era una estirada y una esnob.

Catalina se encogió de hombros. Era demasiado pequeña para asegurarlo, aun así, que Carlos la defendiera con tanto ímpetu la emocionó mucho. Ni siquiera su madre había actuado así. La mujer se limitó a sacarla de las clases y a matricularla en un curso de dibujo, sin saber que, con ello, estaba descubriéndole a su hija su futura vocación.

—Gracias por el voto de confianza.

Él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—¿Qué clase de música escuchas normalmente?

—La que suena en el metro, supongo. No tengo mucho tiempo para escuchar música. En el trabajo alguien suele poner de vez en cuando música clásica, pero te aseguro que no es bailable.

Carlos abrió los ojos sorprendido porque ella se hubiera relajado tanto como para ser capaz de bromear con él.

—En ese caso voy a ponerte deberes. Para la próxima clase tienes que venir con una canción, da igual el género que escojas —dijo con un guiño—, que te haga sentir algo y para ello vas a tener que escuchar muchas hasta dar con la indicada.

—De acuerdo —aceptó, comenzando a relajarse. La tarea no parecía difícil.

—Puede que creas que lo de hoy es una pérdida de tiempo, pero te aseguro que no lo es. Bailar no es aprenderse de memoria unos pasos diseñados, ni mostrar una técnica. Bailar es dejar que la música invada tu cuerpo y permitirle salir por donde quiera. Es algo instintivo, como respirar, si lo fuerzas no saldrá, en cambio si lo dejas ser saldrá sin que lo pienses.

—Nunca se me ha dado bien bailar o hacer cualquier cosa que requiera de cierto ritmo.

Él le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Vamos a seguir los pasos adecuados antes de decidir que no podemos hacerlo. ¿Te parece?

Catalina asintió con una sonrisa.

—¡Perfecto! Déjame tu móvil. Voy a hacerte el mejor regalo que te han

hecho nunca.

Con cierto desconcierto, pero sobre todo con mucha curiosidad, se levantó del suelo y fue a buscar su teléfono dentro de su bolso.

Con él en la mano se acercó a Carlos, lo desbloqueó y se lo tendió con timidez. Volvió a sentarse en el suelo, solo que esta vez lo hizo de manera que sus rodillas se tocaban. Quería ver lo que estaba haciendo, no porque no se fiara de él, sino por esa curiosidad que iba implícita en su carácter. Por ese motivo no tuvo más remedio que ponerse lo más cerca posible sin llegar a echársele encima.

Carlos tecleó en el móvil y descargó una aplicación de la que Catalina había escuchado hablar, pero por la que nunca se había interesado.

—¡Regístrate! —pidió su profesor de baile, tendiéndole el teléfono.

Una vez que estuvo dada de alta se lo devolvió, pensando en que iba a tener que aprender cómo funcionaba.

Él volvió a teclear y tras unos minutos se lo tendió con una sonrisa satisfecha.

—Aquí tienes. Ya no vas a poder decir que no dispones de tiempo para la música, con esto vas a poder escuchar la canción que quieras y te cabe en el bolsillo.

—¡Gracias!

Él sonrió travieso.

—Ahora viene la parte difícil. ¡Vamos a bailar!

La expresión de sorpresa hizo reír a Carlos.

—No te preocupes, no va a ser tan malo como crees. Y te prometo que no te voy a ver.

—¿Cómo dices?

Él alzó la mano a modo de promesa solemne.

—Ojos cerrados. Y a dejar que el cuerpo hable por nosotros.

Catalina se había pasado todo el fin de semana con los auriculares pegados en las orejas, escuchando sin parar una canción tras otra y, aunque había encontrado un par que le gustaban especialmente, ninguna de ellas le había removido del modo en que Carlos le había explicado que debía hacerlo la canción correcta.

Por eso mismo siguió a la búsqueda el lunes cuando subió al metro,

mientras iba al trabajo, y después, cuando caminó hasta llegar al museo. Y siguió haciéndolo mientras se quitaba el abrigo y se ponía la bata negra, con la que protegía su ropa de los productos que usaba para trabajar.

Eran las siete de la mañana, demasiado pronto para que sus compañeros ya hubieran llegado. Además, tampoco tenía que ir al despacho de Aiden hasta las diez, por lo que disponía de tiempo para ir a la sala de descanso y prepararse un café hiperazucarado, todo ello sin quitarse los auriculares de las orejas.

Estaba sentada en una de las mesas con su café en la mano cuando, de repente, la pista cambió y *Just dance* de Lady Gaga comenzó a sonar. Se quedó con la taza a medio camino de su boca. La letra no era gran cosa, se dijo:

*Just dance, gonna be OK.*

*Da da doo doo just dance spin that record babe.*

*Da-da-doo-doo just dance, gonna be OK.*

*Duh-duh-duh dance, dance, dance, just, just, just, just dance.*

Pero el ritmo era otro cantar. La melodía la embargó y antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, sus pies se estaban moviendo al ritmo de la música. Se sorprendió a sí misma al tener esa reacción. Llevaba horas y horas escuchando canción tras canción y ninguna de ellas la había empujado a moverse.

Los primeros en seguir el ritmo fueron sus pies, pero, inmediatamente después, dejó su taza sobre la mesa y a los pies les siguieron los brazos, el cuerpo e incluso la cabeza. Se levantó de la silla y tal y como Carlos le había dicho, cerró los ojos y se dejó llevar...

Aiden se quedó parado a la entrada de la sala de descanso, observándola bailar. Su primera reacción había sido creer que había perdido el juicio y que por eso se movía de un lado para otro, no obstante, al fijarse más en ella vio el cable blanco que salía del bolsillo de su bata y que se bifurcaba hasta sus oídos.

—Está escuchando música —dijo en un susurro, como si temiera interrumpirla.

Había ido temprano al museo para volver a familiarizarse con el trabajo de restauración: el aroma de los productos de limpieza, el tacto de los guantes y el ambiente de las instalaciones... Lo que menos había esperado era toparse con semejante escena.

La mujer que bailaba se dio la vuelta, con los ojos cerrados, y Aiden se escondió tras la puerta, temeroso de que pudiera verle. Catalina Obando era la mujer a la que había escogido por encima de otras más experimentadas que ella, solamente porque parecía fría y precisa. Eficiente. Había asimilado con elegancia sus desplantes sin pataletas ni malas palabras por lo que había estado seguro de que no le daría problemas. En una palabra, era fiable, justo lo opuesto a lo que pensaba de ella en ese instante.

## Capítulo 4

# ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Tal y como le había pedido el mismísimo Aiden Fischer, a las diez en punto Catalina entraba en la antesala de su despacho, los dominios de su eficiente secretaria, esperando para ser atendida.

Como secretaria del director de restauración, Norma Martin pertenecía a una categoría distinta a la de Catalina, por lo que sus caminos raramente se cruzaban. Aun así, las veces en las que se había topado con ella le había parecido una mujer interesante y con mucho carácter.

Catalina nunca la había visto vestir pantalones. Siempre iba impecable con su falda hasta las rodillas, su camisa almidonada y una americana que combinaba a la perfección con el resto de su atuendo. Tenía una piel preciosa de color caramelo y su cabello rizado siempre estaba peinado en un perfecto moño francés. Su expresión iba de la seriedad más absoluta a una sonrisa deslumbrante, lo que aumentaba su fama de mujer con carácter.

—Buenos días, vengo a ver al señor Fischer —se presentó Catalina, parándose frente a ella.

—La está esperando, doctora Obando —dijo Norma, al tiempo que se levantaba de su lugar tras el escritorio para guiarla hasta la puerta del despacho.

La mujer, de unos cincuenta y pocos, llamó con suavidad y abrió la puerta en cuanto escuchó la respuesta de su jefe, asomando la cabeza por el marco.

—Aiden, la doctora Obando está aquí.

—Que pase, por favor.

Norma se apartó para cederle el paso y en cuanto Catalina entró, cerró la puerta tras ella.

—Buenos días, Catalina —saludó él, usando su nombre correctamente, pero

sin despegar la mirada de sus papeles.

—Doctor Fischer —su tono excesivamente respetuoso captó la atención del director, que por fin alzó la cabeza de su trabajo para atenderla, tal y como dictaba la cortesía.

—Creo que en algún momento en estos años te he pedido que me llames por mi nombre —su tono era amable y cercano, pero algo en su postura marcaba las distancias—. Por favor, toma asiento.

—Como quieras, Aiden —concedió ella con el mismo ademán frío al sentarse.

—Te he pedido que vinieras porque necesito que sepas algunas cosas sobre el proyecto. La primera es que tenemos aproximadamente tres semanas para terminarlo, por lo que el trabajo va a ser duro y laborioso. Parecía que el cuadro no estaba tan deteriorado, pero al revisarlo minuciosamente se han detectado desconchones y escamas en la pintura.

Él se detuvo para ver su reacción y ella asintió con formalidad.

—¿Significa eso que debo abandonar mis otros trabajos?

—Así es. Hay que darle prioridad al cuadro de Byron por encima de todo lo demás. Tu compañera puede seguir, de momento, sin ti. La National Portrait Gallery nos lo ha prestado para la nueva exposición solo porque es consciente de que contamos con los mejores restauradores de Gran Bretaña. Da igual lo cercanas que estemos, geográficamente hablando, nuestros recursos son mucho más amplios que los suyos.

—De acuerdo.

—El otro punto que me gustaría que tuvieras en cuenta es la importancia en sí de esta restauración. No puede haber ningún error que dañe o retrase el trabajo. Se espera de nosotros que seamos rápidos y eficaces.

Ella se irguió altiva.

—Ni una sola vez en el tiempo que llevo trabajando aquí ha habido ningún problema con mi trabajo —se defendió—. Estoy segura de que en esta ocasión tampoco sucederá.

Él la miró con curiosidad antes de responder.

—Es la primera vez que vas a trabajar a mi lado. No soy una persona fácil de llevar, por lo que te aviso de antemano para que no haya malentendidos entre nosotros. Yo dirigiré la restauración, aun así, tu ayuda es primordial y tu trabajo debe ser impecable. No permitiré distracciones que puedan afectar al proyecto.

La sangre le hirvió en las venas. ¿Qué estaba insinuando exactamente? ¿Qué era tan maravilloso que ella iba a dejar de ser profesional solo por estar a su lado? ¿O que él, que llevaba años sentado tras un escritorio sabía más que ella sobre las nuevas técnicas de restauración?

—Con el debido respeto, señor Fischer, ni que fuera usted el auténtico Lord Byron en persona para emocionarme hasta el punto de perder la concentración.

Su respuesta lo calló por unos segundos y Catalina se anotó mentalmente una victoria. ¿En qué momento había pensado que él era encantador y amable? Debía de haber estado loca, los tres años en los que había perdido el tiempo suspirando por él. En esos instantes sentía que eran los más desperdiciados de su corta vida.

—No se preocupe. No suelo cometer errores —volvió a hablarle con formalidad.

—No pretendo ofenderla sino ponerla sobre aviso acerca de los peligros que puede conllevar trabajar con el director del departamento.

—No se preocupe. No sucederá algo tan absurdo como lo que usted teme. Si no tiene nada más que añadir regresaré al trabajo. Ya que voy a dejar a mi compañera en la estacada, voy a tratar de ayudar en todo lo que pueda hasta que nos pongamos con el retrato de Tomas Phillips[1].

—Por supuesto —aceptó Aiden, y añadió al ver que ella se ponía en pie para marcharse—, comenzaremos mañana a las ocho en punto. No tenemos tiempo que perder.

—Aquí estaré. Como siempre.

Y tras sus palabras salió de allí con la cabeza en alto y la espalda tan erguida que le hormigueaba a causa de la tensión.

Nora entró un minuto después con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Te lo dije. Esa chica no es como pensabas.

—¿Lo has escuchado todo?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas?

Aiden sonrió ante la respuesta de su secretaria.

—Creo que es la primera vez que una mujer me confunde tanto —admitió de mala gana.

—Estás demasiado acostumbrado a las mujeres que caen a tus pies con solo escucharte hablar. Si me hicieras caso en lugar de meter a todas las chicas

jóvenes en el mismo saco las cosas te irían mejor.

Aiden no asintió.

Su propia experiencia era su adalid.

La primera vez que conoció a Catalina la había visto como un pajarillo asustado, demasiado transparente para su propio bien. Cuando ella salió de su despacho, él no tuvo ninguna duda de que la había deslumbrado por completo. Tanto fue así que la siguiente vez que se topó con ella trató de desalentarla, fingiendo que no la recordaba.

Las veces posteriores en que coincidieron todo fue más fácil de lo que había supuesto, ella ya no le miraba con admiración ni siquiera pareció darse cuenta de que él la ignoraba deliberadamente.

—Por eso la elegí a ella para el proyecto. Porque no hay ninguna posibilidad de que coquettee conmigo o que vayamos a sentirnos incómodos el uno con el otro. Sabes que he escarmentado lo suficiente como para saber que mezclar trabajo y amor es una idea descabellada.

—Entonces ¿por qué has dudado esta mañana? —insistió Norma, que era la clase de persona incapaz de dejar escapar a su presa hasta haberle sacado hasta la última gota de información—. El viernes estabas seguro de que era una profesional y, lo más importante, que no era tu tipo.

Las palabras de Norma le hicieron sentirse incómodo, incluso su propia respuesta en esos instantes, le parecía absurda y exagerada.

—Y sigue sin ser mi tipo.

—Entonces ¿qué te preocupa?

—Me la he encontrado en la sala de descanso del aula de restauración y me ha confundido unos segundos.

El interés de Norma aumentó exponencialmente al misterio que tenía delante.

—¿Qué estaba haciendo? No creo que tomarse un té sea algo tan extraordinario como para que te afecte hasta el punto de replantearte tu elección. ¿No me digas que es de las que bebe café? —preguntó con ironía.

Aiden le lanzó una mirada aniquiladora antes de responder.

—No estaba bebiéndose un té. Ni siquiera un café. Estaba bailando.

---

[1] Autor del retrato de *Lord Byron en traje albanés* que se encuentra en la National Portrait Gallery.

## Capítulo 5

# SOY UNA PROFESIONAL CUALIFICADA

Eugenia estaba encantada con su nuevo trabajo. El ático que tenía que decorar para su nuevo cliente era el sueño de cualquier diseñador de interiores: luminoso, amplio, con techos altos, una distribución atractiva y una localización perfecta.

Si pudiera permitírselo, lo habría adquirido para sí misma.

El cliente se había puesto en contacto con ella a través de varias recomendaciones de usuarios anteriores de Eugenia y, aunque había sido Elinor, su eficiente asistente, quien había hablado con él y quien se había encargado de todo lo relacionado con el contrato, todo parecía indicar que se trataba de una persona seria, con un gusto exquisito y, lo más importante, con una billetera lo suficientemente abultada como para no poner límites a su trabajo.

Ansiosa por comenzar a buscar los muebles y determinar el color de las paredes, sacó de su bolso la libreta de notas y la estilográfica, el único regalo de su antigua familia política que se negaba a donar a la caridad, y se dispuso a inspeccionar la casa.

Lo primero que le llamó la atención y que supo que podía ser el punto que marcará la diferencia respecto a otras casas similares, fue la terraza. Amplia y con unas vistas imponentes de Londres.

Tomarse una copa allí de noche debía ser toda una experiencia.

Decidida a cerrarla con cristalerías, que no impidieran la vista y que pudieran abrirse y cerrarse según la necesidad, metió la mano en su chaqueta y sacó el metro. Con la experiencia de años haciendo el mismo trabajo tomó medidas y las anotó en su libreta.

Anotó también el nombre de a quién iba a llamar para ese trabajo y siguió

valorando el espacio para ver qué más se le podía añadir sin hacerlo recargado.

Según lo que le había explicado Elinor, el cliente buscaba un espacio funcional, elegante y cómodo. Una estufa portátil de diseño junto con sillas y una mesa de jardín, podían ser un gran acierto.

—Hola, Eugenia —saludó una voz a sus espaldas.

La aludida se dio la vuelta al escuchar su nombre, todavía dándole vueltas a los muebles que pretendía colocar allí. No obstante, se quedó en blanco al ver a la persona que estaba parada frente a ella.

—¡Arthur! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

La visión de su exmarido hizo que sintiera un pinchazo agradable en el pecho. Casi sin ser consciente de lo que hacía se llevó las manos al cabello y trató de acomodárselo. Cualquier pensamiento no relacionado con Arthur pasó a un segundo plano en la mente de Eugenia.

Arthur, por su parte, estaba como siempre, con su cabello oscuro perfectamente cortado y sus ojos azules brillantes y fijos en ella.

Él sonrió con tristeza.

—Esta es mi casa.

—¿Tu casa?

—Sí. —Se encogió de hombros—. He dejado la mansión de mi familia. Tal y como siempre quisiste que hiciera, y me he comprado este ático.

Ella negó con la cabeza.

—¡Vaya! —acertó a decir.

Por primera vez en mucho tiempo su elocuencia se había evaporado.

—Ese siempre fue el motivo por el que discutíamos, no entiendo por qué te sorprendes —replicó él.

—Supongo que me sorprende porque jamás creí que fueras a hacerlo. ¡Enhorabuena! Por fin te has convertido en un adulto —felicitó tratando de fingir alegría.

Uno de los motivos por los que su matrimonio había fracasado era precisamente por eso, por el hecho de que Arthur era incapaz de abandonar a su aristocrática familia y a las rígidas y obsoletas normas que la gobernaban, en vez de formar un hogar con Eugenia.

—Reconozco que me ha costado, pero finalmente lo he hecho.

—No sé por qué me lo cuentas, ahora ya no importa. Estamos divorciados, es muy tarde para que me afecten tus decisiones. Aunque no voy a negar que

me alegro por ti.

—¿De verdad es demasiado tarde?

Eugenia se negó a responder.

—¿Por qué me has contratado? ¿Y por qué no he sabido hasta ahora que el dueño eras tú?

—Te he contratado porque eres la mejor. Además, no hay nadie que conozca mejor mis gustos que tú.

—¿Y la respuesta a mi última pregunta?

Él se encogió de hombros antes de responder.

—Elinor es una romántica. No la culpes a ella, yo le rogué que no te dijera nada. No estaba seguro de si aceptarías el trabajo si sabías que era yo quien te contrataba.

Eugenia recordó lo persuasivo que podía ser su exmarido cuando deseaba algo y, aun en contra de su voluntad, comprendió a su asistente.

—El trabajo es el trabajo. En cualquier caso, ahora ya no hay nada que se pueda hacer. Limitémonos a ser profesionales. Iba a llamarte igualmente —se detuvo un segundo al darse cuenta de lo que había dicho—, bueno a ti no, al dueño, pero al parecer sois la misma persona.

Arthur sonrió, consciente de que Eugenia decía cosas sin sentido cuando estaba nerviosa.

—Necesito saber qué es lo que quieres que haga con tu casa.

—Quiero que la decores como si tú fueras a vivir en ella. Escoge lo que te guste, lo que crees que necesita una casa para que parezca un hogar.

Ella arrugó el ceño, concentrada en tratar de leer su expresión.

—¿Me estás dando carta blanca?

—¡Exactamente! Tienes carta blanca para hacer lo que desees con ella.

Eugenia asintió.

—Una cosa más, ¿vas a vivir con alguien aquí? No te lo pregunto porque me interese a nivel personal —aclaró—, sino porque necesito saberlo para la decoración. ¿Debo añadir un toque femenino para que ella se sienta cómoda? ¿O me limito a ponerlo todo tal y como te gusta a ti?

El corazón de Arthur se aceleró al escuchar la pregunta. No estaba todo perdido con ella, se dijo, si jugaba bien sus cartas podría recuperar a su esposa. Y de una cosa estaba seguro, arriesgaría cuanto tenía si con ello la traía de vuelta a su vida.

—Inicialmente viviré solo, pero sí, tengo toda la intención de terminar

compartiéndola con una mujer.

Ella no respondió al instante, sino que se limitó a ofrecerle una sonrisa forzada.

—De momento no tengo más preguntas. Te llamaré si necesito algo más de ti —dijo, dándose la vuelta y entrando de nuevo en la casa.

Ni siquiera se paró para abrocharse el abrigo. A toda prisa tomó sus cosas y se marchó sin girarse para comprobar que Arthur seguía en la misma posición.

En cuanto salió del ascensor sacó el teléfono del bolso y llamó a su hermana.

Catalina no respondió, por lo que saltó el buzón de voz. Desesperada por soltar su rabia dejó un mensaje, más para sí misma que para que ella lo escuchara.

—*Mañana por la tarde tenemos nuestra primera clase de baile. No se te ocurra faltar o retrasarte, ¿me oyes? Quiero llegar pronto y escoger al bailarín más guapo de la academia. Necesito desfogar mis pasiones, que te aseguro que hoy son intensas.*

## Capítulo 6

# ¿DE VERDAD TODOS LOS HOMBRES SON IGUALES?

Catalina estaba furiosa: consigo misma por haberse delatado y con Aiden Fischer por tener tan alto concepto de sí mismo.

Cómo se había atrevido a insinuar que solamente por estar a su lado ella podía bajar el nivel que siempre imponía en su trabajo. Tratando de controlarse hasta que estuviera sola, se despidió de Norma con un abrupto adiós y dejó atrás el área de despachos.

Con la idea en mente de apaciguar su malhumor pasó de largo el ascensor y abrió la puerta que daba acceso a las escaleras. Debía bajar varios pisos, lo que era ideal para quemar su enojo.

—¿Qué te sucede? —preguntó April al verla entrar mascullando para sí misma.

Su enfado aumentó al recordar que por culpa del ego de Aiden iba a dejar a su amiga colgada con el trabajo que tenían esos días.

—Acabo de salir del despacho del director de restauración —su tono de voz sonó burlón al pronunciar el cargo—. Tengo una pregunta asesina para ti.

—¡Dispara! —pidió su amiga tratando de hacer un juego de palabras.

—Si tuvieras que matar a alguien usando solo un cubierto, ¿cuál elegirías? Y no vale decir que el cuchillo.

—¿No vale ningún cuchillo o solo el de carne?

—Todos están excluidos.

—De acuerdo, entonces elijo los palillos chinos.

Catalina la miró de reojo.

—¿De verdad? ¿Por encima del tenedor?

April asintió con seguridad.

—¿No has oído hablar de la tortura china? Estoy segura de que son el arma perfecta para un asesinato. Los puedes clavar e incluso puedes partir cosas con ellos.

Catalina se estremeció de solo imaginarse la escena.

—¡Dios! Eres malévola. Nadie que te vea con tu cara angelical y tu cabello dorado se imaginaría jamás que por dentro eres sádica y retorcida.

April iba a replicar, pero se quedó con la palabra en la boca cuando vio que Raphael, otro compañero de restauración del museo, entraba en la sala en la que estaban ellas.

—Buenos días, hermosas damas —saludó este con su bonito acento italiano.

Raphael llevaba dos años trabajando en el museo y se encargaba principalmente del mantenimiento y restauración de la escuela italiana. Era junto con April el que mejor le caía de toda la plantilla.

Era una persona divertida e inteligente con un asombroso sentido del estilo. Aunque no era guapo en el sentido tradicional de la palabra, su manera de vestir e incluso de moverse lo volvían un hombre increíblemente atractivo. Con su cabello negro, sus ojos del mismo color y esa nariz patricia que delataba su origen, lograba que muchas mujeres giraran la cabeza para mirarle.

Él confirmaba el porqué los diseñadores italianos eran tan valorados en todas partes. No había nadie como Raphael para ponerle valor a una simple camisa blanca y unos vaqueros oscuros.

Su vida amorosa anterior a su trabajo era una incógnita para sus amigas, lo que lo envolvía en un aura de misterio que lo hacía más interesante si cabía. Mientras que April y Catalina habían hablado, en alguna ocasión, de sus relaciones, Catalina había obviado el tema de Aiden, pero sí que había mencionado a Henry, a pesar de lo avergonzada que se sentía cada vez que pensaba en él. Raphael por su parte jamás había hecho alusión a nada que pudiera parecer mínimamente romántico.

—Lo serán para ti, porque aquí la compañera —señaló a Catalina— está de un humor de perros.

Raphael la miró con interés.

—¿Por qué?

—No creo que haya sido buena idea que yo me encargue de la restauración de la obra cedida por el National Portrait Gallery.

—Entiendo —adivinó—, el bueno de nuestro director ya te ha saturado antes de empezar el trabajo.

Catalina le ofreció una sonrisa de oreja a oreja, encantada porque su amigo se pusiera tan descaradamente de su lado sin saber siquiera lo que había sucedido.

—Algo así.

—Así que era eso... —comprendió April recordando la pregunta sobre asesinatos.

Raphael abrió los brazos y las asió a ambas, una a cada lado de sus costados.

—La única solución que le encuentro a este peliagudo problema es que salgamos esta noche los tres juntos.

—¡Pero si es lunes! —protestó April.

Él se dio la vuelta para mirarla con mala cara.

—Por favor, deja de lado esa mentalidad tuya tan británica —pidió muy serio.

—No puedo, soy británica.

Catalina rio por lo bajo, menudo par tenía como compañeros. Si no fuera por ellos, los días allí serían iguales y aburridos.

Y es que mientras Raphael era espontáneo y divertido, April era meticulosa con premeditados arranques de falsa espontaneidad, propiciados siempre por las constantes críticas del italiano a su carácter.

Él siguió con su discurso como si no la hubiera escuchado.

—Disfrutemos ahora que todavía podemos. Dentro de unos años el matrimonio y los hijos se llevarán nuestros años de juventud.

April saltó como un resorte ante las palabras de Raphael. Se apartó de su abrazo y se puso frente a él para hablarle.

—¿Matrimonio e hijos? Creía que habías dicho que nunca te casarías ni tendrías descendencia.

Él se encogió de hombros, sin soltar a Catalina.

—No hablaba de mí sino de vosotras.

April no dijo nada, pero su ceño fruncido fue lo suficiente significativo para que no hicieran falta las palabras.

—No puedes hacer eso, Raphael —comentó Catalina con una sonrisa—, eres nuestra última esperanza. Si alguna de nosotras no encuentra marido vas a tener que ofrecerte voluntario para salvarnos de la soltería. —Su tono era

jocosos, pero, aun así, las mejillas de April se encendieron como la grana.

—Por vosotras lo que sea —siguió la broma—, ya lo sabéis.

Salieron del museo los tres juntos, ya que Raphael no permitió en ningún momento que se olvidaran de su cita, y tras coger el metro se bajaron en la parada que los dejaba más cerca de su pub favorito.

Era el sitio al que acudían siempre que, tras una larga jornada laboral, sentían la necesidad de beberse una buena pinta. Esa noche, al ser lunes, estaba menos concurrido de lo que era habitual, por lo que pudieron sentarse sin tener que esperar a que una mesa se vaciara.

Catalina se alegró de disponer de un tiempo con ellos porque eso le permitía olvidarse de lo que tendría que soportar al día siguiente cuando comenzaran las tareas de restauración.

William, el camarero que siempre los atendía, se acercó a ellos con una sonrisa y tres pintas de cerveza en una bandeja. Sin dejar de sonreírles, puso una delante de cada uno de ellos y les ofreció la carta.

—Buenas tardes, chicos, ¿vais a cenar algo?

—Sí, no es bueno beber cerveza con el estómago vacío —apuntó Raphael con una sonrisa pícaro—. Yo quiero *Sausage and mash*<sup>[2]</sup> —pidió sin mirar la carta.

Iban tan a menudo que se sabía el menú sin necesidad de mirarlo.

—Yo quiero una hamburguesa con todo —pidió Catalina, dándose cuenta de repente de lo hambrienta que estaba.

Entre el estrés del trabajo y que no había dejado de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Aiden, apenas había comido nada a mediodía, lo que había comenzado a pasarle factura.

—Yo quiero lo mismo que Catalina —se decidió April.

William les sonrió y se marchó a dar aviso a la cocina.

Fue April quien retomó la conversación.

—¿Soy yo la única que piensa que Will es un calco de Jim Sturgess?

Raphael arqueó una ceja, pensativo.

—Si supiera quién es ese tipo podría opinar, pero no tengo la menor idea.

Catalina, quien ya había dado buena cuenta de su pinta, se giró para mirar a su amigo con fingida cara de horror.

—¡Sacrilegio! —bromeó—, ¿cómo es posible que no conozcas al mejor

actor británico de la historia?

—¡Gracias, amiga! No puedo creer que no sepas quién es —antes de que el italiano pudiera protestar, April sacó su móvil del bolsillo y se dispuso a mostrarle la imagen de su actor fetiche.

—¿Es el tipo que llevas de fondo de pantalla? Yo que creía que era un amigo tuyo —bromeó, siempre dispuesto a molestarla.

April le lanzó una mirada asesina y Raphael, consciente de que se estaba metiendo en terreno pantanoso, asintió con vehemencia:

—Pues sí que se le parece.

—Los dos son británicos —apuntó Catalina tratando de aguantarse la risa.

Raphael la miró con censura y April ignoró el comentario.

La conversación dio un giro menos peligroso cuando llegó la comida.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana? —inquirió April.

Catalina, que había tratado de olvidarse de ello palideció al instante.

—Hagamos un trato —propuso Raphael, tratando de salvar la situación—, cuando estemos en el Crown, los temas de trabajo están vetados. ¿Qué os parece?

Las dos estuvieron de acuerdo con la propuesta, Catalina porque el trabajo era, precisamente, lo que trataba de olvidar, y April porque se había dado cuenta, nada más formularla, de que su pregunta había afectado a su amiga.

—¿Pedimos otra ronda? —La cerveza estaba funcionando, se dijo Catalina, la ayudaba a desconectar hasta el punto de que todo le parecía divertido.

—Por mí perfecto. ¿Creéis que es posible que Will sea familia de Jim? Se parecen demasiado para que sea una simple coincidencia.

Ninguno de los dos respondió, en cambio, Catalina le lanzó a su amiga otro reto del juego de preguntas.

—Pregunta sexy —anunció—, si pudieras acostarte una vez con Jim o las veces que quisieras con un tipo que se pareciera a él, ¿qué elegirías?

April giró la cabeza para buscar a Will con la mirada al tiempo que se pensaba su respuesta.

—Preferiría acostarme con el verdadero —anunció, por fin.

—Sería solo una vez —insistió la morena.

—Lo sé, pero yo me encargaría de que fuera inolvidable —comentó soñadora.

---

[2] También llamado *Bangers and Mash*: Salchichas, salsa y puré de patata.

## Capítulo 7

# HOY ES EL PRIMER DÍA DEL RESTO DE MI VIDA

Catalina llegó al museo con tiempo más que suficiente para tomarse un café, ponerse la bata y tranquilizarse.

La noche anterior se había excedido con las pintas de cerveza y esos excesos le estaban pasando factura, justo cuando debía tener en alerta todos sus sentidos se encontraba lenta y cansada.

Como se había vuelto una costumbre, desde que Carlos le instalara la aplicación, se puso los auriculares en las orejas y con su café en la mano se dirigió hasta la sala en la que tendría que trabajar junto a Aiden las próximas tres semanas.

La zona de los restauradores estaba formada por salas, similares a las aulas escolares, solo que sin pupitres. En ellas destacaban los armarios metálicos, que ocupaban toda la pared, normalmente la del fondo, y que contenían gran parte del material necesario para realizar el trabajo. Si dicho material no se encontraba allí, entonces había que buscarlo en el almacén, una zona más vigilada ya que contenía materiales mucho más peligrosos y costosos. Por ello allí sí que había un control de lo que se sacaba y de quién lo hacía.

Normalmente solo se hacía necesario ir al almacén para recoger los aparatos electrónicos, como los infrarrojos.

Cuando entró en la sala D, se topó con que Aiden ya estaba allí, y, además, había sacado del almacén todo lo necesario. Desconcertada, se sacó los auriculares y saludó con extrema cortesía.

—Buenos días, Catalina. Me alegra comprobar que eres tan madrugadora como yo.

Ella asintió a modo de respuesta y revisó la documentación que Aiden le había dejado sobre la que sería su espacio. Se fijó en los alicates y los clavos

oxidados que había sobre la mesa y se dio cuenta de que él ya había sacado el lienzo de su sitio, lo que implicaba que llevaba un rato trabajando.

—Comencemos con los infrarrojos —pidió Aiden, quien lo tenía todo dispuesto para ver las entrañas de la pintura—. Después podrás leer los documentos que te he dejado. Son básicamente una guía de los pasos que considero necesarios para recuperar el esplendor original del lienzo.

Catalina asintió, molesta porque creyera que necesitaba leer esos papeles para hacer su trabajo, y se colocó frente al ordenador, dejando que fuera él quien se encargara de lo demás.

El dibujo que se estudió en el infrarrojo era muy preciso, claramente pasado de un cartón y con un calco nítido donde situaba cada uno de los detalles de la vestimenta y allí lo elaboraba la pintura. Después había sido repasado con un trazo fluido a pincel en color rojizo que ya llevaba a la composición completa de la obra.

—Deberíamos fijar el color —propuso Catalina—, hay zonas levantadas y con pequeñas escamas que pueden suponer un riesgo para su restauración de soporte.

—Estoy de acuerdo. Si te encargas de esa parte, yo prepararé una mezcla de White Spirit y etanol para descargar el barniz de restauraciones anteriores y prepararé la obra para su tratamiento de soporte.

Catalina volvió a asentir, reacia a hablar con él.

—Si tienes trabajo que hacer en el despacho puedo ocuparme yo sola de esa parte —propuso, ansiosa por que él aceptara marcharse y la dejara a solas.

—De momento puedo organizarme, pero gracias por tu oferta.

Inclinó la cabeza sin decir nada que delatara el malhumor que supuso su negativa.

Ambos continuaron con lo que estaban haciendo sin mediar palabra. El silencio de Catalina se debía principalmente a dos motivos: el primero el intenso dolor de estómago que le había dejado la resaca y la segunda y más importante, para demostrar a Aiden que su presencia no la distraía, ni siquiera era consciente de ella. No obstante, él no pareció darse cuenta siquiera de sus intenciones, lo que de alguna manera las convertía en absurdas e innecesarias.

Dispuesta a demostrarle lo poco que le afectaba tenerle cerca, comentó:

—Si no te importa me gusta trabajar con música —señaló sus auriculares—, de este modo no te molestaré.

Aiden alzó la vista un instante con una expresión hermética y asintió.

Catalina no supo si sus esfuerzos por dañar su ego se habían visto recompensados o no. De cualquier manera, esperaba haber logrado su objetivo.

Ajustó el volumen de manera que pudiera escucharlo si él se dirigía a ella y se dispuso a hacerse cargo de su parte del trabajo.

Fijar el color era una de las partes más importantes de la restauración porque de ese modo se evitaba que la pintura perdiera su autenticidad.

—¿Has visto la zona acuchillada que hay debajo? —preguntó Aiden acercándose sigiloso a ella. Catalina se sobresaltó al sentirlo tan cerca. Su cuerpo la traicionó en cuanto notó su respiración en su nuca. El vello se le erizó y su pulso se aceleró con rapidez.

—Sí. Pretendían rebajar el nivel.

Aiden estuvo de acuerdo con que ese era el motivo, pero no se apartó. Tardó más de lo necesario en regresar a su lugar original.

—Después de aplicar el barniz voy a dejarlo para que se fije. Mientras eso sucede puedes leer los documentos que te he dejado o, si lo prefieres, puedes irte a comer.

Catalina se dio cuenta del modo sutil en que estaba diciéndole que no tenía ninguna intención de compartir con ella nada más que trabajo. No es que le sorprendiera, después de la charla que le había dado en su despacho, pero tampoco esperaba que siguiera con el mismo tema, dado que todo había quedado aclarado entre ellos.

—Saldré a comer. Gracias. Después leeré los documentos que me has dejado para seguir al pie de la letra tus instrucciones —dijo en un tono que era cualquier cosa, menos sumiso—. De todos modos, hasta mañana no creo que vayamos a poder comenzar a retirar el barniz oxidado.

—Tienes razón. Por ello, en cuanto lo haya cubierto, regresaré a mi despacho para ocuparme de otros asuntos. Te veré aquí mañana a la misma hora.

—Hasta mañana, entonces —se despidió sin dejar entrever ni un ápice de su desilusión.

Por suerte para Catalina, April todavía seguía en su sala cuando se pasó por allí. Su amiga se sorprendió de verla, pero prudentemente no hizo alusión al hecho de que fuera a comer con ella y no con su compañero de proyecto.

Habitualmente los equipos que trabajaban en las restauraciones solían agruparse y salir a comer juntos. De hecho, a pesar de su relación tan cercana, Raphael habitualmente almorzaba con sus compañeros de la sección de maestros italianos.

El museo disponía de catering y comedor para los trabajadores, ubicado lejos de la zona habilitada para las exposiciones y los visitantes. Allí se congregaban desde las secretarias y los del equipo de seguridad hasta los encargados del mantenimiento y limpieza del edificio, los comisarios de las exposiciones activas y, por supuesto, los restauradores como Catalina, April o Raphael. No obstante, había una separación tácita, por la cual cada uno de los sectores que trabajaba en el museo se rodeaba de sus colegas.

—¿Por qué no tienes resaca? —preguntó Catalina mientras ambas se dirigían al comedor.

—La cerveza no me afecta.

—Pues a mí sí. Así que la próxima vez no me dejes beber tanto.

—Me pareció que lo necesitabas. Trabajar con el jefe te está afectando mucho. Al principio pensé que debía felicitarte, pero ahora estoy comenzando a plantearme darte el pésame.

—Es posible que tengas que hacerlo —dijo tratando de sonreír—. Al menos tengo el consuelo de que es temporal.

—¿Qué tal te ha ido?

Catalina no se sentía con ánimo de responder, de modo que optó por evitar dar una respuesta recurriendo a su juego habitual.

—Pregunta friki —anunció—, si hubiera una batalla entre Lord Voldermort y Sauron, el señor oscuro, ¿quién crees que ganaría?

April no titubeó.

—Lord Voldermort, no tengo ninguna duda.

—¿Por qué estás tan segura?

—En primer lugar, porque es inglés y en segundo lugar porque, aunque no tiene nariz, es un poco más consistente que Sauron, que es solo un ojo llameante.

—Tiene sentido —aceptó Catalina.

—¿El qué? ¿Lo de que es genial por ser inglés o lo de que, aunque no tiene nariz, al menos tiene cuerpo?

—Lo de que es inglés, por supuesto.

—Por supuesto —repitió April muy seria.

## Capítulo 8

### ¿BAILAMOS?

Tal y como le había prometido a su hermana, Catalina llegó a la academia quince minutos antes de que comenzaran las clases de baile. Se había cambiado de ropa y llevaba mallas y zapatillas cómodas. Los zapatos de tacón los llevaba en una bolsa aparte para ponérselos si terminaba siendo necesario.

Carlos les había dicho que los ritmos de salsa se bailaban con tacones, pero ella no se sentía lo suficientemente segura como para llevarlos de inicio.

Como suponía que sucedería, cuando entró en la academia descubrió que su hermana mayor ya estaba allí y, como era de esperar, dado su carácter abierto y cordial, ya había entablado conversación con casi todos sus compañeros.

Fue ella quien tomó la iniciativa y poco a poco fue presentándole a los que tenía más cerca.

—Estela —llamó Eugenia a una mujer de unos sesenta y pocos años—, esta es mi hermana pequeña —presentó.

La mujer se acercó a ella y le dio los dos besos de rigor en las mejillas.

—Encantada de conocerte, Catalina; tienes un pelo precioso —halagó la mujer, tomando un mechón de su cabello para notar su textura.

Eugenia rio de buena gana ante las palabras de la mujer mayor.

—Pues ella lo odia —explicó—. Estela ha sido peluquera toda su vida, pero se jubiló y se vino a vivir con su hijo, que se trasladó a Londres hace cinco años para trabajar —le dijo a Catalina a modo de explicación.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —bromeó Catalina.

Aunque sabía de la facilidad de su hermana para entablar conversaciones y hacer amistades, era demasiada información para haberla recabado en tan solo unos minutos.

—El suficiente como para que nos haya interrogado a todos —respondió un

hombre, con acento andaluz, de unos cuarenta años—. Yo soy Manuel, trabajo de traductor *freelance*. Creo que a Ana ya la conoces. —Señaló a la chica que trabajaba de *au pair*.

—Así es. Encantada, Manuel. Hola, Ana.

Quedaban dos personas más por presentarse, pero cuando Catalina estaba a punto de tomar la iniciativa y acercarse ella misma a ellos, Carlos se aproximó al grupo decidido a dar comienzo a la clase.

—Catalina, tú bailarás con Bruno —dijo Carlos señalando a un hombre alto, moreno, de ojos color caramelo.

No era un chico guapo, pero sí que era atractivo e interesante. A través de su jersey y sus vaqueros se podía adivinar que tenía un cuerpo trabajado y firme. Era más alto que Catalina, por lo que esta adivinó que iba a pasarse toda la tarde con el cuello levantado.

El aludido se acercó a ella con una sonrisa que acentuaba todavía más su atractivo.

—Hola, Catalina, encantado de conocerte —saludó al tiempo que se inclinaba hacia ella para darle dos besos—. Soy Bruno, trabajo de profesor de español en un instituto y llevo dos años viviendo en Londres.

—Encantada, Bruno —contestó con timidez—. Yo trabajo de restauradora en la National Gallery.

—¡Lo sé! Tú hermana nos lo ha contado.

—¡Típico de ella! En ese caso imagino que sabes que tengo veintinueve años y que sigo soltera.

Bruno soltó una carcajada, pero no lo negó.

—¡Qué suerte tienen algunas! —musitó la aludida, lo bastante fuerte como para que Bruno la oyera y se girara para sonreírle.

Carlos también se giró en ese momento y miró a Eugenia con guasa.

—Yo bailo mejor que Bruno y soy tu pareja.

—¿De verdad? —inquirió con asombro.

El profesor de baile asintió sin dejar de sonreír.

—En ese caso retiro lo dicho, la única que tiene suerte esta tarde soy yo.

Sus compañeros sonrieron ante la broma de Eugenia y las risas borraron cualquier posible tensión.

Bailar con Bruno fue agradable. Y no solo porque él demostró tener una

paciencia infinita sino porque Catalina supo dejarse llevar, por primera vez en su vida.

Quizás el éxito se debió a que no se esforzó desesperadamente por pillar los pasos o, tal vez, fue porque la música que Carlos le había obligado a escuchar cumplió con su objetivo y logró que dejara de estar encorsetada por los prejuicios de los demás. Fuera como fuera, esa tarde Catalina por fin sintió que estaba bailando.

La conversación de su pareja fue agradable y, contra todo pronóstico, el ejercicio logró que aliviara tensiones y se olvidara del día tan complicado que había tenido en el trabajo.

—¿Qué te está pareciendo la clase? —inquirió Bruno, al tiempo que le movía los brazos para que ella siguiera el ritmo con su cuerpo.

—Me gusta. No esperaba decirlo —y añadió—, al menos no sinceramente.

—Me alegro. —Rio él.

—Y tú ¿cómo llegaste aquí?

—A través de Elías —señaló al chico que bailaba con Ana—. Es el dueño de la cafetería a la que voy cada mañana a por mi dosis diaria de cafeína. Esta cerca de donde trabajo —aclaró con un guiño—. Fue pedirle un café y saber inmediatamente que era español. Desde ese momento entablamos amistad y comencé a sentirme menos solo aquí.

—¿Qué bien!

Bruno asintió.

—Elías es como Carlos, los dos acogen a gente a la que le cuesta adaptarse. ¿No te has fijado que esto más que una academia parece un club social para españoles sin familia? —señaló con un gesto de la cabeza la mesa que había preparada en un lateral, llena de platos tapados con papel de aluminio y vasos de plástico.

—¿Qué es eso?

—La cena de los martes. Si quieres comer algo típicamente español en Londres debes venir aquí. La tortilla de patatas de Estela es espectacular y el jamón que trae Elías es auténtico jamón serrano, nada de los sucedáneos que puedas encontrar por aquí.

—¿Hay que traer algo?

—Solo si tienes alguna especialidad.

Catalina se sonrojó.

—Creo que se me da bien hacer cualquier tipo de arroz, pero no le pega

mucho a una cena.

Bruno sonrió.

—¿Eres valenciana?

—Nací allí, mi madre sí que es valenciana, pero mi padre es gallego.

—Yo soy de Barcelona, Manuel es de Málaga, Ana de León, Carlos y su padre, Héctor, son cubanos, Estela madrileña, Elías extremeño y Angie de Londres —señaló a la rubia que bailaba con Manuel—, pero su madre es española. Ya la conocerás, suele venir los jueves.

—No sois muchos.

—Sí que lo somos, aunque rara vez coincidimos todos el mismo día. Aun así, los jueves esto suele estar más concurrido —añadió con picardía— y las cenas suelen ser más espectaculares.

Carlos les llamó la atención para que dejaran de distraerse hablando y la conversación llegó a su fin. Continuaron aprendiendo los pasos y cuando todos empezaron a quejarse del cansancio, el profesor, resignado, aceptó dar por terminada la clase.

Como era de esperar, todos se reunieron alrededor de la mesa con la comida, se sacaron las bebidas de la nevera y se dispusieron a picotear las viandas.

Carlos interceptó a Catalina antes de que llegara hasta donde estaba Eugenia, quien ya se estaba sirviendo una bebida y conversando con absoluta confianza.

—¿Has hecho los deberes que te puse? —preguntó esperanzado—. Esta noche lo has hecho muy bien.

—¡Gracias! Bruno me ha ayudado mucho.

—Sabía que congeniaríais. ¿Y bien? ¿Tienes una canción para mí?

—Sí.

—Muy bien, pónmela.

Con timidez señaló su bolso, que había dejado sobre el banco largo de madera pegado a la pared del fondo, y se encaminó hasta allí para coger su teléfono.

Carlos la esperó donde lo había dejado y Catalina agradeció el detalle de haberse apartado de los demás para darle cierta intimidad.

Regresó hasta él con el móvil en la mano, buscando la canción elegida.

—¿La tienes?

—Sí.

—Pues vamos a escucharla.

Catalina asintió y pulsó el *play*. El profesor de baile no dijo nada hasta que la melodía terminó. Ni sonrió ni frunció el ceño, se abstuvo de dar ninguna pista sobre lo que estaba pensando.

—¿Lady Gaga? —preguntó en el mismo tono impasible, cuando esta terminó.

—Sí.

Estaba comenzando a sentirse incómoda cuando la boca de Carlos se estiró en una sonrisa grandiosa.

—¡Vaya! ¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Lady Gaga, nada menos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sabía que no me equivocaba contigo.

Catalina sonrió, encantada.

—¡Eres una rebelde!

## Capítulo 9

# QUE ESTO SE ACABE PRONTO, POR FAVOR

Tras una semana infernal en la que Catalina había tenido que lidiar con las dotes de mando de Aiden Fischer y la obsesión de Eugenia por la academia de baile; por fin pudo tomárselo con calma el fin de semana y salir con sus amigos.

Ese sábado por la noche había quedado para cenar e ir al cine con Raphael. April, quien normalmente los acompañaba, había tenido que asistir a la boda de una amiga del instituto, por lo que no estaba en la ciudad. El hecho no habría tenido mayor importancia de no ser porque la amiga ausente era siempre la encargada de decidir a cuál, de las dos películas propuestas: una por Catalina y otra por Raphael, que nunca se ponían de acuerdo, iban a ver.

Convencida de que esa noche no se iba a aburrir, se puso un vestido, tacones y el abrigo y salió al encuentro de Raphael.

—¡Qué elegante vas!

—He aprovechado que esta noche no tenemos que cenar en el pub del tal Will para arreglarme un poco.

Catalina se dio cuenta en ese momento de que ella misma había hecho lo mismo. Normalmente cuando iban los tres juntos siempre terminaban cenando en el mismo lugar.

—¿Qué te parece si hoy vamos a Covent Garden e improvisamos dónde cenar? —propuso Raphael.

Ella estuvo de acuerdo y con esa idea en mente caminaron hasta el metro sintiéndose un poco culpables de alegrarse de que April no estuviera allí.

Habían caminado unos cinco minutos, tras salir del metro, cuando Raphael se detuvo de golpe con la mirada clavada en alguien por delante de ellos.

—¿Ese no es Aiden Fischer?

Catalina buscó con la mirada y se topó con una pareja que caminaba del brazo por delante de ellos. Estaban de espaldas a ellos, pero la fisonomía del hombre era idéntica a la de su jefe.

—Sí que parece —admitió, fijándose en la mujer.

Aunque lo único que pudo ver de ella fue su pelo largo y rubio y su espectacular figura, que se adivinaba a pesar del abrigo que llevaba.

Durante unos instantes ninguno de los dos se movió, pendientes de lo que hacía la pareja que les precedía.

Seguían inmóviles en la acera cuando los vieron entrar en un restaurante.

—Entremos aquí —dijo tirando de Catalina para ir al mismo restaurante italiano en que había entrado Aiden y su pareja.

Ella clavó los pies en el suelo para evitar que la arrastrara.

—Pero si nunca quieres comer en restaurantes italianos.

—Pues hoy sí. Estoy melancólico y necesito comida que me recuerde a mi madre —volvió a tratar de moverla.

—¡Pues llámala!

—Lo haré. Después de cenar.

Su amiga jugó su última baza.

—Me niego a que te pases la noche criticando la comida.

Raphael parecía indignado cuando respondió.

—Solo critico a los malos imitadores, pero estoy seguro de que el chef es un compatriota que sabe cómo servir la pasta.

—Lo que tú digas —se rindió—. Pero no quiero que Aiden nos vea y se piense lo que no es.

Raphael no entendió a lo que se refería, por lo que no le dio importancia al comentario.

—Si entramos te dejo elegir a ti la película. —No esperó a que Catalina aceptara, tiró de ella con fuerza y atravesó la puerta del restaurante.

Inmediatamente se les acercó un camarero para preguntarles si iban los dos solos. Raphael no desaprovechó la ocasión.

—¿Nos puede poner lo más cerca posible de la pareja que acaba de entrar?

Catalina se tropezó con sus propios pies al escuchar la petición de su amigo. Por si no era suficiente locura seguirle hasta allí, ahora Raphael también se proponía acosarle durante su cena romántica.

—Es nuestro jefe —escuchó que estaba explicándole al camarero—, y no es uno muy agradable, por cierto. No nos vendría mal enterarnos de algo malo

sobre él. Por ejemplo, que sorbe la sopa o que se hurga la nariz mientras come —bromeó.

El hombre sonrió como si las palabras de Raphael fueran la cosa más normal del mundo.

—Entiendo. Síganme, por favor.

Raphael victorioso y ella temblorosa cumplieron con la petición y se adentraron en el comedor. Aiden y su acompañante ya estaban acomodados cuando entraron. Gracias a Dios, Aiden estaba sentado de espaldas a la entrada, lo que tranquilizó un poco el agitado pulso de Catalina, ya que había una ínfima posibilidad de que él no los viera, que ya puestos, era mejor que nada.

—¿Aquí está bien?

—¡Perfecto! Gracias —aceptó Raphael, encantado.

El hombre les tendió las cartas y se marchó para darles tiempo a decidir.

Catalina estaba tan nerviosa que ni siquiera se sintió con fuerzas para abrir la suya.

—Con que el jefe ha vuelto con su ex —murmuró Raphael, en cuanto pudo ver bien a la acompañante de Aiden.

—¿Quién es?

—Su exmujer: Heidi Klein.

—¿Es alemana?

—Su familia es diplomática. Su padre está destinado en EEUU y ella nació allí. Aun así, juraría que tiene la nacionalidad alemana.

—¿Cómo sabes tanto sobre ella?

Raphael se encogió de hombros para quitarle importancia al tema.

—Trabajamos juntos una temporada.

—Si nos ve me voy a morir de vergüenza —lloriqueó Catalina.

—¿Por qué? A ver si no vamos a poder comer donde queramos.

Catalina sintió un pinchazo de arrepentimiento por no haberle contado nada a Raphael sobre el estúpido enamoramiento que había tenido con su jefe, unos años atrás. De haber sido sincera con él no se estaría viendo en esa situación surrealista.

—¿Recuerdas que el otro día me llamó a su despacho? —preguntó en un susurro.

—No hace falta que hables tan bajito. No te oye con la música y tampoco estamos tan cerca —retomó la conversación—. Sí que me acuerdo, fue el

lunes, ¿no?

Catalina asintió.

—Fue para decirme que esperaba que trabajar con él no me supusiera un problema a nivel de concentración.

Raphael parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo dices?

Catalina tomó una bocanada de aire que llenó sus pulmones y expiró con lentitud.

—Supongo que me lo dijo porque se dio cuenta de que hace algún tiempo me creí enamorada de él.

La llegada del camarero interrumpió la respuesta de Raphael, que tomó la iniciativa y pidió por los dos, lo que consideró que era lo más atractivo del menú.

Catalina lo agradeció porque ni siquiera se había molestado en mirar la carta.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con su ego. ¿Con qué sino?

Su amigo retomó el tema en cuanto volvieron a quedarse a solas.

—¡Nada! No voy a hacer nada. De hecho, prácticamente no le dirijo la palabra mientras trabajo.

Raphael lo pensó unos minutos y finalmente habló.

—No es suficiente —y añadió—: Ahora vuelvo.

Catalina sintió que se le iba a salir el corazón del pecho cuando vio que su amigo se levantaba y se dirigía hacia donde estaba Aiden. Afortunadamente pasó de largo y se dirigió hasta el baño, que estaba al fondo del comedor. Regresó unos minutos más tarde, pero su paso era lento, tan lento que en cuanto Aiden levantara la cabeza lo vería, se dijo Catalina.

Efectivamente, tal y como había temido, sucedió. Aiden alzó la mirada de su plato para hablar con su acompañante y se tropezó con Raphael.

Se saludaron con la cabeza y con la extrema cortesía de la que el italiano hacía gala se acercó a ellos.

Al parecer también era amigo de la tal Heidi porque la mujer se levantó con una sonrisa brillante y lo abrazó, dándole dos besos.

Catalina no sabía que las alemanas pudieran ser tan efusivas.

Raphael le devolvió el abrazo y señaló hacia donde estaba Catalina, que de

haber podido se habría escondido debajo de la mesa. Los tres miraron en su dirección y ella se vio obligada a sonreír con fingida naturalidad.

No se permitió pensar en lo atractivo que estaba Aiden con un jersey de *cashmere* azul celeste. En cambio, aprovechó la oportunidad para fijarse bien en su exmujer. Era la típica belleza alemana de ojos azules y cabello rubio, alta y delgada y con mucho estilo.

Raphael regresó a la mesa con una sonrisa victoriosa en los labios.

—¡Solucionado! —anunció mientras se sentaba—, ya no creo que piense que estás interesada en él.

—¿Qué has hecho? —inquirió preocupada por la posible respuesta.

—¡Nada! Solo le he hecho saber que estaba aquí cenando contigo. Lo demás lo he dejado a su imaginación.

Catalina no dijo nada. De hecho, se esforzó por no mirar hacia donde estaba la mesa de Aiden. Podía hacerlo, se dijo, la conversación de su acompañante era inteligente y divertida y la comida era exquisita.

—Por si te interesa se ha girado un par de veces y a Heidi no le ha tocado siquiera la mano.

—No me importa.

Raphael se encogió de hombros.

—¡Muy bien!

—¿De verdad está mirando?

Él se rio de un modo tan exagerado que cualquiera habría dicho que Catalina acababa de contarle un chiste buenísimo.

—¡No exageres!

—¿Por qué? Fingir que estoy interesado en ti es lo más divertido que he hecho en mucho tiempo.

—¡Vaya! Gracias.

Raphael la miró con intensidad, pero se mantuvo en silencio.

Unos instantes después, Catalina se sobresaltó cuando sintió una mano cálida en su hombro.

Se dio la vuelta en la silla y se topó con la mirada intensa de Aiden.

—Buenas noches, chicos —se despidió—, espero que disfrutéis de la cena.

—Todo estaba delicioso —corroboró Heidi—. Raphael, ha sido un placer volver a verte.

Miró a Catalina y le tendió la mano con una sonrisa.

—Soy Heidi Klein.

Ante tal gesto de cortesía se vio obligada a levantarse y estrechar su mano de perfecta manicura.

—Catalina Obando.

La mujer abrió los ojos sorprendida.

—¿Catalina Obando? —repitió—, ¿tienes una entrevista en el museo de El Prado el próximo mes?

Sorprendida porque lo supiera, asintió. La pinacoteca española se había puesto en contacto con ella porque, según le habían dicho, estaban interesados en su trabajo y había una posibilidad de que la contrataran ya que iba a quedar vacante un puesto.

Catalina sabía que no era la única candidata, de hecho, había dos candidatos más para el puesto, no obstante, el hecho de haber quedado entre los tres últimos de todos los que se habían presentado a la entrevista inicial ya era un logro.

—Pues espero que tengas éxito y poder trabajar contigo muy pronto.

Aiden se tensó de repente.

—¡Gracias! ¿Trabajas en el museo?

La mujer asintió con una sonrisa.

—Ostento el mismo cargo que Aiden —explicó con naturalidad, sin una pizca de afectación o prepotencia.

Era evidente que Heidi no solo era atractiva, educada y amable, sino que además era una mujer inteligente y de éxito. ¿Por qué se habría divorciado de Aiden? ¿Habrían influido sus carreras y la distancia geográfica?

Dejó de lado sus pensamientos cuando Aiden se dirigió a ella.

—¿Estás pensando en dejarnos? —preguntó en un tono brusco.

—Así es, pero solo si el museo de El Prado o el Louvre se animan a contratarme —respondió saltándose los formalismos.

Heidi rio, afirmando que estaba de acuerdo con sus elecciones, y Raphael intervino para aligerar la tensión que emanaba de Aiden.

—Son los dos mejores museos del mundo, yo también haría lo mismo.

Aiden no volvió a hablar, ni siquiera cuando se despidieron y Catalina estaba temblando cuando se sentó de nuevo.

—Acabas de marcarte un *hat trick* con el mismísimo Aiden Fischer —aplaudió Raphael—, no hay duda de que esta noche has magullado su orgullo. Después de esta noche, ni un hombre con un ego del tamaño de Westminster creería que estás interesada.

## Capítulo 10

# ¿QUIEN TIENE UN HERMANO TIENE UN TESORO?

Catalina se despertó sobresaltada el domingo por la mañana cuando sintió que algo pesado le caía encima. Su primera reacción fue defenderse, por lo que levantó los brazos y las piernas, tratando de golpear al intruso que había interferido en su merecido descanso; hasta que en medio de la neblina del sueño escuchó una risa familiar.

Gruñó, con los ojos abiertos, pero todavía sin ser capaz de situarse y empujó con fuerza al pesado bulto que se negaba a moverse.

—Devuélveme las llaves de mi casa —pidió, cuando logró despertarse del todo.

—¡No! —zanjó Eugenia, moviéndose de encima y rodando hasta ponerse a su lado. No obstante, como no estaba del todo cómoda dio un tirón a la almohada y se la acomodó a su gusto, dejando a Catalina con la cabeza en el colchón.

—¿Por qué eres tan molesta?

Eugenia se limitó a sonreír.

—No es culpa mía sino de papá y mamá por hacerme así de estupenda.

Catalina se dio por vencida.

—Lo que tú digas. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No sabes que es domingo?

Su hermana se encogió de hombros.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Y no podrías haber usado el teléfono para eso?

Negó con la cabeza.

—Como bien has dicho es domingo, así que vamos a comer juntas como dicta la tradición. ¡Dúchate y vístete!

—¿Qué me ibas a contar? —preguntó, reacia a abandonar la cama.

—¡Después! Ahora haz lo que te digo. Yo te esperaré aquí —comentó acomodándose mejor en la cama.

Catalina no protestó, sabía que su hermana era imposible cuando quería algo y, lo que fuera que necesitara contarle debía de ser importante si la había llevado hasta allí.

Normalmente cenaban juntas los domingos, solamente comían en las ocasiones en las que sus padres se encontraban en la ciudad. Ninguna de las dos hermanas era madrugadora por lo que la cena era mucho más cómoda para ambas.

Un pensamiento pasó por la cabeza de Catalina que hizo que saltara de la cama completamente alerta.

—¿Estás embarazada? ¿Es eso lo que no me podías decir por teléfono?

Eugenia ni se inmutó.

—Todavía no.

Consciente de que no iba a lograr que le contara nada hasta que ella no decidiera hacerlo, se marchó enfurruñada al baño para darse una ducha.

Un par de horas más tarde estaban las dos sentadas en El Pirata of Mayfair, un bar de tapas español al que acudían con regularidad. La comida allí era excelente y el jamón era auténtico, motivo por el que lo visitaban casi cada semana.

—¿Que vas a decorar el ático de Arthur?

Eugenia asintió con vehemencia.

—Pero lo cierto es que eso es lo que menos me preocupa ahora mismo. Es un espacio asombroso y voy a disfrutar trabajando allí.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Pues que Arthur tiene pensado vivir con una mujer.

Inmediatamente después le contó cómo había descubierto que su exmarido era el dueño de la casa y cómo este le había explicado que estaba viviendo en un hotel hasta que el ático estuviera listo.

Durante los tres años que había durado su matrimonio, Arthur nunca había aceptado las peticiones de su mujer de dejar la mansión de Mayfair en la que

vivían con la madre de este y trasladarse a un apartamento en Knightsbridge. No obstante, después de divorciarse este decidía, por fin, alejarse de su entrometida progenitora.

Tras la explicación, Catalina comprendió los motivos que habían llevado a Eugenia a madrugar e invadir su casa.

Consciente del carácter de su hermana contó hasta diez antes de responder. Eugenia era la reina del drama, por lo que tenía que medir mucho sus palabras si esperaba disfrutar de una comida agradable en lugar de una regada por lágrimas.

—¿Y eso te preocupa?

—No me preocupa. ¡Me molesta!

—¿Por qué? Fuiste tú la que quiso divorciarse.

Eugenia le lanzó una mirada matadora y Catalina supo que tenía que ser más sutil si esperaba salir airosa de la situación.

—Me molesta porque yo estoy sola. No porque él tenga a alguien.

—¿No lo entiendo? Estás sola porque quieres. Eres tú la que quiere un hijo, pero no desea un marido.

—Eso no es verdad.

Catalina no dijo nada, se limitó a mirarla significativamente.

—Lo que me pone furiosa es que haya rehecho su vida tan pronto —se lamentó—. Debería estar destrozado, igual que yo.

Catalina tuvo la certeza en ese momento de que no era cierto que su hermana tuviera celos porque su exmarido hubiera rehecho su vida y ella no. Ella misma había sido testigo de lo felices que habían sido Arthur y su hermana durante su relación. El único problema que había habido en su matrimonio había sido la obsesión de la familia de él con que Eugenia se quedara embarazada. Una obsesión que había terminado por afectar también a esta. Y que había llevado a Eugenia a huir despavorida de esa casa.

—¿No te parece extraño? —inquirió Catalina.

—¿El qué?

—¿Por qué te ha contratado a ti de todos los decoradores de interiores de Londres?

—¿Porque soy la mejor?

Decidida a no crear más conflictos obvió la modestia de su hermana mayor y redirigió la conversación hacia donde ella deseaba.

—Yo creo que es por otra cosa. O bien porque pretende ponerte celosa o

bien porque quiere que decores tú el ático para que vivas allí con él.

—Te recuerdo que estamos divorciados. Las personas que se separan no conviven.

—Hay muchas parejas que vuelven a juntarse después de un divorcio. Sobre todo, si los motivos que los llevaron a separarse ya no están —comentó mientras se llevaba una patata brava a la boca.

—¿Quién ha dicho que ya no estén? —inquirió Eugenia a la defensiva.

—Tú. ¿No acabas de contarme que se ha ido de casa de su madre?

Muy a su pesar, Eugenia no pudo objetar nada, aunque fulminó a su hermana con la mirada por haberla calado con tanta facilidad.

## Capítulo 11

### NO SOY YO, ERES TÚ

Encontrarse de nuevo cara a cara con Aiden después de lo sucedido el fin de semana, era cuanto menos incómodo. Aunque él no hizo ninguna alusión a su encuentro ni cambió su actitud distante con ella.

Catalina sabía que estaba molesto por la posibilidad de que dejara la National Gallery, pero si fuera justo entendería que llegar al museo de El Prado o al Louvre era el sueño de cualquier restaurador de arte. Y, aunque, no estaba segura de la decisión que tomaría si le ofrecían el trabajo, lo cierto era que necesitaba probarse a sí misma y descubrir si estaba a la altura de lo que se exigía en la pinacoteca española.

Tal y como era habitual, desde que iniciaron la restauración conjunta, Aiden la castigó con su absoluto silencio, solamente interrumpido cuando era necesario por el trabajo.

—Creo que deberíamos comenzar ya la reintegración en dos fases — propuso él.

—Me parece lo mejor. Si lo deseas yo me haré cargo de la capa de barniz Damar.

—Lo veremos sobre la marcha —fue su respuesta y la última vez que habló en lo restante del día.

Agradecida por tener música con la que sentirse menos sola, se concentró en su trabajo. Para su mala suerte se encontró varias veces tarareando alguna canción en un tono lo suficientemente alto como para que Aiden la mirara y, seguramente, la censurara, tachándola mentalmente de poco profesional.

Para acabar de rematar el lunes, April estaba completamente ida. Había ido a buscarla para comer juntas y había sido igual que si lo hubiera hecho sola. Su amiga, normalmente jovial y charlatana estaba completamente derrotada.

—¿Qué te pasa?

—¿Crees que soy vieja para estar soltera? —preguntó de repente esta.

—¿Cómo dices?

—Nada. ¡Déjalo!

—¿Te pasó algo en la boda de tu amiga? Es normal que la gente te pregunte que por qué no te has casado. A mí me pasa constantemente —comentó tratando de adivinar lo que le sucedía a la rubia.

April alzó la cabeza para mirarla, pero retiró la vista antes de cruzarse con sus ojos.

—Era solo una pregunta. ¡Estoy bien!

Catalina optó por no insistir, si bien sabía que no lo estaba.

—Creo que voy a pedirle una cita a William —anunció, de repente.

—¿William? ¿El del Crown?

—Hace mucho que no salgo con nadie. La mayoría de mis amigos están casados y con hijos. Puede que tenga que comenzar a planteármelo en serio — se encogió de hombros—, ya sabes que me gustan los niños.

—¿Qué les pasa a todas las mujeres que conozco que no hacen más que pensar en bebés?

—¿Eugenia? —preguntó April.

—Por supuesto que Eugenia. Todas mis preocupaciones provienen de mi hermana. No me malinterpretes, me gusta tenerla cerca. Después de que mi padre se jubilara y regresara a España con mi madre me sentí muy desamparada. Si no hubiese sido por Eugenia yo misma me hubiera ido con ellos. El problema es que mi hermana es demasiado exagerada tanto para lo bueno como para lo malo.

—A mí me cae genial.

—Y a mí, es solo que siento que debería tomarse las cosas con más calma.

—Lo que yo creo es que a ti también te vendría bien salir con alguien.

—Y yo estoy segura de que eso es lo peor que me puede pasar ahora mismo —dijo acordándose de la cena del sábado.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad con Will?

—¿Por qué no? Nunca lo sabrás si no lo intentas, pero ¿qué pasa con Jim Sturgess? Él también sigue soltero —bromeó.

April sonrió, por primera vez ese día.

—¿Cómo se le pide una cita a un hombre? —preguntó tras varios segundos de duda.

Catalina no respondió de inmediato porque tampoco tenía una respuesta clara. Ella tampoco había invitado nunca a nadie a salir.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó. April era una persona metódica y meticulosa que pensaba mucho las cosas antes de hacerlas, pero Catalina en esa ocasión estaba segura de que no lo había meditado a conciencia.

—Quiero ser espontanea.

La morena rio, pero no dijo nada. Desde el momento en que alguien planeaba ser espontanea dejaba de serlo.

—Creo que lo mejor es pedírselo directamente.

—De acuerdo —aceptó poco convencida.

Durante varios minutos ninguna de las dos dijo nada. Comieron en silencio, concentradas en sus propios pensamientos. Hasta que April planteó una de sus acostumbradas preguntas raras.

—Pregunta morbosa. ¿Quién preferirías que te transformara en vampiro, Klaus Mikaelson o Damon Salvatore?

—¡Qué difícil! —se quejó Catalina—, ¿no pueden ser los dos? Uno que me muerda por la derecha y el otro por la izquierda.

La rubia negó con la cabeza.

—Tienes que elegir solo a uno.

Molesta por tener que abandonar a uno de los dos se lo pensó con auténtico interés durante unos minutos.

—Me quedo con Klaus —dijo finalmente.

—¿Por qué? Damon es realmente impresionante. ¡Menudos ojos tiene!

—Lo sé, pero Klaus es el vampiro original, por lo que tiene más experiencia y porque tiene una voz que me vuelve loca...

—¡Buena elección! Te quedas con el inglés y desechas al americano. Deberías plantearte los mensajes subliminales que te manda tu cerebro.

Catalina se quedó quieta, con el tenedor a medio camino hasta su boca.

—¿Crees que está tratando de decirme algo? —bromeó fingiendo seriedad.

—Yo lo tendría en cuenta. Dicen que los sueños son consejos que nos envía nuestra mente.

—Jamás he soñado con que me mordía un vampiro —se quejó.

—No, pero en cuanto te he planteado el problema has elegido.

Catalina asintió pensativa.

Siguieron comiendo en silencio, hasta que la morena habló de nuevo.

—¿Cuándo quieres que vayamos al pub? —se encogió de hombros—, vamos a tener que pasar por allí si quieres pedirle una cita a Will, y tampoco estaría mal que nos presentara a algún amigo. ¿Quién sabe? Igual conoce al doble de Joseph Morgan y matamos dos pájaros de un tiro.

## Capítulo 12

# ESO YA NO ES ASUNTO MÍO

Cuando el martes por la mañana Eugenia se dirigió hasta el ático de Arthur, en el que esperaba a los cristaleros, que se encargarían de aislar la terraza, lo hizo con un humor diferente. Tras pasarse dos días dándole vueltas a la conversación que había tenido con su hermana decidió que era posible que esta tuviera razón. Después de todo, Catalina era la eminencia de la familia y había tenido una relación muy estrecha con su exmarido. Tanto era así que ambos salían a comer juntos de vez en cuando. Aunque solo habían estado casados tres años, su noviazgo había sido de seis años, por lo que se podía decir que su hermana y su exmarido se conocían de toda la vida. Por otro lado, el que su divorcio no se hubiera producido por culpa de terceras personas, al menos no por motivos románticos o deslealtades, sino que simplemente se debía a que las prioridades de cada uno eran muy diferentes entre sí, favorecía que siguiera habiendo una buena relación.

Lo más importante para Arthur era su familia, después iba su trabajo, era uno de los abogados más preeminentes de Londres; su bufete llevaba asuntos tan importantes como la gestión de la National Gallery. Lamentablemente esas dos prioridades habían estado por encima del valor que le otorgaba a su matrimonio.

Y aunque Eugenia lo había tolerado durante un tiempo porque le amaba, lo cierto era que tanto su familia como su dedicación al bufete habían terminado por pasarles factura.

Su suegra vivía únicamente para presionarla para que se quedara embarazada. Eugenia lo había deseado también, por otros motivos, claro está, pero también había soñado con ser madre. El problema era que por mucho que lo había intentado, sus esfuerzos no habían dado sus frutos. Tras interminables

revisiones médicas habían descubierto que *a priori* no había ningún impedimento para que no se produjera un embarazo natural.

Aun así, el tan ansiado bebé no había llegado y su matrimonio se había desmoronado víctima de la presión.

Eugenia estaba analizando una paleta de color para escoger el tono que iba a utilizar en la cocina cuando sonó el timbre de la puerta. Debían de ser los cristaleros, se dijo, ya que había dado aviso al portero para que les permitiera el acceso.

Nadie podía acceder a la finca sin un consentimiento previo del dueño del piso. Lo que contribuía a la intimidad que los propietarios buscaban encontrar en sus hogares.

Contenta porque todo estuviera yendo bien se encaminó hasta la puerta y abrió.

Se quedó de piedra al darse cuenta de que no eran los cristaleros.

—Eugenia, justo la persona que buscaba —anunció Lauren Aldridge entrando en la casa sin esperar a ser invitada.

Su exsuegra se detuvo tras de ella a la espera de que cerrara la puerta. Si una cosa era importante en la familia Aldridge era que los trapos sucios siempre se lavaban en privado.

—Lauren, ¡qué sorpresa! —saludó. Ni siquiera hizo el amago de acercarse a ella para besarle la mejilla como solía hacer antes—. Imagino que si esperabas verme es porque estás aquí para decirme algo.

Eugenia no tenía previsto amedrentarse ante ella. Después de todo ya no les unía ningún vínculo que la obligara a ser amable. Con ser educada y cordial iba más que sobrada.

—¡Por supuesto! Pero ¿no crees que es de mala educación atender a alguien en la puerta?

—Disculpa, esta no es mi casa y como puedes comprobar esta vacía. Lo único que puedo ofrecerte es una silla en la cocina.

—Será suficiente. Gracias por tu amabilidad.

Eugenia dejó pasar la pulla, sabedora de que Lauren no estaba allí para conversar con ella del tiempo que hacía que no se veían. Enderezó la espalda lo más recta que pudo y se encaminó hasta la cocina mientras pensaba en el modo más adecuado de alertar a Arthur de la presencia de su madre en su casa.

—Por favor, siéntate —ofreció la única silla disponible en la casa.

La mujer dejó su Birkin[3] encima de la pequeña mesa que Eugenia usaba para tomar notas y se sentó.

—¿Qué te trae por aquí, Lauren? Si deseabas ver el ático tendrías que haberle pedido a Arthur que te lo mostrara. Lo cierto es que no me siento muy cómoda en esta situación.

La mujer, de aspecto delicado, pero con un carácter de mil demonios, le lanzó una significativa mirada antes de responder:

—No estoy aquí por el ático. Ni para recordar viejos tiempos, estoy aquí para descubrir qué es lo que pretendes.

—Lo siento mucho, pero solo estoy haciendo mi trabajo. No entiendo a qué te refieres con «lo que pretendo».

—¿Tu trabajo es hacer que mi hijo se marche de su hogar? ¿Tu trabajo es alejarlo de nosotros? Porque no puedes dejarle en paz ahora que os habéis divorciado.

Eugenia se irguió cuan alta era y dio gracias por haberse calzado unos stiletos de diez centímetros porque con ellos se sentía más y más grande que su oponente.

—No deberías darme tanto mérito, ya que no he tenido nada que ver con esto —se detuvo un segundo para calmarse. Si seguía así terminaría por decirle cuatro cosas a su exsuegra y, si había sido capaz de aguantarse durante su matrimonio, no podía permitirse estallar en esos instantes en que no las unía ningún lazo—. La persona a la que tienes que pedirle explicaciones es a Arthur.

—Así es, mamá. Se puede saber ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó el dueño de la casa entrando en ese momento en la cocina.

Eugenia se fijó en la serenidad que mostraba su rostro. No parecía ni sorprendido ni afectado por la visita.

Lauren se levantó de un salto y su expresión malhumorada y amenazadora dio paso a otra con una sonrisa radiante.

—¡Hijo! —se acercó a él para besarle la mejilla—, qué sorpresa. He ido a comer con tu novia y como estaba por la zona me ha parecido buena idea venir a ver tu nueva casa.

A Eugenia no se le pasó por alto la alusión a su novia, pero tampoco estaba dispuesta a escuchar más.

—Si me disculpáis.

Iba a salir huyendo de allí cuando Arthur la asió por el brazo y la pegó a su

costado.

—Blair no es mi novia. Es la mujer con la que tú pretendes emparejarme —explicó con la mirada clavada en su exesposa—. De cualquier manera, lo que verdaderamente me interesa es saber qué estás haciendo aquí y por qué estabas acosando a Eugenia.

—Yo no estaba... —se detuvo al darse cuenta de que no podía negarlo ya que había sido pillada *in fraganti*—. No pretendía acosarla, es solo que estoy preocupada por ti.

—La próxima vez que estés preocupada por mí búscame. Y, por favor, no vuelvas a perder las formas con ella. No quisiera tener que enfadarme contigo.

Eugenia sintió un agradable calor subirle por el pecho. ¿Era posible que Arthur hubiera cambiado tanto como para defenderla de ese modo con su madre?

Antes siempre la había disculpado y había alegado a su condición de viuda para justificar el control excesivo que Lauren tenía sobre él. En cambio, en esos momentos le estaba exigiendo que la tratara con respeto e, incluso, se había atrevido a marcharse de su casa, dejando a Lauren sola en la enorme mansión.

—Voy a marcharme para que podáis hablar —ofreció Eugenia—, regresaré más tarde, tengo algunos recados pendientes.

Arthur afirmó más su presa.

—La que se marcha es mi madre —anunció—, nosotros tenemos trabajo que hacer y ella ya me ha visto, que es lo que deseaba. ¿Verdad, madre?

—Por supuesto, hijo.

Eugenia tuvo que esconder la sonrisa que le brotaba del pecho y amenazaba con descubrir la alegría que la embargaba en esos momentos. Puede que no hubiera ganado la guerra, e incluso podía ser que esta ya estuviera perdida, no obstante, algunas batallas hacían soñar en cómo sería la derrota de los ganadores.

---

[3] Clásico bolso de Hermès.

## **Capítulo 13**

# **ES IMPRESCINDIBLE SABER LO QUE TU PELO PUEDE HACER POR TI**

Las clases de baile se estaban convirtiendo en una adicción para las hermanas Obando. Eugenia había olvidado su intención inicial al apuntarse a ellas y Catalina estaba comenzando a desechar sus prejuicios sobre su falta de coordinación.

Además, ambas se habían dado cuenta de que a pesar de ser una academia de baile, lo importante allí era el compañerismo y la conversación. Cada martes y jueves, tras las clases, se juntaban para cenar y en esos momentos todos se volcaban en los problemas de los demás. Más como una familia que como meros compañeros.

Sandra, una de las chicas a las que las hermanas acababan de conocer, había relatado el jueves anterior que su novio la había dejado y que la tienda de ropa de segunda mano en la que trabajaba en Notting Hill estaba a punto de cerrar y, antes siquiera de que nadie tuviera tiempo de asimilar lo que decía, Elías ya le había ofrecido trabajo como camarera.

Incluso Eugenia, que era muy reservada con sus cosas, les había contado que estaba decorando el ático de su exmarido.

Todos coincidieron en que era extraño que la hubiera elegido a ella para el trabajo y más que mencionara que iba a vivir con una mujer. Del mismo modo, Lauren fue odiada de inmediato por la gran mayoría, ofreciendo de ese modo auténtica solidaridad a Eugenia.

De alguna manera comenzar en la academia las estaba cambiando, decidió Catalina, que había comenzado a vivir colgada de sus auriculares y que ya no se mostraba tan incómoda con sus pasos de baile.

No obstante, ese martes no estaba teniendo suerte. Estela no dejaba de mirarla. No es que el interés de la mujer la incomodara exactamente, era más bien que la hacía sentir torpe. De todos los bailarines que danzaban, siguiendo las indicaciones de Carlos, ella era la menos grácil, eso lo tenía más que asumido. El que hubiera mejorado no significaba que se hubiera convertido de la noche a la mañana en una bailarina experta.

—¿Estás bien? —preguntó Bruno al verla tropezar de nuevo con sus pies.

—¡Lo siento!

Él le sonrió restándole importancia al pisotón.

—Tranquila. Yo tampoco tenía mucho ritmo cuando comencé a bailar. Venía más por socializar que por verdadero interés.

Ella se paró en seco con los ojos abiertos exageradamente por la sorpresa. Bruno era uno de los que mejor bailaban en toda la academia.

—Chicos, concentraos —los regañó Carlos.

—¿Y cómo has llegado a bailar tan bien?

—Quitándole importancia y practicando mucho.

Siguieron bailando, pero Bruno cambió un poco su actitud, siempre correcta y encantadora, y se mostró más juguetón gastándole bromas para hacerla reír.

Cuando la clase terminó, se sentía cansada, pero contenta.

—Catalina, ¡ven un momento!, por favor —pidió Estela finalmente.

La aludida se acercó con cierta timidez hasta ella, preocupada de lo que pudiera decirle. Sin embargo, Estela no habló. Se limitó a colocar una silla frente a ella y a sacar algo de su bolso.

Hasta que Catalina no estuvo lo suficientemente cerca no pudo distinguir el cepillo.

Por instinto se llevó las manos al cabello. Estela había sido peluquera toda su vida, tal vez sus insistentes miradas se debían más que a su descoordinado baile al estado de su pelo.

—¡Siéntate! Por favor —pidió, por fin.

—¿Sucede algo?

—Voy a peinarte —anunció sin mayores explicaciones.

Catalina hizo lo que le pidió, entre sorprendida e intrigada, y en seguida notó las manos de Estela moverse por su cabello. El gesto atrajo la atención de todos sus compañeros y antes de que tuviera tiempo de avergonzarse estaban rodeadas por ellos.

—¿Es una trenza? —aventuró Ana.

—Es una trenza. Una trenza siempre es una opción elegante al mismo tiempo que práctica. Estoy cansada de verla casi siempre con una sosa coleta.

—Mi hermana siempre ha tenido un pelo precioso, el problema es que no sabe lucirlo —comentó Eugenia.

—Tiene un pelo y una cara preciosos y no le saca partido a ninguno de los dos —dijo Estela, quien seguía trenzando el cabello de Catalina.

Había comenzado en un lateral y la trenza le daba la vuelta, por encima de la nuca, hasta por detrás de su oreja derecha.

—Llevar una coleta es práctico. Si lo dejas suelto me molesta en la cara y además termino pringándolo de etanol o barniz y es muy difícil eliminar el olor por mucho que lo laves.

—Tenía ganas de peinarla desde que la vi —siguió hablando la mujer sin hacer caso a las excusas de su clienta—. Esto ya casi está —anunció al tiempo que ataba una goma a la punta de la trenza.

—¡Wow! —halagó Bruno—. ¡Estás guapísima, compañera!

—¿Puedo verme?

Lo había preguntado, pero ni siquiera esperó a que Estela le diera permiso. En cuanto notó que la mujer soltaba su pelo, se puso de pie y se acercó a los espejos del fondo opuesto a donde estaban.

La mujer que le mostró el espejo era muy bonita. La trenza le daba un aire juvenil y a la vez sofisticado. Tenía las mejillas sonrosadas por el ejercicio y sus ojos marrones se veían grandes y brillantes.

—Si no eres de las que dan muchas vueltas en la cama te durará hasta mañana.

Catalina no dijo nada, pero ya estaba pensando en enrollarse un pañuelo en la cabeza o incluso una bolsa de plástico para que le durara hasta el día siguiente.

Todos los que se habían arremolinado a su alrededor admiraron tanto el resultado como el trabajo de Estela, quien inmediatamente se vio rodeada de compañeras que le rogaban que las peinara a ellas también.

Tras hacerse de rogar unos minutos, Eugenia terminó con un elegante moño francés y Ana con dos trenzas de boxeadora.

—Queridas mías, por si lo habéis olvidado, estoy felizmente jubilada —se quejó Estela. Aunque era más que evidente que estaba encantada con todas ellas a su alrededor pidiéndole que las peinara.

## Capítulo 14

# LA MÚSICA AMANSA A LAS FIERAS

—¿Te importaría no ponerte los auriculares esta mañana? —preguntó Aiden —, lo cierto es que me vendría bien escuchar un poco de música. No he dormido muy bien y el silencio puede ser demasiado soporífero hoy.

Catalina asintió y dio gracias por haberse tomado la molestia de abrirse su propia *playlist*. Las que había estado escuchando de Carlos eran demasiado bailables e incluso algunas canciones eran demasiado explícitas para escucharlas con su jefe.

Respiró aliviada cuando la primera canción que sonó al poner el altavoz fue *Under Pressure* de Queen y David Bowie

*Pressure pushing down on me*  
*Pressing down on you no man ask for*  
*Under pressure - that burns a building down*  
*Splits a family in two*  
*Puts people on streets*  
*Um ba ba be*  
*Um ba ba be*[\[4\]](#)

Por primera vez desde que habían comenzado a trabajar juntos, Catalina se sintió tranquila. La presión con la que normalmente afrontaba la jornada parecía haberse disipado y el silencio no fue tan denso como en ocasiones anteriores.

La actitud de Aiden también era menos estricta y no solo por su petición de que compartiera su *playlist* con él, sino que por primera vez le ofreció compartir un café juntos.

En la semana y media que llevaban trabajando nunca le había ofrecido nada más que fría cordialidad, por lo que un café se sentía como un gran triunfo personal.

—Tienes unos gustos peculiares —comentó con una sonrisa mientras se llevaba su taza, con la estatua de la libertad impresa en ella, a los labios.

—¿Peculiares?

Aiden asintió.

—En menos de media hora has tocado todos los géneros: *Rock and roll*, *pop*, *soul*, *country*... El *pop* y el *soul* no me han sorprendido. Incluso podía esperarme el *country*, pero con el *Rock* y el *Heavy* me has dejado atónito.

Catalina rio, nerviosa. Desde esa primera vez en su oficina, cuando la había entrevistado para el trabajo de restauradora no había vuelto a hablar con Aiden con tanta naturalidad.

—Me gustan las bandas clásicas de *Rock* y *Heavy*.

—¡Lo sé! Me he dado cuenta.

—La próxima vez puedes escoger tú el repertorio —ofreció.

Aiden negó con la cabeza.

—Mis gustos son demasiado aburridos comparados con los tuyos. Me sentiría ridículo.

Catalina le miró con incredulidad.

—¿Qué tipo de música te gusta?

—Me gusta la música clásica y la ópera —y añadió con un gesto de pesar—: Ya te he dicho que mis gustos son aburridos.

—No estoy de acuerdo contigo. La ópera puede ser cualquier cosa menos aburrida. En mi humilde opinión, ya que no estoy muy versada en ellas, son como las actuales series de la televisión. En apenas tres horas y cuarto pasan cosas tan fascinantes como regicidios, traiciones y enamoramientos fulminantes.

Aiden rio de buena gana y Catalina tuvo que concentrarse para no comenzar a balbucear.

—Lo digo de verdad. Hay óperas comparables a cualquier serie al nivel de *Juego de Tronos* o *Los Soprano*.

—No puedo negar que tienes razón ni dejar de admitir que nunca lo había visto de ese modo.

Tras el descanso para el café regresaron a la sala de restauración para continuar con el trabajo.

Era cerca de mediodía cuando su cordialidad fue interrumpida por un inesperado visitante.

—Buenos días, espero no molestar —dijo una voz a sus espaldas.

Tanto Aiden como ella se giraron para ver quién era la persona que había hablado.

Catalina estaba tan sorprendida como encantada, por lo que dio un gritito de felicidad y se acercó a toda prisa a abrazarlo.

—¡Arthur! ¡Cuánto me alegro de verte!

Este se había quedado en el umbral de la puerta a la espera de que le invitaran a pasar. No había esperado encontrar a Catalina con el director del departamento, sino que esperaba verla con April. De hecho, había ido primero a la sala A en que ambas solían trabajar y la rubia era quien le había informado del reciente cambio.

—¡Cata! —contestó este tan contento como ella, devolviéndole el abrazo—, estás preciosa —la halagó, tal y como solía hacer—. Me encanta tu nuevo peinado.

—¡Gracias!

—¡Aldridge! —cortó Aiden acercándose a ellos muy serio—, ¿qué te trae por aquí? ¿Necesitas que revise algún permiso contigo?

—Aiden, disculpa, no te había visto. —Arthur le ofreció la mano y Aiden se la estrechó con el ceño fruncido.

—No, esta vez no estoy aquí para hablar contigo. Tenía que solucionar unos asuntos con el comisario de la nueva exposición y he querido aprovechar la ocasión para saludar a Catalina.

—No sabía que fuerais amigos.

Arthur sonrió con amabilidad y un brillo malicioso en los ojos.

—Catalina y yo somos mucho más que amigos —comentó sin dar mayores explicaciones.

—Ya veo —dijo—. Os dejaré hablar tranquilamente.

Se retiró en silencio y se dispuso a seguir con su trabajo sin abandonar la sala.

Catalina apenas le prestó atención, demasiado sorprendida por la visita de su excuñado.

—Supongo que vienes a recabar información, pero sabes que no puedo decirte nada.

Arthur la miró con picardía.

—¿Por qué eres tan mal pensada? Solo vengo a invitarte a comer. Hace mucho que no comemos juntos.

Aiden habló en ese momento y Catalina se dio cuenta entonces de que ni se había marchado ni había desconectado de la conversación.

—Señorita Obando, está usted muy solicitada con todo el trabajo que tenemos pendiente —Catalina estaba segura de que nunca la había hablado con tanta formalidad—. Recuerde que nuestro plazo era de tres semanas y ya hemos cubierto el cincuenta por ciento de él.

Como buen abogado que era, Arthur tomó las riendas de la situación.

—En ese caso cenemos. Te recojo en casa a las seis. —Se dio la vuelta para enfrentar a Aiden—. Un placer saludarte, Fischer.

—Lo mismo digo.

Aiden no volvió a hablar en todo el día y Catalina se negó a forzar una conversación. Se había acostumbrado al Aiden taciturno y una conversación distendida sobre música no era signo de que hubiera cambiado su actitud con ella.

De cualquier manera, ya no le importaba.

Más tarde, cuando se quedó sola, llamó a su hermana.

—Voy a cenar con Arthur esta noche. ¿Hay algo que quieras saber?

—Te quiero, eres la mejor hermana del mundo —fue la respuesta de Eugenia.

—O sea, que sí.

—¿De verdad tenías esperanzas en que dijera que no?

—Ya sabes lo que dicen: la esperanza es lo último que se pierde.

—Hermanita, eres una ilusa —bromeó mientras se reía de buena gana—, aunque sabes que te quiero igual.

---

[4] *Presión, aplastándome. / Presión, aplastándote. / Ningún hombre la pidió. / Bajo presión - derriba un edificio. / Divide a una familia en dos. / Pone gente en las calles. Um ba ba be / Um ba ba be.*

## Capítulo 15

### UNA OFERTA QUE NO SE PUEDE RECHAZAR

Ese jueves el comedor estaba más animado que de costumbre. Las conversaciones siempre estaban presentes durante la comida, pero el murmullo de ese día era mucho más sonoro de lo habitual, pensó Catalina mientras comía junto a April.

Como era de esperar, ese día Aiden tampoco había tenido intención de comer con su compañera en el comedor y, como sucedía cada día, a la hora señalada se había marchado sin mencionarlo. Catalina había comenzado a dudar sobre si realmente habían compartido un café y una conversación amigable o había sido todo un sueño.

—¿Qué les pasa a todos hoy? —preguntó Raphael, apareciendo delante de ellas con su bandeja de comida en las manos. Se sentó junto a April—. ¿Está libre?

Las dos amigas se miraron con extrañeza. Normalmente el italiano comía con su grupo y, a pesar de la estrecha amistad que les unía, rara vez se sentaba con ellas. El ritual del mediodía era una norma no escrita seguida por los trabajadores del museo, a excepción, claro estaba, del jefe del departamento de restauración, que desde que había comenzado a ensuciarse las manos con el trabajo de campo comía en su despacho.

—Sí —respondió Catalina.

—¿Te has enfadado con tus compañeros? —inquirió April.

—¿Cuántos años tenemos? ¿Cinco?

La rubia obvió la pulla y retomó la conversación anterior.

—Están alterados por la conferencia —explicó la rubia.

—¿Qué conferencia? —preguntó Catalina.

—Hay una conferencia en Oxford este fin de semana. Es sobre tecnología y restauración. En sí mismo es uno más como tantos otros, lo importante es el cóctel de honor que tendrá lugar el sábado.

—¿Y cuál es el problema? Llevo dos días de insinuaciones, por eso he huido de allí —insistió Raphael sin dar más explicaciones.

—Las personas más importantes en materia de restauración estarán en ese evento del sábado por lo que es un buen momento para establecer contactos.

—Normalmente las conferencias son libres. Cualquiera puede asistir.

April negó con la cabeza.

—Esta no. Hay un aforo limitado, por lo que primero accederán los que tienen invitación y después los que no la tienen. Y para el vino de honor es peor, hay que tener invitación.

Raphael se encogió de hombros.

—Yo tengo una, por eso me estoy viendo acosado.

—¿Qué has dicho? —preguntó April asombrada.

—Que tengo una invitación para el vino de honor, el coctel o lo que sea, y también para la conferencia. Me la enviaron por correo electrónico hace dos semanas. No pensé que fuera nada importante —y añadió muy serio—, no tenía planeado asistir, pero si lo deseáis podéis acompañarme alguna de las dos. He ignorado a mis compañeras en favor vuestro —explicó muy serio.

—A mí no me interesa —dijo Catalina falsamente. Esa era una muy buena oportunidad para hacer contactos importantes de cara a su nueva entrevista en El Prado—, ve con April. —Pero su amiga parecía tan emocionada con el evento que lo dejó pasar.

—No puedo —dijo esta con horror—, he quedado con Will.

—¿Will? ¿El Will del Crown? —inquirió Raphael con una voz un poco más estridente de lo normal.

—Ese mismo —confirmó Catalina—. April le ha invitado a salir.

Su amiga enrojeció de vergüenza y al ser una típica rosa inglesa, de piel clara y mejillas sonrosadas, el efecto fue más que apreciable.

—¡Enhorabuena! Por fin has hecho algo que no me esperaba que hicieras —apuntó Raphael.

—¡Oye! Que April es muy espontánea. Simplemente pasó.

Tratando de defenderla, Catalina solo consiguió que las mejillas de la rubia se encendieran un poco más.

—Si tú no quieres venir tendré que pedírselo a otra persona. Lo cierto es

que no me faltan candidatas —murmuró Raphael mirando a Catalina, pensativo.

—¿A una mujer? —la pregunta de April sorprendió a sus amigos.

Catalina le daba vueltas a cómo decirle a Raphael que había cambiado de idea y sí que deseaba acompañarle mientras Raphael valoraba a qué compañera debía invitar para no ir solo.

—Por supuesto que voy a llevar a una mujer. No va a ser a un hombre. ¿Qué diversión habría entonces?

Catalina regresó al trabajo después de comer, con la cabeza todavía perdida en pensamientos relativos a la conferencia. Tenía que hablar con Raphael antes de que tuviera tiempo de invitar a otra persona, pero se había marchado tan molesto, sin apenas tocar su comida, que no había tenido tiempo de decir nada.

Entró en la sala en la que trabajaba con Aiden y se dio de bruces con él, que salía de ella sin la bata con la que cubría sus ropas de los productos que usaban.

—Cuando dispongas de unos minutos libres pásate por mi despacho y pídele a Norma el programa de la conferencia a la que asistiremos este fin de semana —dijo sin darle importancia.

—¿Cómo dices?

—¿He de repetirlo todo de nuevo?

—No será necesario si me lo explicas como si no tuviera la más remota idea de lo que estás hablando.

—Este fin de semana hay una conferencia en Oxford y...

—Eso ya lo sé —le cortó—, me gustaría que te centraras en la parte en la que se supone que te acompaño.

—En ese caso lo has entendido todo correctamente. Estamos trabajando juntos y, por lo tanto, es adecuado que vayamos juntos a la conferencia. Además, será muy interesante para ti, ya que estás compitiendo por una plaza en El Prado.

Catalina le miró con asombro y confusión.

Unos días antes, cuando se enteró de que había ido a una entrevista inicial, parecía molesto, ¿y en esos momentos se ofrecía a ayudarla? No había ninguna duda de que se había perdido una parte del proceso, porque el resultado actual no tenía el menor sentido.

—Supongo que es así.

—Te aseguro que lo es.

—¿Por qué quieres ayudarme? Si consigo la plaza dejaré la National Gallery y deberás buscar a alguien que me sustituya.

Aiden se encogió de hombros, pero su mirada no era tan indiferente como su expresión corporal.

—Eso es exactamente lo que deseo.

—¿Disculpa?

—Eres una excelente restauradora. Te mereces el trabajo y la National Gallery no pretende retenerte.

La explicación apaciguó un poco a Catalina, aun así, no estaba segura de que Aiden hubiese sido del todo sincero o de que lo que había dicho fuera un cumplido.

—Te veré mañana —se despidió—, he de atender unos asuntos importantes en mi despacho —dijo, dejándola sola.

Aiden estaba tan ensimismado en sus pensamientos que prácticamente no vio a nadie de camino a su despacho. Aunque le saludaron varios compañeros y trabajadores con los que se cruzó, apenas fue capaz de efectuar un gesto con la cabeza y seguir su camino, absorto en sus problemas.

Cuando llegó, Norma se levantó sin decir nada a prepararle un café bien cargado. Llevaban tanto tiempo trabajando juntos que ya era capaz de predecir su humor solo con verle la cara.

Dos minutos después le dejaba una taza humeante sobre la mesa.

—¡Gracias!

—¿Qué sucede? ¿Te has peleado con el comisario de la nueva exposición? Negó con la cabeza.

—Nada que deba preocuparte, es solo que he de organizar el trabajo pendiente para despejar el viernes. Tengo previsto salir temprano.

—Cierto, la conferencia. ¿Debo reservarte billetes de tren o irás en tu coche?

—Son menos de sesenta kilómetros. Conduciré yo.

—¿No vas a beber en el evento del sábado? Si tienes previsto conducir no deberías hacerlo.

—Aprecio tu preocupación. Me quedaré en el hotel el sábado y regresaré el

domingo, así podré socializar sin riesgo a provocar accidentes.

—¡Muy bien visto! —alabó Norma, encaminándose hasta la puerta.

—Una cosa más, voy a ir con Catalina Obando, por favor, prepara un dossier para ella con los temas que se van a tratar en la conferencia.

—¿Qué vas a ir con quién? —preguntó Norma muy sorprendida—, pensaba que no querías tener trato con nadie del *Gallery* más allá del trabajo.

Aiden miró a su secretaria con una expresión indescifrable.

—No voy a tener trato con ella. Voy a trabajar con ella fuera del museo.

—Lo que tú digas. ¿Debo reservar billete para ella o la llevarás en tu coche?

Aiden la fulminó con la mirada.

—No será necesario que reserves nada más que las habitaciones, gracias.

—¡Muy bien!

—Norma —la llamó cuando se dio cuenta de que ella iba a dejar su despacho—, averigua quién está invitado al vino de honor y si va alguien que tenga relación con el museo de El Prado.

Ella le miró sorprendida.

—¿Estás pensando en aceptar la oferta del museo?

Aiden negó con la cabeza.

—No es para mí —contestó e inmediatamente después agachó la cabeza hacia los papeles sobre su escritorio, lo que dejó claro a Norma que no estaba dispuesto a dar más explicaciones.

## Capítulo 16

### *CARPE DIEM, MY FRIEND*

No estaba muy segura de que ir al Crown esa tarde hubiese sido buena idea, pensó Catalina, al ver la expresión taciturna de Raphael. Sus amigos parecían incómodos y la actitud excesivamente atenta de Will, quien les sirvió patatas fritas, regalo de la casa, tampoco ayudaba mucho a que se instalara la habitual complicidad que compartían los tres.

—Llevamos viniendo aquí años y hoy es la primera vez que nos invita a algo —musitó Raphael, negándose a comérselas—. Debes de haberle impactado mucho.

—¡Están buenas! —trató de apaciguarles Catalina.

—Todavía no hemos tenido una cita, por lo que no creo que sea por mí —se defendió la rubia.

—Yo estoy seguro de que no es por mí.

Decidida a eliminar la incomodidad, Catalina jugó su mejor baza.

—Aiden Fischer me ha invitado a asistir con él a la conferencia del viernes y al vino de honor del sábado.

—¡Qué graciosa eres! —se burló April.

—Es verdad. ¡Lo juro!

Los dos dejaron de lado su malestar y la observaron con fijeza, tratando de leer en su expresión si era una mentira o estaba diciendo la verdad.

—No quiere que te marches a Madrid —especuló finalmente Raphael dando por verdadera la explicación—, ahora que sabe que estás entre los tres elegidos para la plaza de restaurador quiere hacerte la pelota para que te quedes en Londres.

—Para nada. Creo que en realidad quiere que me marche y que esta es su manera de echarme una mano.

—¿Y por qué iba a querer eso? Eres una de las mejores restauradoras del museo.

—¡Gracias, Raphael! Pero creo que no le caigo bien —y añadió—: Durante las horas que estamos juntos no me habla y nunca ha querido comer conmigo.

—No es propio de él. Siempre ha sido una persona muy sociable y amable —apuntó Raphael cogiendo una patata. Iba a llevársela a la boca cuando recordó de dónde habían salido y la soltó con rapidez como si quemara.

April apartó la vista, incómoda con el gesto del italiano.

—¿Lo conocías antes de venir a la National Gallery? Parece que tienes una idea bastante amplia de su carácter —dejó caer Catalina tratando de no mostrar su curiosidad.

—Estuve restaurando frescos en la Toscana y coincidí allí con él y con Heidi.

—¿Quién es Heidi? —preguntó April.

—La ex de Aiden —aclaró Raphael—. La exmujer, aunque por aquella época solo eran pareja.

—No me habías dicho su nombre —recriminó April mirando a Catalina.

Catalina no respondió, demasiado impaciente porque su amigo siguiera con la historia como para justificarse.

—Estuvimos juntos tres meses. Después les perdí la pista y no supe nada de ninguno de los dos hasta que comencé en la National Gallery. A Heidi me la encontré el año pasado en París, en el congreso al que asistí sobre conservación y restauración de bienes culturales. No la había vuelto a ver hasta el sábado en que coincidimos con ellos en el restaurante.

—Querrás decir en que los seguimos.

—Cómo sea. Me sorprendió que mantuvieran ese tipo de relación.

—¿Por qué no iban a llevarse bien? —protestó April.

Raphael se encogió de hombros.

—No es lo habitual.

Siguió contándoles que por aquella época tanto Aiden como Heidi trabajaban en la National Gallery of art de Washington D.C y que allí era donde ambos habían comenzado su relación. Al parecer se casaron después de trabajar aquel verano en la Toscana y seguían casados cuando cada uno se marchó a una punta de Europa a trabajar. Aunque trataron de que funcionara el matrimonio a distancia, al final no resultó.

El talento y los contactos de Heidi, que procedía de una familia de

diplomáticos, los había llevado a ambos a Europa, y con ello su matrimonio se fue a pique.

—Raphael, si todavía no le has pedido a nadie que te acompañe al evento del viernes, ¿puedo ir contigo?

—¿Qué pasa con tu cita? —dijo mirando a Will que seguía sirviendo mesas.

—Hablaré con Will y me disculparé por cancelarla. —Se encogió de hombros—. Siempre podemos salir en otra ocasión.

Raphael no dijo nada durante unos segundos en los que se limitó a hacerse el interesante y a mantener la intriga de si había invitado a alguien o no a acompañarle.

—¡Está bien! Puedes venir conmigo. Tienes suerte de que todavía no me hubiera decidido entre Andrea o Lea.

—Gracias... Supongo.

—Pero si vas a ser mi pareja en el vino cóctel lo mejor será que te consigas un vestido acorde a mi estilo —dijo, todavía molesto por su rechazo anterior.

—No te preocupes por eso. Tengo un gusto exquisito.

—En hombres no será...

—¡Niños! —llamó Catalina—, no os enfadéis o tendré que castigaros —se burló haciéndoles notar su actitud pueril.

—¡Qué graciosa! —se quejó Raphael.

—Espero equivocarme, pero tengo la sensación de que vas a necesitar apoyo emocional si vas con Aiden a la conferencia —decidió April.

Catalina no lo negó y Raphael frunció el ceño volviendo a su anterior malhumor. De alguna manera April acababa de dar a entender que solo iba para apoyarla, dado lo oscuro que se veía su futuro inmediato al lado de Aiden.

Catalina pensó en ello durante el resto de la noche y siguió haciéndolo cuando llegó a casa y se dejó caer encima del sofá, sin quitarse siquiera el abrigo.

Lo mirase por dónde lo mirase la invitación de Aiden era extraña. ¿Por qué el director del departamento de restauración la elegiría a ella para asistir a una conferencia tan importante? Cuando ni siquiera era capaz de compartir con ella una comida en el museo.

La excusa de que era su compañera de restauración no era creíble precisamente por ese mismo motivo, porque no la trataba como tal. Por lo que debía ser cierto que la llevaba para ayudarla de cara a su próxima entrevista

de trabajo.

Por otro lado, ¿qué se suponía que tendría que hacer el fin de semana? ¿Fingir que Aiden la trataba como a una colega? Eso no había nadie que se lo creyera. No obstante, no podía olvidar que su acompañante era el jefe del departamento de restauración, lo que, junto con su trayectoria impecable, hasta el momento, podía abrirle muchas puertas. Lo único que tenía que hacer ese fin de semana era mostrarse profesional y aprovechar cualquier presentación que Aiden pudiera hacerle.

De repente, las palabras de Raphael sobre el vestido para el vino de honor regresaron a su mente. Debía de ser algo elegante, pero llamativo al mismo tiempo. Un vestido que captara la atención de la gente por su estilo y distinción.

—No tengo nada adecuado que ponerme —se quejó, pensando en lo irónico que era que la hija del dueño de Spanish Queens no tuviera un atuendo adecuado para la ocasión.

Si había algo en lo que sus padres siempre les habían insistido era en la ropa de los domingos. Anselmo Obando había iniciado su empresa siendo un modesto sastre, oficio aprendido a su vez de su padre y, cuando se decidió a arriesgarlo todo y a crear su imperio, solo contaba con dos trajes propios, el que usaba todos los días y el que se reservaba para los domingos. Cuando el éxito le llegó, antes siquiera de tener a sus hijas, siguió con la costumbre de reservar ropa para ocasiones especiales.

—Mi padre me mataría si lo supiera.

De un salto se puso de pie y buscó su bolso, que había dejado de cualquier manera al entrar en casa. Se quitó el abrigo y sacó el móvil, volviendo a dejarse caer en el sofá.

Durante unos segundos se quedó mirando el teléfono sin desbloquearlo.

Llamar a Eugenia iba a ser una muy mala idea. Para empezar porque acabaría contándoselo a sus padres y para terminar porque se iba a ver obligada a contarle a su hermana los motivos por los que necesitaba que le prestara un vestido y, cuando le dijera que asistiría acompañada de su jefe, la cosa solo empeoraría y empeoraría...

De todos modos, no podía hacer otra cosa, se dijo para animarse. No tenía tiempo para pedirle a su madre que le enviara algo adecuado y tampoco podía ir de compras porque al día siguiente trabajaba y tenía clase de baile.

Enfurecida, desbloqueó la pantalla y llamó a su hermana, quien respondió

al tercer tono.

—¿Qué tal te fue la cena con Arthur? —preguntó sin siquiera saludar.

¡Ostras! Se había olvidado por completo de eso. Conociendo a Eugenia, seguro que había hecho un esfuerzo sobrehumano para no llamarla y esperar a que lo hiciera ella.

—Muy bien. Blair no le interesa lo más mínimo.

—¿Estás segura?

—Sí. Es una nueva compañera del bufete. No es nada personal.

—O sea, que es joven.

—Supongo.

—¿No se lo preguntaste? —el enfado y la incredulidad teñían su voz.

—¿No crees que es un poco fuerte preguntar eso? Se suponía que querías que fuera discreta.

—Pues no, quiero saber. ¡Pregúntale!

Catalina puso los ojos en blanco.

—Por supuesto, ahora mismo le llamo y le pregunto y después te lo cuento —dijo esta con guasa.

—Es una ironía, ¿verdad?

—¡Lo es! Aunque te prometo que la próxima vez que lo vea le preguntaré más a fondo sobre ella.

—¿Lo prometes?

Catalina vio la oportunidad y no la desperdició.

—Con la condición de que tú me ayudes a mí con algo...

—¿Qué necesitas? —preguntó con curiosidad. Su hermana no era alguien propenso a pedir favores. Normalmente solucionaba ella misma sus problemas y rara vez recurría a ella para que la ayudara.

En su relación los roles típicos estaban cambiados, la hermana menor protegía a la mayor.

—Necesito un vestido.

—¡Pídeselo a papá!

—No tengo tiempo para eso.

—Menos mal que soy una digna hija de mi padre. La ropa es una de mis especialidades, pero lo primero es lo primero, ¿quién va a ser tu acompañante?

—¿Cómo sabes que llevo acompañante? Yo no te lo he dicho.

Eugenia suspiró sonoramente a través de la línea.

—Primero porque me has llamado para pedirme ayuda y segundo porque cuando una mujer como tú necesita un vestido es porque hay un hombre implicado.

—¿Una mujer como yo?

—Una mujer inteligente, independiente que se preocupa más de su mente que de su aspecto.

Catalina lo pensó unos segundos antes de responder.

—¿Estás tratando de hacerme la pelota porque has metido la pata con tu afirmación machista?

—¿Ves como eres inteligente? ¿Ves?

## Capítulo 17

### UN POCO DE GLAMUR, POR FAVOR

El jueves, Catalina estuvo a punto de no ir a la academia de baile, ya que al día siguiente por la mañana tenía que marcharse con Aiden a Oxford y debía de organizarlo todo, dado lo inesperado de la invitación. Aunque el viaje apenas duraba una hora y media tenían previsto salir temprano para acomodarse en el hotel y prepararse debidamente para la conferencia.

Pasarían allí las siguientes dos noches, ya que regresarían a Londres el domingo por la mañana, para poder disfrutar con tranquilidad del vino de honor sin verse obligados a conducir de regreso ese mismo día.

No obstante, por mucho que tuviera pendiente, Catalina no tuvo elección, ya que su hermana iba a llevarle los vestidos que había escogido para prestarle a la academia.

Con esa idea se desplazó hasta allí y, nada más entrar, se topó con un corro de personas que rodeaban a alguien. Con un mal presentimiento se acercó a ellos y mientras lo hacía la conversación que mantenían se fue aclarando.

—A mí me gusta más este.

—Yo prefiero este.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó cuando se acercó lo suficiente como para ver a Sandra y a su hermana sosteniendo perchas de las que colgaban vestidos de cóctel.

—¡Ya estás aquí! —dijo Eugenia emocionada—, pues toma. —Le tendió sus dos perchas—. Pruébate primero estos, que son mis favoritos y después los de Sandra.

—¿Ahora? —miró a Carlos en busca de apoyo. El profesor de baile solía ser quien impartía además de *bachata*, un poco de cordura a sus alumnos, no obstante, en esos instantes parecía haberse contagiado de la locura general.

—Por petición popular hoy no vamos a ensayar. —Se encogió de hombros señalando a las mujeres con la cabeza—. Son mayoría —se excusó.

Catalina enrojeció ante la idea de que todos la vieran con los vestidos. Por lo que podía ver, los dos que le había pasado su hermana eran negros, largos hasta la rodilla, pero con bastante escote.

De los dos que sostenía Sandra, uno también era negro y otro gris oscuro con vetas irisadas en tonos plata.

—¿Por qué son todos tan negros?

—Porque es el color adecuado para un vestido de coctel.

—No sabía que tuvieras tantos. ¿Te los ha enviado papá?

Sandra escondió una sonrisa, pero Ana no pudo evitar soltar lo que todos, menos ella, parecían saber.

—Son de la tienda en la que trabaja Sandra. Son *vintage*.

Antes de que Catalina tuviera tiempo de asimilarlo y protestar, su hermana se adelantó anunciando que era su regalo de cumpleaños adelantado.

—Mi cumpleaños no es hasta abril.

—Por eso es adelantado —insistió—. Mis vestidos son demasiado grandes de cierta parte para que te queden bien —señaló sin reparos su pecho.

Catalina enrojeció ante la mención de sus escasos atributos.

—Debería haberle pedido ayuda a mamá —se quejó.

—No hubiera llegado a tiempo ni por mensajero urgente —replicó Eugenia.

—¿Por qué no te los pruebas y después decidimos que peinado le va más? —trató de apaciguarla Estela.

—Eso, eso, pruébatelos, que queremos ver cómo te quedan —apuntó Manuel que, aunque estaba apartado con los hombres, parecía haberse enterado de toda la conversación.

Bruno le guiñó un ojo para animarla y Catalina decidió que estaba metida en un buen lío.

—Vamos a ver lo que habéis traído hoy —intervino Carlos llevándose a los hombres más lejos, hasta la mesa de la comida.

—¡Venga! Que tenemos muchas cosas que hacer —la espoleó Eugenia.

Una hora después y por consenso general el elegido fue el modelo negro de Dior. Un vestido de seda, largo por debajo de la rodilla con el escote alto por delante y en barco por detrás.

Como adorno llevaba una sobrefalda a media altura del cuerpo original, dándole la vuelta a la cintura y marcando un poco de volumen.

—Estás preciosa con él puesto, pero yo también me quedaría con el gris — dijo Sandra, en su afán vendedor.

Ana asintió con vehemencia.

—¡Me encanta el gris!

—Yo te regalo el negro y tú te compras el gris —comentó Eugenia.

—¿Y cuándo me lo pondría?

—Es una inversión, por si tienes que ir a otro evento —insistió Sandra.

Catalina se dio cuenta de que tenía razón. Por culpa de no tener el denominado por su padre «traje de los domingos» se había visto en un problema.

—De acuerdo —concedió—, me lo quedo.

—Si ya habéis terminado con el vestuario, me toca a mí —dijo Estela, que se había acercado hasta ellas.

—El pelo no le va a durar hasta el sábado —apuntó Ana.

—No voy a peinarla para que le dure hasta entonces, voy a enseñarle cómo se hace para que se lo haga ella misma. Pensaremos en algo fácil, pero elegante.

Se escuchó la risa contenida de Eugenia, quien se tapaba la boca para disimular.

—No te rías —la regañó Catalina—, si soy capaz de restaurar un cuadro de miles de libras seguro que puedo peinarme decentemente.

Estela aplaudió su ánimo.

—Estoy segura de ello, bonita —confirmó la mujer.

—Es que te explicas muy bien —apuntó Ana, quien terminó por aconsejar a Estela para que abriera un canal de YouTube para enseñarle a la gente cómo peinarse para una fiesta, hacerse una trenza de espiga o cortarse el flequillo.

—Yo lo vería si lo abrieras —apoyó Catalina.

El problema fue cuando al llegar a casa trató de seguir los pasos que la peluquera le había explicado. En la academia, viéndola hacerlo con sus dedos ágiles le pareció algo fácil. Sus manos se movían decididas y, erróneamente, Catalina, creyó que era cuestión de seguir las indicaciones.

Sin embargo, como no tenía previsto darse por vencida, probó y probó hasta que estuvo medio satisfecha con el resultado. Cuando por fin terminó, era más tarde de lo que había esperado. A toda prisa se metió en la cama y se durmió.

Cuando se despertó al día siguiente todavía tuvo tiempo de prepararse la maleta, ducharse con tranquilidad y meditar sobre lo que estaba a punto de suceder.

Buena parte del estrés acumulado desapareció cuando recordó que contaría con el apoyo de Raphael y April. Después de todo, no tenía la mínima idea de lo que haría Aiden una vez allí. ¿La dejaría por su cuenta o pretendía que se trataran como auténticos colegas? En el museo la evitaba como si fuera una enfermedad, por ello le había parecido tan extraño que la invitara a asistir a la conferencia.

Al final decidió que iba a tener que esperar y ver en qué acababa todo. Fuera como fuera, el evento era un modo de promocionarse y no tenía intención de desaprovechar la oportunidad.

Una vez que lo tuvo todo listo, se sirvió una taza de café, y se sentó en su cocina a leer un par de artículos que se había impreso, sobre el tema que se trataría en la conferencia. Todavía disponía de tiempo antes de que fuera la hora de marcharse. Además, el que fuera a asistir con Aiden Fischer no debía desmoralizarla y perder la oportunidad de entablar conversación con alguien inteligente que pudiera añadirle algo positivo al fin de semana.

## Capítulo 18

### JUNTOS, PERO NO REVUELTOS

Catalina se sorprendió el jueves cuando Aiden se ofreció a pasar por su casa para recogerla. Dada su actitud distante, ella había esperado que quedaran en la puerta del museo y que salieran para Oxford desde allí. No se atrevió a protestar, por temor a que el ambiente se volviera más gélido, cuando él se ofreció a recogerla en su casa, por lo que se limitó a asentir y a darle su dirección. Sin embargo, y a pesar de su inesperado ofrecimiento, su actitud durante el resto del día siguió siendo tan fría y displicente como había sido siempre.

Cuando el viernes el coche de Aiden se detuvo frente a su casa, Catalina ya estaba en la puerta esperando. Le extrañó que llegara con un Audi Q3, siempre que se lo había imaginado como héroe de alguna de sus tontas fantasías conducía un deportivo rojo y no un SUV negro.

Su cuerpo comenzó a temblar cuando lo vio bajarse del coche y acercarse a ella. No llevaba traje, sino que vestía unos vaqueros azules y un jersey de lana azul marino y, aunque los hombres tenían fama de ser irresistibles enfundados en un traje de chaqueta, Aiden podía ser la excepción que confirmara la regla porque la ropa informal le sentaba como un guante.

La saludó con la extrema cortesía de la que siempre hacía gala y se hizo cargo de su maleta. Catalina, medio abrumada, medio asustada por tener que compartir un espacio tan pequeño con él, se metió en el coche y esperó a que él hiciera lo propio.

—Por favor, ponte el cinturón—pidió Aiden cuando se puso al volante.

—Sí, lo siento—se disculpó. Había estado tan absorta en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que no lo había hecho.

Lo que la había hecho parecer irresponsable y estúpida.

Aiden no dijo nada más, se limitó a arrancar el motor y a salir del estacionamiento.

Cuando Catalina presentía que el viaje iba a transcurrir en un absoluto e incómodo silencio, él alargó la mano hasta el reproductor de música y comenzó a sonar el aria *O mio babbino caro*, de la ópera de Puccini, Gianni Schicchi.

Aiden la observó con curiosidad, apartando unos segundos la mirada de la carretera.

—No es precisamente el tipo de música que sueles escuchar, así que si te molesta puedes cambiarla.

Catalina negó con una sonrisa.

—Lo cierto es que me gusta. Ya te dije que tengo gustos eclécticos en cuanto a música.

Aiden sonrió con sinceridad, sorprendiéndola.

—Lo recuerdo.

No volvieron a hablar en mucho tiempo, la música pareció embargarlos a ambos y Catalina terminó por relajarse a pesar de ser consciente de su cercanía y a pesar de que el aroma de Aiden, que se colaba por sus fosas nasales, hacía estragos en su estómago.

Ni siquiera fue consciente de que había cerrado los ojos, pero cuando se dio cuenta, su mente volaba tranquila en multitud de pensamientos, todos ellos relacionados con el fin de semana que iba a compartir con Aiden.

Había estado tan sorprendida por la invitación que hasta ese instante no se preguntó quién asistiría a la conferencia ni si se iba a arrepentir de haber aceptado sin investigar ese punto.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó ligeramente.

—¿Ya te has despertado? —inquirió Aiden sobresaltándola.

—En realidad no me he dormido.

—Parecía que sí.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba pensando. ¿Sabes quiénes están invitados a la conferencia? Según me dijo Raphael, el aforo está casi cubierto por las invitaciones. Y lo cierto es que tampoco tengo la menor idea de quién la imparte.

—Por fin parece interesarte —dijo en un tono serio—. Te pedí que me acompañaras, además de porque estamos trabajando juntos, porque pensé que podía ayudarte en tu afán de trabajar en El Prado.

Ella enrojeció avergonzada. Había estado tan obsesionada con el hecho de que la hubiera invitado que ni siquiera se había planteado lo importante, que no solo era una muy buena opción para hacerse ver, sino que también podría aprender técnicas que le sirvieran en su trabajo.

Se había limitado en pensar en lo que le aportaría a nivel social, porque en el ambiente académico, igual que en casi todo en la vida, lo importante no eran solo los títulos o las acreditaciones; los contactos y las recomendaciones también eran necesarias para ascender o conseguir un trabajo.

Ella misma había contado con la recomendación de uno de sus profesores de la facultad y gracias a eso se le abrieron las puertas de la National Gallery of London.

—¡Lo siento! He estado muy ocupada. Además, me avisaste de la conferencia en el último minuto. Lo único que he tenido tiempo de leer ha sido el dossier que me dio tu secretaria sobre el tema que se va a tratar.

—La conferencia ha sido la comidilla en el museo desde hace semanas.

—No suelen interesarme los chismes.

Aiden apartó la mirada de la carretera para clavarla en su rostro.

—¿De veras?

—Así es. Por lo general los chismes que triunfan en el museo están relacionados con la vida privada de mis compañeros y, te aseguro, que nada puede importarme menos.

—Me alegra escucharlo.

—Y a mí me alegra que te alegre, pero ¿puedes responder ahora a mis preguntas?

—Respecto a los asistentes, en mi maletín hay una lista con los que recibieron la invitación. No es cien por cien fiable, pero se acerca bastante a la realidad —hizo una pausa para pavonearse del trabajo de Norma, aunque no dijo nada de palabra, su expresión era suficientemente significativa—, y en cuanto al orador es el doctor Henry Langdon, de la universidad de Cambridge.

—¿Cómo dices?

La voz de Catalina había sonado tan estrangulada que Aiden la miró con interés.

—¿Sucede algo? —preguntó, preocupado por la repentina palidez de su rostro.

—Lo siento, creo que me he mareado un poco —se excusó.

Aiden no dijo nada, se limitó a avanzar los pocos metros que restaban para

llegar a la estación de servicio antes de detenerse allí.

—¿Por qué nos detenemos?

Sin decir nada salió del coche y dio la vuelta para abrir la puerta del copiloto.

—¿Has desayunado?

Catalina asintió con cuidado de no aumentar su malestar.

—Un café.

—Eso no llena el estómago —la regañó—. Vamos a tomarnos una taza de té hasta que se te pase el malestar.

—¡Lo siento! No es necesario, ya me encuentro mejor.

—Da igual, yo también necesito un té.

Ella alzó la cabeza para mirarle.

—Tú nunca tomas té. —Rápidamente se mordió la lengua porque acababa de descubrirse. No tenía por qué saber si bebía o no té si no fuera porque había estado pendiente de él.

—Lo hago. Pero solo cuando la situación lo requiere.

## Capítulo 19

# HA SIDO UN SIMPLE MALENTENDIDO

El área de servicio en la que se detuvo Aiden estaba decorada como si de una vieja estación de trenes se tratara. Las mesas eran pequeños vagones reciclados y las paredes, recubiertas de listones de madera, estaban adornadas con señales metálicas de diferentes épocas y ciudades.

En el centro del comedor había una vieja locomotora en la que los turistas se detenían para hacerse fotografías.

Aiden se mostró solícito y no dejó de preguntarle si se sentía bien, se pegó a su costado, temeroso de que fuera a desmayarse y la ayudó a acomodarse en una silla. Entre el bajón de azúcar que Catalina había sufrido por la impresión y la cercanía de Aiden sus nervios se dispararon.

Comenzó a sentirse mejor cuando llegó el té, que les sirvieron en una tetera de peltre junto con dos tazas y una variada selección de galletas.

Inmediatamente, Catalina alargó la mano y cogió una de las galletas de mantequilla, se la llevó a la boca y la paladeó con los ojos cerrados. Tenía auténtica devoción por ese tipo de pastas. Si no se controlaba un poco acabaría por devorar todas las que había en el plato y lamentablemente su metabolismo no era tan rápido como el de Eugenia, por lo que las calorías se asentarían directamente en sus caderas.

—¿Te encuentras mejor?

Catalina abrió los ojos.

—Sí, gracias. Adoro las galletas de mantequilla, no hay ningún mal que no se cure con una docena de ellas.

Aiden sonrió sin apartar la mirada de ella.

—¿Vas a contármelo? O he de fingir que no me he dado cuenta de nada.

—No sé a qué te refieres.

—De acuerdo, si es lo que deseas... ¡Fingiré!

Catalina se quedó mirándole unos segundos en los que Aiden le aguantó la mirada con expresión serena, sin delatar lo que fuera que estuviera pensando.

—De acuerdo —repitió ella—. Te lo contaré solo si tú respondes a mis preguntas.

Aiden sonrió con picardía.

—Esa propuesta es muy ambigua. Contestaré a tres preguntas, ni una menos y ni una más. ¿Aceptas? —extendió su mano para cerrar el trato.

Catalina no se lo pensó. Alargó su mano y se la estrechó.

El contacto de su piel caliente le provocó un ramalazo de deseo que le caldeó el pecho y tiñó sus mejillas.

—¡Trato hecho! Pero me reservo el derecho a no usar todas mis preguntas de una vez.

Aiden asintió, divertido.

—Me parece justo.

Ella se tomó unos minutos para ordenar sus pensamientos antes de contarle lo que deseaba saber. De modo que para mantenerse ocupada se dedicó a servir el té.

—No esperaba tener que volver a encontrarme con Henry Langdon nunca más y me ha afectado saber que era el ponente de esta tarde. De haber sabido que era él, es posible que me hubiera inventado alguna excusa para no venir.

—¿Es posible?

—Seguro que lo hubiera hecho —accedió.

—Eso me había parecido. ¿Por qué?

—Estuve saliendo con Henry durante un tiempo. No acabó bien.

—¿Cuánto tiempo? —se llevó la taza a los labios para que no pareciera que estaba demasiado pendiente de su respuesta—, ¿voy a tener que preguntarte para que sigas con la historia?

—¡Lo siento! No es un asunto agradable de recordar.

Él la miró unos segundos sin decir nada.

—¿Te maltrató? —preguntó con una expresión que Catalina nunca le había visto antes.

—¡No! —se apresuró a responder—. Me hizo daño, pero nunca empleó la violencia ni física ni verbal.

Él pareció relajarse.

—Comprendo que no somos amigos y que no te sientas del todo cómoda

contándomelo, pero esto es un truco. Tu historia a cambio de tres respuestas —sonrió con calidez y Catalina sintió cómo su sangre se aceleraba en sus venas—. No hay duda de que sales ganando.

Era la primera vez que le sonreía con tanta comprensión.

—Salimos juntos unos ocho meses, hasta que me di cuenta de que lo único que le interesaba de mí era mi dinero y los contactos de mi familia. Y antes de que preguntes cómo, te diré que lo descubrí del peor modo.

—¿Qué fue?

—Su novia vino a verme y me puso al día de la situación. Inicialmente solo me iba a utilizar unos meses, ella comenzó a impacientarse cuando no consiguió la financiación que buscaba y nuestra relación se alargó.

—Entiendo. ¿Dinero y contactos?

—Mi padre es el dueño de Spanish Queens.

—Eso explica lo del dinero. Creí que habíamos quedado en que las preguntas eran cosa tuya.

—Arthur Aldridge es mi cuñado. Ya sabes que el bufete de Arthur es uno de los más importantes de Londres, por no decir el más importante.

—¡Oh! ¿Es tu cuñado?

—Lo cierto es que lo era. Mi hermana y él se divorciaron, aunque nuestra relación sigue siendo muy buena. Es como un hermano para mí y dado que él tampoco tiene hermanas me ve del mismo modo.

Aiden pareció auténticamente sorprendido.

—He de reconocer que no lo tomé por tu cuñado cuando vino a verte. Pensé que teníais una relación... diferente.

—¿De verdad? —preguntó riendo—. Me alegro de que mi hermana no pueda oírte.

—¿Te parece divertido?

—Sí. Arthur sigue perdidamente enamorado de mi hermana, y yo soy algo así como la bisagra que los conecta —cogió otra galleta del plato—, ambos me utilizan para recabar información del otro.

—¿Y eso no te molesta?

—¡No! Los quiero a los dos y me encantaría que volvieran a estar juntos.

—Eres mucho más interesante de lo que parece a simple vista Catalina Obando.

La aludida enrojeció y apartó la mirada.

—Gracias.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos minutos. Aiden se limitó a beber su té e incluso cogió una galleta de chocolate. Catalina por su parte siguió con las galletas de mantequilla.

—¿Voy a tener que seguir con las preguntas? —comentó Aiden—, no me gusta la incertidumbre.

—Lo cierto es que lo había sospechado. Pareces el tipo de persona organizada que odia las sorpresas.

—Supongo que me has calado bastante bien —y añadió al ver que ella no decía nada más—. Y tu primera pregunta es...

—¿Por qué fingiste que no recordabas quién era en mi primer día en el museo?

Aiden parpadeó, sorprendido por la inesperada pregunta.

—¿Por qué crees que fingí?

—Hasta hace unas semanas estaba segura de que era cierto que no me recordabas, pero tras trabajar contigo he llegado a la conclusión de que fue una farsa. Eres demasiado concienzudo con tu trabajo como para olvidarte de alguien a quién tú mismo has contratado.

Aiden cabeceó con un gesto que transmitía admiración por haber sido descubierto.

—Fingí que no te conocía porque no me gusta mezclar el trabajo con las relaciones personales.

—¿A qué te refieres exactamente?

—¿Esa es tu segunda pregunta?

—Es una mera aclaración de la primera.

Aiden la observó, seguramente evaluando hasta qué punto era inteligente decir la verdad.

—Tuve la sensación de que te habías... encariñado conmigo.

El primer pensamiento de Catalina fue que debía de esconderse debajo de la mesa para que su vergüenza no fuera notoria y después negarlo. No obstante, algo en el modo sin emoción en que Aiden hizo el comentario activó su carácter, normalmente tranquilo, y decidió que esa vez no iba a esconderse.

—Tienes un alto concepto de ti mismo. Aunque es cierto.

Él arqueó una ceja sorprendido por su respuesta.

—Me sentí admirada por tu naturalidad. No esperaba que alguien que había llegado tan alto como tú fuera tan normal, tan humilde. Lo cierto es que me trataste con tanta amabilidad que me sorprendí. —Hizo una pausa antes de

continuar—. Además, que fueras americano también influyó en mi simpatía por ti. Supongo que el hecho de ser también una extranjera me hizo sentirme cercana a ti.

—Ya veo.

—¡Oh! Y por supuesto también me llamó la atención tu apariencia. Aunque imagino que eso ya lo sabes.

Aiden no dijo nada al respecto. Estaba tan sorprendido de que por primera vez en mucho tiempo una mujer le dejara sin palabras que no supo qué responder.

—¿Es por ese encariñamiento del que hablas por lo que te has negado a comer conmigo en el museo? —siguió hablando Catalina.

—Imagino que esta sí que es tu segunda pregunta —aventuró.

—Sí.

—Así es. Como te he dicho, no me gusta mezclar el trabajo y las relaciones personales.

Catalina fue encendiéndose más. El deseo que momentos antes la había sorprendido ahora se había tornado en rabia bullendo en sus venas, con tanta fuerza, que se obligó a respirar con normalidad para que él no notara su malhumor.

Cómo podía ser tan engreído y prepotente.

—No es que me importe, pero tu afán por evitarme en el comedor está dando que hablar más de lo que piensas. No me extrañaría que una gran parte de la plantilla del museo piense que somos algo más que compañeros.

Él parpadeó sorprendido. Lo cierto es que no había pensado en que la gente hablara del modo en que evitaba comer con ella.

—Y dado que soy tu acompañante a la conferencia el chisme tendrá más consistencia.

—Bueno, dado que ya hemos aclarado mi malentendido podemos compartir mesa la próxima vez —ofreció él con una sonrisa—. Así acallaremos los comentarios.

—Lo siento, pero yo también tengo una máxima que rige mi vida: solo comparto mesa con mis verdaderas amistades —respondió con una sonrisa deslumbrante.

## Capítulo 20

### CATALINA, DEJA DE PENSAR TONTERÍAS...

El hotel estaba situado en Abingdon Road, el aspecto exterior era el de un típico hogar inglés, solo que mucho más grande. Fuera quien fuera el arquitecto había pretendido con ello que los huéspedes se sintieran como en casa.

Norma había hecho las reservas, por lo que apenas tardaron unos minutos en registrarse y un botones los acompañó hasta su planta.

—¿Quieres que te pase el material que ha recopilado mi secretaria sobre los asistentes a la conferencia?

Catalina negó con la cabeza.

—Voy a dejar la lectura para otro momento. Tengo pensado dar un paseo por la ciudad. Creo que necesito relajarme un poco antes de enfrentarme a la prueba de fuego.

—¿Vas a estar bien? —parecía realmente preocupado.

—Sí. Haré turismo y desconectaré.

—¿Vas a visitar el Sheldonian Theatre o el Trinity College? Como hacen los turistas.

Catalina enrojeció, pero no respondió porque el botones les señaló sus habitaciones, una junto a la otra.

El chico se retiró cuando Aiden le dio un billete de propina.

—Tenía en mente ir al Christ Church —respondió Catalina mientras metía la tarjeta en la cerradura.

Aiden rio de buena gana.

—¡Vaya! Una fan de Harry Potter. ¡Qué te diviertas!

—Gracias —dijo abriendo la puerta de su habitación—. Te veré en la conferencia.

—Nos vemos a las tres y media en el vestíbulo. Iremos juntos —dijo sin darle opción a negarse.

Catalina asintió y entró en su dormitorio más confundida que antes. Su mente bullía de actividad. Estaba molesta y avergonzada, curiosa...

Primero se había sentido avergonzada por el hecho de que Aiden la hubiera calado con tanta facilidad el día de la entrevista, pero poco después su vergüenza se transformó en ira al comprender que la había manipulado para hacerle saber que su interés no era correspondido. No obstante, debía reconocer que él no había tratado de mentirle o de justificar sus acciones.

Había afrontado sus actos con sinceridad y, a partir de ahí, su actitud había cambiado. Quizás se debía a que ella le había dejado claro que no tenía ningún interés romántico por él, lo que hacía imposible que se saltara su norma de no mezclar trabajo y relaciones o, puede que ese compañerismo inesperado fuera solo cosa de un instante, tal y como había sucedido el día que compartieron un café.

Sea como fuere, lo que menos había esperado al hacerle la pregunta era que él fuera tan brutalmente sincero y directo, aun así, parecía que la conversación había marcado un punto de inflexión en su relación.

Dándole vueltas a los mismos temas deshizo su maleta y sacó el vestido negro de ella. Lo colgó de una percha y lo observó sentada en la cama. Era inevitable encontrarse con Henry, pero era mucho más agradable hacerlo ataviada con un precioso Dior, que le quedaba como un guante.

—Catalina, me había parecido verte antes en Saint Broad. No sabía que estuvieras invitada a la conferencia —saludó Henry, acercándose a ella.

Catalina acababa de entrar por la puerta con Aiden, pero este se había disculpado un segundo para ir a saludar a un conocido, de modo que se había quedado sola y Henry había aprovechado su debilidad para acercarse a ella.

Ella también le había visto a las puertas del Sheldonian Theatre, por lo que había huido de allí para no tener que ser cortés con él.

Lamentablemente para ella, Henry no tenía ningún escrúpulo en saludarla ni en tratar de iniciar una conversación.

—Henry, cuánto tiempo —respondió negándose a responder a su pregunta implícita.

—Como digo no esperaba verte aquí esta tarde.

—Pues aquí estoy —aunque por dentro se moría de ganas de abofetearlo por obligarla a hablarle, se tragó la hiel y sonrió con falsedad.

—Ya veo.

Al darse cuenta de que no pensaba responder optó por cambiar de tema.

—Espero que también hayas sido invitada al vino de honor.

—Por supuesto. Allí estaré. Si me disculpas... —se excusó al ver a April hacerle señas desde unas sillas más allá.

Estaba sentada junto a Raphael en la segunda fila de asientos de la derecha. La sala era un semicírculo en el que había bancos colocados de forma ascendente para que el de abajo no molestara al de arriba y así sucesivamente.

—Por supuesto, Catalina, ha sido un placer verte, como siempre.

Como despedida le ofreció una sonrisa templada. Ella no podía decir lo mismo, después de todo no se le daba bien mentir. Además, estar cerca de él solo le aportaba dolor y una intensa vergüenza.

—Buena suerte con la ponencia.

Estaba a punto de marcharse y escapar junto a sus amigos cuando notó una mano en su brazo que le impidió continuar.

—Catalina —saludó Aiden—, veo que conoces a nuestro anfitrión.

—Vagamente —respondió ella con una sonrisa.

Henry soltó un bufido de incredulidad, pero no replicó.

—Aiden, me alegro de verte. ¿Qué tal Heidi? —la pregunta maliciosa fue formulada sin apartar la mirada del gesto posesivo de Aiden que seguía agarrando el brazo de Catalina.

—En Madrid, como siempre, aunque cenamos con ella hace unas semanas, ¿verdad, Catalina? —el comentario fue tan inesperado como significativo.

Henry no se atrevió a preguntar más y la conversación derivó en el contenido de la ponencia. Hablaron cinco minutos más, durante los cuales Aiden siguió agarrando el brazo de Catalina. La conversación finalizó cuando los asistentes comenzaron a buscar asientos. Entonces Aiden se movió llevándosela con él y sentándose junto a Raphael.

—Creía que habías dicho que no te gustaba mezclar el trabajo con las relaciones.

Aiden la miró antes de responder.

—No lo he hecho.

—Lo sé, pero has dado la impresión de que sí.

Él sonrió complacido.

—Si hay algo que soporto menos que las relaciones complicadas son los tiranos y los engreídos.

Catalina se dio cuenta de que fuera cual fuera el motivo, el caso era que su relación había dado un giro de ciento ochenta grados.

—¡Gracias! Aunque no le soporto no puedo evitar tratar de ser educada a su lado.

Él se limitó a cabecear sin responder. Se dio la vuelta para atender a algo que le estaba diciendo Raphael y Catalina se relajó un poco.

Notó que su móvil vibraba en el bolso por lo que lo sacó.

Era un mensaje de April, que estaba sentada a solo tres sillas de distancia. Sorprendida, se echó hacia atrás y la miró. April la estaba esperando porque enseguida se cruzaron sus miradas. Su amiga hizo un gesto significativo que indicaba que mirara su teléfono.

Obediente desbloqueó el móvil y leyó el WhatsApp.

*¿Qué está pasando?*, leyó.

Se dispuso a teclear una respuesta.

*¡No lo sé!*

## Capítulo 21

### UN DELICIOSO ERROR

Eugenia seguía enfrascada en el diseño del ático de Arthur. La terraza acababa de terminarse por fin y tras haber escogido el color de las paredes había llevado una selección de tejidos para las cortinas y el sofá.

Personalmente ella hubiera preferido dejar las ventanas desnudas, ya que no eran necesarias, dada la altura de la casa, para preservar la intimidad de los habitantes, no obstante, aceptaba el hecho de que ponerlas daba cierta calidez a cualquier estancia, además del hecho añadido de que impedía que entrara el sol sin necesidad de bajar del todo las persianas.

—Si crees que es mejor deja la sala sin cortinas, pero necesito oscuridad para dormir —informó Arthur, quien había acudido a la cita para determinar los tejidos que iban a utilizar.

Arthur había insistido en quedar a la hora del almuerzo porque no podía salir antes del bufete, por lo que, por un lado, Eugenia estaba encantada porque de ese modo se aseguraba de que Arthur no fuera a comer con Blair ni con ninguna otra compañera del bufete, y por el otro dejaba abierta la posibilidad de que él la invitara a comer al finalizar el trabajo.

—Lo recuerdo, por eso he hecho instalar persianas automáticas. Solo vas a tener que presionar un botón para que todo se quede a oscuras.

Arthur decidió que era el momento de presionar, por lo que se sacó un as de la manga.

—El único lugar donde exijo que haya cortinas es en el dormitorio principal. Creo que le dan cierto aire femenino. No deseo que sea exclusivamente masculino.

—¡Entiendo!

Eugenia no mostró ninguna reacción, aunque por dentro echaba chispas.

—¡Muy bien! ¿Hay algún color que te guste particularmente?

Arthur fingió no comprenderla.

—¿Hablas de las cortinas?

Ella asintió sin dejar de pasar muestras de tela a una velocidad demasiado rápida como para que le diera tiempo a verlas.

—Algún tono pastel. Suelen ser los que prefieren las mujeres. ¿Cuál escogerías tú?

Como un resorte se dio la vuelta y le miró directamente a los ojos con un brillo malicioso en ellos. ¿De verdad le estaba pidiendo su opinión para que escogiera el color que más le gustaría a su amante?

Estaba claro que lo estaba haciendo. Catalina debía de haberse equivocado y la tal Blair sí que era su novia, o mejor, él había engañado a su hermana diciéndole que solo era una amiga porque pretendía seguir burlándose de ella.

Además, el hecho de que hubiera dejado la mansión de Mayfair tenía que ser debido a unas faldas. Puede que ella no lo hubiera conseguido, pero era evidente que la tal Blair tenía más poder sobre Arthur del que ella había tenido nunca.

La rabia y los celos la fustigaron con tanta fuerza que sintió la necesidad de vengarse.

—¡Púrpura!

—¿Cómo dices?

—Yo escogería el púrpura —cabeceó con vehemencia—, sí, seguro. ¡Púrpura!

Arthur disimuló su sonrisa.

—¿Púrpura? ¿Y las paredes qué, las pintarías de negro? Estoy seguro de que sería el dormitorio soñado de Lestat el vampiro.

La rabia de Eugenia creció al verse pillada.

—Me has preguntado y te he contestado, después de todo se supone que me contrataste porque soy la mejor en mi trabajo. Me ofende que dudes de mi criterio.

—Tienes razón, es posible que el púrpura no sea tan malo. El problema es que me atraen las mujeres más... sutiles. Estoy seguro de que un tono pastel será perfecto para lo que tengo en mente.

—Supongo que lo que quieres decir es para quien tienes en mente.

Arthur sonrió, esta vez abiertamente.

—¿Estás celosa? Tus mejillas están sonrojadas y recuerdo perfectamente

los dos motivos por los que se ponen así. Uno es el deseo y el otro los celos. ¿Cuál es esta vez?

Ella soltó un bufido, molesta porque él recordara sus debilidades.

—¿Yo? ¡Estás loco! Por supuesto que no estoy celosa.

Arthur siguió sonriendo mientras se acercaba a ella.

—¿Entonces es deseo?

El dormitorio y el resto de la casa estaban vacíos. Los únicos muebles del ático eran la mesa y la silla en la cocina, por lo que habían mantenido la conversación de pie, y por lo que Eugenia pudo retroceder sin chocar con nada.

—¿Qué haces? —preguntó al tiempo que se apartaba de él.

—Nada. Solo necesito comprobar mi teoría —explicó alcanzándola.

Ella no pudo seguir huyendo porque su espalda dio con el límite marcado por la pared.

—Ya te he dicho que te equivocas...

—¿De verdad? —no le permitió responder porque cubrió sus labios con los suyos y la encerró entre su cuerpo y la pared a su espalda.

Eugenia emitió un débil quejido de protesta que pronto se torno en gemido de placer. Lo había echado tanto de menos, pensó mientras le besaba. Aunque no recordaba que fuera tan intenso como estaba siendo en ese instante...

Sintió las manos de Arthur en su cintura y cuando se dio cuenta de que el beso se estaba intensificando, él ya estaba sacándole la camisa y levantando su falda. Sintió el aire frío en sus muslos, pero el contraste de las manos cálidas de él le produjo un agradable escalofrío.

De repente, él metió una mano bajo su falda, moviendo la palma de su mano hacia arriba por el interior de su muslo.

—Eres tan suave —dijo al tiempo que colocaba una pierna entre sus rodillas para mantenerlas abiertas y llevaba sus manos hasta el centro de ellas.

—Llevas demasiada ropa —se las ingenió para decir ella, agarrando con firmeza su chaqueta, pulcramente planchada.

—Eso mismo pienso yo —musitó sobre sus labios.

Él continuó ahuecando y frotando su entrepierna. Las piernas de Eugenia permanecieron abiertas y su respiración se hizo profunda y rápida. Ella empujó con fuerza la chaqueta hacia atrás y le forzó a soltarla para poder quitársela. Siguió con la corbata, que dejó caer al suelo.

Arthur paseó un dedo bajo el borde de su ropa interior y lo deslizó dentro

de ella. Eugenia se olvidó de que estaba tratando de desabotonar su camisa.

Se quedó sin aliento y se arqueó contra él.

—No te muevas —susurró mientras la torturaba con una mano y con la otra le bajaba la cremallera de la falda.

Arthur retiró el dedo, tanteó alrededor, entró de nuevo. Lo retiró otra vez. Otro tanteo tortuoso...

—Oh, no —gimió ella apoyándose más contra la pared. Sus piernas temblaban tanto que de no ser porque el cuerpo de Arthur la sostenía se habría ido al suelo.

Él siguió torturándola y atrapó el lóbulo de su oreja entre sus labios.

Ella buscó el cierre de sus pantalones y bajó frenéticamente la cremallera, introduciendo dentro la mano y asiéndolo en el puño.

Fue el momento de Arthur de quedarse sin aliento.

—No... —gimió él.

Sacó el dedo de su interior y lo movió hacia delante, rozándola.

Se estremecieron juntos y entonces Arthur se puso de rodillas ante ella. Cuando Eugenia sintió la primera succión, comenzó a gimotear.

Cuando estaba a punto de caer, notó la sacudida de placer que la embargó al sentirlo en su interior. Había pasado tanto tiempo...

Eugenia no se permitió pensar en lo que estaba sucediendo, no debía hacerlo o volvería la cordura.

Él empujó hacia delante y se enterró por completo en ella, consiguiendo con ello que su mente se perdiera totalmente en las sensaciones. Arthur se deslizó despacio en su interior y salió con la misma delicadeza.

Ella se aferró a él con fuerza y explotó en un millón de pedazos con Arthur en su interior y solo entonces él se permitió lo mismo.

Cuando Eugenia por fin abrió los ojos estaba tumbada en el suelo encima de Arthur. Ni siquiera recordaba haberse quitado la falda, mucho menos recordaba haberse tumbado.

Se levantó con cuidado de no hacerle daño y se dispuso a vestirse en silencio.

Había sido espectacular, pero ahora le tocaba enfrentar lo que había hecho, se dijo, tratando de retomar el control de sus emociones.

—No he usado protección —dijo él de repente, volviéndola a la realidad.

—No te preocupes, somos incompatibles.

—No se trata de eso, yo...

—No he estado con nadie desde que nos divorciamos, si es eso lo que te preocupa.

La expresión de Arthur mostró alivio y otra cosa mucho más complicada que Eugenia no supo dilucidar.

—Yo tampoco he estado con nadie —confesó él y Eugenia no dudó de que estuviera diciendo la verdad.

—Entonces está todo bien —zanjó ella, metiéndose la camisa por dentro de la cinturilla de su falda—. Ha sido poco profesional de mi parte, pero está todo bien.

—Eugenia.

Ella se dio la vuelta y afrontó su mirada.

—Quiero volver a estar contigo. Necesito volver a estar contigo.

—Me parece bien, pero sin compromisos. Podemos tener una aventura, siempre y cuando no sea en mi lugar de trabajo.

Arthur se llevó las manos a las sienes frustrado.

—¿Me estás malinterpretando adrede? No hablo de una aventura sino de una relación.

Eugenia se mantuvo firme.

—Ahora mismo solo te puedo ofrecer una aventura.

Se odió a sí misma por decirlo, pero no estaba segura de poder soportar una nueva separación. Y aunque Arthur había dejado la casa de su madre no sabía si su decisión se mantendría firme, teniendo en cuenta la presión que estaba ejerciendo su progenitora para que regresara.

—Quiero estar contigo —no dijo nada más y tampoco hizo falta, fue una abierta aceptación de sus reglas.

## Capítulo 22

# UNA LOCURA DE VEZ EN CUANDO NO HACE DAÑO

Aiden siguió con su actitud cordial durante toda la conferencia y posteriormente cuando llegó el momento de regresar al hotel. Gracias a eso, no tuvo que volver a soportar la compañía de Henry, quien le dedicó miradas furtivas mientras exponía su trabajo.

Aunque no eran los únicos asistentes a la conferencia que habían reservado habitaciones en el hotel Magister, se marcharon solos.

Aiden esperó hasta estar alejados de oídos maliciosos para preguntarle si se sentía bien, consciente de la incomodidad que había sentido cuando Henry se acercó a ella.

—Gracias por ayudarme en ese momento —dijo de nuevo.

—Ya te he dicho que no fue nada.

Ella detuvo sus pasos obligándole a él a hacer lo mismo.

—Te aseguro que lo ha sido. No puedo evitar sentirme avergonzada cuando lo recuerdo.

Él pareció confundido por su respuesta.

—¿Por qué?

Catalina retomó el paseo, incómoda por estar hablando tan abiertamente de sus sentimientos.

—Dejé que me engañara —se encogió de hombros—, yo que me creía tan lista. Además...

—Puedes contármelo —dijo al ver que ella dudaba.

—Me avergüenza el hecho de que por mi parte sí que fue real...

Al igual que había hecho en el salón del congreso, Aiden la asió del brazo y

la detuvo.

—No tienes por qué sentirte avergonzada. Nada de lo que pasó fue culpa tuya. Es evidente que él pretendía exactamente eso, que tus sentimientos fueran reales.

—Lo sé, pero...

Aiden comprendió sin necesidad de más explicaciones lo que Catalina habría sentido cuando se enteró de la verdad. Y por primera vez en mucho tiempo sintió la necesidad de abrazarla y hacerle ver que ella era perfecta tal y como era. El pensamiento le llegó tan de repente que lo noqueó.

¿De dónde había salido? Él no se permitía tales pensamientos. Había aprendido a bloquear ciertas emociones que llevaban implícitos problemas.

—No pareces ese tipo de persona —dijo.

—¿Qué tipo de persona?

—El tipo de persona que se menosprecia a sí misma solo porque un canalla lo ha hecho.

Catalina se dio cuenta de que trataba de animarla, aunque sus métodos fueran poco corrientes, incluso bruscos. Normalmente la gente usaba palabras amables para ese fin, no se dedicaba a criticar sino a consolar.

Sabedora de que eso era exactamente lo que había hecho no consideró oportuno protestar. Aiden por su parte no retomó el tema y, en unos pocos minutos en los que no hablaron, llegaron al hotel.

Ninguno de los dos mencionó la posibilidad de cenar juntos y Catalina entró en su dormitorio para cambiarse, ya que había quedado con April y Raphael para disfrutar de la noche en Oxford.

Su amigo las había animado, a ella y a April, diciéndoles que iba a mostrarles como se divertían los académicos y los jóvenes de hoy en día.

Ninguna de las dos encontró una excusa lo suficiente buena para negarse. Después de todo, el vino de honor iba a tener lugar por la tarde, de modo que tenían casi todo el día para recuperarse de los excesos que pudieran cometer en una ciudad llena de estudiantes universitarios.

Dándole vueltas al mismo tema se metió en la ducha, dándose golpes mentales por no haberle invitado a cenar. Estaba enjuagándose el cabello cuando *Thunderstruck* de ACDC comenzó a atronar en el dormitorio.

*Yeah, it's alright, we're doing fine, fine, fine*  
*Thunderstruck, yeah, yeah, yeah*

*Thunderstruck, thunderstruck*  
*Thunderstruck, oh, baby, baby*  
*Thunderstruck, you've been thunderstruck*[\[5\]](#)

Quien fuera que llamara volvió a intentarlo una vez más y otra, pero pareció desistir tras tres intentos. Catalina terminó de enjuagarse el pelo y salió de la ducha. Estela le había dicho que, para hacerse el peinado para el vino de honor, lo mejor era que no llevara el cabello recién lavado porque así no se le escurriría. Por eso había optado por lavarlo la tarde anterior.

Salió del cuarto de baño enrollada en una toalla y buscó su móvil. Tal y como había escuchado mientras se duchaba tenía tres llamadas, todas ellas de Eugenia.

Decidió que antes de devolverle las llamadas se secaría el pelo y así lo hizo, no obstante, todavía no se lo había secado del todo cuando su teléfono volvió a sonar.

—No tienes paciencia. Iba a llamarte en cuanto me vistiera.

—¡No podía esperar! Cata, he hecho algo...

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada por lo que fuera que su hermana había hecho. Conociéndola podía ser desde algo muy grave hasta cualquier nimiedad.

—Sí, pero he hecho algo.

—Eso ya lo has dicho, dime ¿qué has hecho?

—¿Estás sentada?

Catalina decidió que si Eugenia tenía tiempo para preguntarle semejante tontería era porque su teoría era acertada y era una nimiedad.

—Sí. ¿Qué has hecho esta vez?

—Me he acostado con Arthur —soltó de sopetón.

Catalina decidió que esa respuesta sí que merecía que se sentara, por lo que se echó para atrás para sentarse en la cama, pero calculó mal y cayó al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eugenia al escuchar el estruendo y el grito de dolor de Catalina.

—Que me he caído.

—Ya te había dicho que te sentaras —respondió muy digna.

Además de la conferencia y del vino de honor, había programados una serie

de eventos deportivos en la ciudad que habían hecho que los hoteles estuvieran al completo. Por ese motivo, Raphael, quien hasta el último momento no decidió asistir a la conferencia, no había podido hacer una reserva en el mismo hotel en el que estaban Aiden y Catalina, y había tenido que conformarse con compartir una habitación, ya que no había más disponibles, con April en un hotel más discreto.

Por todo ello y para que Catalina no tuviera que andar sola, April y Raphael fueron a recogerla a su hotel. La noche no era muy fría, por lo que decidieron que lo mejor era ir andando. Estaban a las puertas del Magister cuando April hizo la pregunta.

—¿Por qué no has invitado a Aiden a cenar con nosotros?

—No creí que fuera buena idea.

La rubia la miró confusa.

—¿Por qué? Te ha echado una mano esta tarde. Hubiese sido un modo de agradecerse.

—Ya os lo contaré cuando regresemos —en esos momentos no tenía ganas de ponerse a pensar en nada que pudiera resultar medianamente incómodo. Y contarles a sus amigos el modo en que Aiden la había creído enamorada de él no era muy grato que dijéramos.

—No os preocupéis. Ya lo he invitado yo —zanjó Raphael.

—¿Qué has dicho?

—Es nuestro jefe directo, nos toca hacerle la pelota —se excusó Raphael, pero algo en su tono hizo dudar a Catalina de que ese fuese el motivo por el que lo había invitado.

—Supongo que ha dicho que no —aventuró tratando de ocultar su desilusión.

—Viene por ahí —susurró April mirando a algo más allá de la espalda de su amiga.

—¿Qué? —segura de que había entendido mal se dio la vuelta y se topó con que había escuchado perfectamente, Aiden caminaba hacia ellos vestido informalmente.

—¡Os lo dije!

Tras los rigurosos saludos surgió la duda de dónde ir a cenar.

Fue Raphael quien les había prometido diversión, el que se encargó de organizar el itinerario a seguir.

—Primero iremos a cenar al Turf Tavern, que es el local al que acuden la

mayoría de los estudiantes —dejó caer los hombros en actitud derrotista—, me siento viejo y necesito recuperar la juventud, aunque sea por una noche.

—Por mí, bien —aceptó April.

—¿Catalina?

Esta asintió. Después de todo, ella no tenía mucha idea de a dónde ir.

—¿Jefe? —preguntó Raphael.

—Mejor Aiden, ahora no estamos trabajando— dijo con más seriedad de la que correspondía—. Solo si terminamos la velada en Raoul's Bar. Según el *The Independent Today* es uno del *top 50* del Reino Unido. Ya que estamos aquí sería un crimen no visitarlo.

Catalina se dio cuenta de que su tono cambió al pronunciar la última parte de su discurso y, sin poder evitarlo, se preguntó qué le habría sucedido para ser tan intransigente con el tema del trabajo y las relaciones sociales. ¿Se debía ese afán por distinguir ambos ámbitos a su malogrado matrimonio?

Raphael no pareció darse cuenta de nada, por lo que sonrió encantado.

—Veo que no has cambiado. Me preocupaba que te hubieras vuelto serio desde que te convertiste en director.

—Ya sabes que no me gusta mezclar las cosas. Me esfuerzo por ser serio en el trabajo, fuera de él soy el de siempre.

Raphael sonrió con travesura.

—¿Sigues teniendo el mismo aguante de cuando eras joven?

Aiden le devolvió la sonrisa y Catalina tuvo que obligarse a parpadear porque sus ojos se negaban a hacerlo por voluntad propia.

—Soy mejor. Me he dedicado a perfeccionarlo con la edad.

—Imagino que estás dispuesto a demostrarlo.

La respuesta de Aiden fue ampliar más su sonrisa

---

[5] *Sí, no pasa nada, estamos bien, bien, bien. / Atónito, sí, sí, sí. / Atónito, atónito. / Atónito, oh, cielo, cielo. / Atónito, te has quedado atónito.*

## Capítulo 23

### UNA NOCHE DIFERENTE

—Pregunta de supervivencia. Si no pudieras volver a beber agua nunca más y tuvieras que escoger entre beber cerveza o vino, ¿qué tomarías el resto de tu vida?

—¿Por qué no puedo beber agua? —preguntó Catalina.

—¡Está contaminada! Si la bebes te conviertes en zombi come cerebros.

—¿Y no puedo simplemente no beber nada y evitar morir alcoholizada? —preguntó muy seria.

—No, porque te deshidratarías y morirías igualmente.

—¡De acuerdo! —se tomó unos largos segundos para pensar su respuesta—, me quedo con el vino.

—¿Por qué?

—Porque es más elegante y —hizo una pausa dramática más larga de lo necesario— porque la cerveza está hecha con agua y paso de convertirme en zombi come cerebros.

April cabeceó con vehemencia.

—¡Muy buena respuesta! —alabó.

Aiden que las escuchaba asombrado miró a Raphael en busca de respuestas.

—Lo hacen siempre —se limitó a explicar el italiano—, a cuál pregunta más absurda o retorcida.

—O sea que no es el alcohol el que habla.

Raphael rio divertido.

—No, viene de fábrica.

Catalina dirigió entonces su atención hasta ellos. Puede que hubiera bebido un poco, lo justo para eliminar sus inhibiciones, pero estaba muy lucida.

Al comienzo de la noche se había sentido incómoda, preocupada.

De algún modo se había acostumbrado a la indiferencia de Aiden y, aunque no podía negar que al principio esta había herido su amor propio, después en un afán de auto conservación, había terminado por dejar de pensar en ello.

El problema era que, al parecer, no podía afirmarlo dado el carácter cambiante de Aiden; su conversación, esa en la que ambos habían sido exageradamente sinceros, había marcado un antes y un después en su relación.

Aiden había afrontado la noche como un colega más. Había competido con Raphael para ver quién se bebía más rápido la pinta, conversó con April de cine independiente e, incluso, bromeó con ella.

—¿Qué habrías elegido tú? —preguntó Catalina de repente.

Él estaba sentado frente a ella, al lado del italiano, por lo que pudo mirarle de frente.

—Lo mismo que tú. Era la respuesta más inteligente.

Catalina arrugó el ceño mientras pensaba en si lo que le acababa de decir Aiden era sincero o se debía solo a que era un borracho simpático.

Tras varios segundos de titubeo decidió que era sincero.

—Gracias. Supongo.

Aiden soltó una carcajada tan sexy que hasta April dejó a medias su conversación con Raphael para mirarle.

—De nada —respondió con una sonrisa que se quedó congelada en su rostro—. April, ¿me cambias el sitio?

La aludida incapaz de responder se levantó obedientemente y dio la vuelta para sentarse junto a Raphael, quien parecía tan sorprendido como ella.

—¿Por qué has querido sentarte aquí? —preguntó Catalina en cuanto ocupó la silla vacía a su lado.

Aiden arqueó una ceja con la mirada fija en ella.

—¿Vas a usar con esto la última pregunta que te guardaste?

—¡No! —contestó ella rápidamente.

Aiden sonrió.

—Tengo que protegerte. Eres mi compañera, mi colega —susurró, acercándose a ella.

Catalina notó el olor a cerveza de su aliento y el masculino aroma de su perfume.

—¿De qué o quién tienes que protegerme?

Su cerebro le mandó otra pregunta, pero la obvió, consciente de lo peligrosa que era... «¿Cómo vas a protegerme de ti mismo?».

—De Henry.

No fue necesario que se diera la vuelta para comprobar que estaba allí.

Lo primero que escuchó fue su voz, antes de que se plantara frente a ellos, acompañado de otras tres personas: dos mujeres jóvenes y un hombre de unos cuarenta años al que Catalina había visto en la conferencia.

Antes de que nadie pudiera responder a su saludo, Aiden alzó el brazo y se lo pasó por los hombros.

Si Henry se dio cuenta del gesto no dijo nada.

—Veo que ya habéis comenzado con los cócteles —dijo, señalando la dos copas que April y Catalina tenían delante—, ¿alguna recomendación?

—El *new york flip* está especialmente bueno —comentó April.

—Pues lo probaremos. Catalina, ¿cuál me recomiendas tú?

—Yo nunca hago recomendaciones, Henry, creía que me conocías lo suficiente —contestó cayendo en la provocación.

—Es cierto, nunca te arriesgas lo suficiente como para hacerlo —escupió él con malicia.

—¡Oh! Sí que lo hago, con las personas que merecen la pena —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

Gracias a la intervención de Raphael el desencuentro no fue a mayores, pero la incomodidad que había disuelto el alcohol regresó a Catalina.

El resto de la noche siguió sin mayores incidentes. Aiden permaneció a su lado y siguió comportándose como Raphael siempre le había dicho que era, un tipo amable, simpático y muy divertido.

Durante la hora siguiente los dos viejos amigos se dedicaron a contar anécdotas de cuando restauraban frescos en la Toscana. Según Aiden, por aquella época Raphael ganó sus buenos cinco kilos, comiendo todo lo que la gente del pueblo los llevaba en agradecimiento por su trabajo.

—No podía hacerles un desprecio —se justificó.

—No, lo que podrías haber hecho era compartir el botín —replicó—, como era el único que hablaba italiano se ganaba el favor de la gente, aunque el trabajo era compartido —explicó mirando a Catalina mientras hablaba.

—Y lo hacía...

—Esa parte no la recuerdo —zanjó Aiden riendo.

Un rato después, abandonaron el pub y se dirigieron a sus respectivos

hoteles. Disponían de tiempo libre hasta la hora en que tendría lugar el vino de honor, de modo que podían ver la ciudad con cierta tranquilidad.

Aunque estuvo tentada de hacerlo, Catalina no se atrevió a invitar a Aiden al paseo del día siguiente. Con un poco de suerte, pensó, Raphael volvería a invitarlo a acompañarlos.

—¿Nos vamos ya? ¿Por qué no nos quedamos un poco más? —pidió April a sus amigos.

—Es tarde, ya están cerrándolo todo —explicó Raphael, que caminaba unos pasos por delante hablando con Aiden.

—No quiero volver a la habitación —susurró April cerca del oído de Catalina.

Esta se volvió y la miró sin comprender.

—He de dormir con Raphael en una habitación doble —explicó.

—¡Lo sé! Me ha contado que no había más habitaciones disponibles. Es una suerte que Norma sea capaz de venderles agua a los peces —rió al pensar en la secretaria de Aiden.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Qué vas a hacer? —repitió confundida—, ¡ah! No te preocupes, es Raphael.

—Por eso mismo estoy preocupada.

El cerebro de Catalina se puso en marcha a toda prisa, si se ponía la adecuada atención se podía escuchar la maquinaria moverse.

—¡No me digas!

April asintió con vehemencia.

—En ese caso te entiendo perfectamente —anunció.

## Capítulo 24

### ES COSA DE UNA NOCHE

Raphael abrió la puerta y le cedió el paso a April para que pasara primero a la habitación. Esta accedió y se quedó parada a solo unos pasos de la entrada al dormitorio. Fue Raphael quien encendió la luz poniendo la tarjeta en la ranura de la entrada que activaba las luces.

—¿Te duchas tú primero? —ofreció Raphael en cuanto se cerró la puerta, en un tono despreocupado que no tenía nada que ver con el modo en que se sentía ella.

—No, dúchate tú. He de ordenar antes la ropa y desmaquillarme.

—De acuerdo —aceptó él completamente tranquilo.

April le vio rebuscar en su maleta y tras sacar ropa para cambiarse y una bolsa de aseo se giró para mirarla.

—Voy a usar pijama en deferencia a ti. Normalmente duermo sin ropa —comentó con un guiño divertido.

¿Es que no se tomaba nada en serio? Se preguntó April. ¿Cómo podía hablar con tanta frivolidad de compartir el dormitorio con ella?

—Muy amable por tu parte.

—Yo soy así —bromeó encaminándose al cuarto de baño—. Ya lo sabes.

En cuanto se quedó sola, April se sentó en la cama y la observó con preocupación.

Aunque no fuera una cama de matrimonio en sí misma sino dos camas pequeñas, estaban tan cerca la una de la otra que era casi como si fueran a compartirla. Lo único que la tranquilizaba un poco era que cada una tuviera sus propias sábanas y mantas con lo que les daba un poco de intimidad.

Su enamoramiento por Raphael la había pillado completamente desprevenida. Estaba tan acostumbrada a tenerlo cerca que no se hubiera dado

cuenta de ello de no ser por el congreso al que estaban asistiendo. Comenzó a plantearse que sentía algo por su amigo cuando él comentó, tras haberles ofrecido a Catalina y a ella que lo acompañaran, que iba a llevar de acompañante a una mujer, dado que ninguna de ellas estaba interesada, y confirmó sus sospechas cuando supo que iba a tener que compartir la habitación con él. Lo primero que le vino a la mente en ese momento fue una imagen que no se correspondía en nada con una amistad...

El sonido de la voz de Raphael atrajo su atención y con sigilo se levantó de la cama y caminó hasta pegar la oreja a la puerta del cuarto de baño.

Raphael se estaba duchando mientras cantaba en voz lo bastante alta:

*I won't run away no more*

*I promise*

*Even when I get bored*

*I promise*

*Even when you lock me out*

*I promise*

*I say my prayers every night*

*I promise*[\[6\]](#)

*I promise* de Radiohead, entendió April. Pensó que la elección musical era muy apropiada, él prometía no marcharse mientras que ella estaba deseando desaparecer.

Con el mismo sigilo, regresó a la cama y se dejó caer sobre ella. Tenía que tranquilizarse antes de que le diera una taquicardia, se dijo. No podía pensar en el hecho de que Raphael estaba desnudo a solo unos metros de ella, con el agua cayendo sobre su piel dorada, mientras se enjabonaba...

—¡Mierda! No, no, no — exclamó.

¿No acababa de decidir que era una pésima idea pensar en eso? Entonces, ¿por qué estaba haciéndolo?

Escuchó como el agua dejó de correr, pero no se sintió con fuerzas para levantarse. Si pretendía resistir lo mejor era seguir como estaba con los ojos cerrados y sin moverse, concentrada en su respiración... Tratando de que regresara la cordura.

—April, ya he terminado —dijo Raphael unos minutos más tarde.

Aunque le escuchó no se atrevió a abrir los ojos.

—¿April? —preguntó él al verla inmóvil.

Sintió el aroma de su jabón de ducha cuando él se inclinó sobre ella para comprobar si estaba bien.

Una caricia en su mejilla...

—¿April? ¡Despierta y cámbiate! No te puedes acostar con la ropa de todo el día puesta.

Era más seguro no moverse de donde estaba, se dijo. Solo de imaginarse a Raphael con el cabello húmedo se le hacía la boca agua. Cerró con más fuerza los ojos en un movimiento desesperado por borrar las imágenes que se aparecían en su mente.

—¿Estás despierta?

—No —dijo con la voz pastosa por el deseo.

Él rio totalmente ajeno a la realidad.

—De acuerdo.

Lo escuchó moverse por la habitación, pero siguió sin abrir los ojos. Podía esperar a que él se durmiera, sí, eso haría, se dijo. Esperaría a que él se metiera en la cama y se durmiera y entonces se levantaría, se ducharía y se pondría el pijama.

Se sobresaltó cuando algo mojado rozó la piel de su cara. Abrió los ojos y se topó con la mirada de Raphael sobre ella. Estaba inclinado tan cerca que con un mínimo esfuerzo podía cubrir sus labios con los suyos.

—Tranquila —le mostró una toallita desmaquillante—, solo voy a ayudarte a quitarte el maquillaje. —Sonrió—. Eres una borracha muy vaga.

Completamente asustada de sus pensamientos, trató de incorporarse con demasiada rapidez, por lo que se mareó hasta el punto de que se le revolvieron las tripas y la vista se le nubló.

—¿Estás bien?

—¡No! —contestó al tiempo que se llevaba la mano a la boca, como si con ello pudiera eliminar sus ganas de vomitar.

—Vuelve a tumbarte. Te ayudaré —ofreció él y, en esa ocasión, April permitió que le pasara la toallita por los ojos y por la piel del rostro.

—Esto ya está. Ahora la ropa. Si vuelves a sentir náuseas dímelo inmediatamente y te llevaré al baño.

April volvió a abrir los ojos de repente.

Raphael emitió una carcajada tan auténtica que ella enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Puedo llevarte al baño en brazos y ayudarte a ponerte el pijama sin atacarte —alzó la mano—. ¡Lo prometo!

Esa respuesta no era la que April había deseado escuchar, pero fue lo que necesitaba para que sus preocupaciones anteriores se disolvieran de golpe, junto con sus esperanzas de ser correspondida.

¿En qué momento había creído que tenía una posibilidad con él? Raphael jamás la había tratado de un modo distinto al que trataba a Catalina. Él era atento y cariñoso con las mujeres en general y especialmente atento y cariñoso con ellas.

Era protector y amable, pero no evitaba hablar con ellas de las mujeres con las que salía. Y, aunque reservaba ciertos días para cenar con sus amigas, también era cierto que su vida sentimental siempre había estado activa, todo lo contrario, a lo que podía decir April, que no era ni de lejos una mujer sofisticada ni apasionada.

Ya lo había descubierto en la boda de su amiga, cuando se topó con que todos sus compañeros de clase estaban felizmente casados y algunos incluso con hijos. En esa boda se había sentido tan fuera de lugar a como se sentía en ese momento.

—Voy a levantarme. Ya me encuentro mejor, gracias.

Él se apartó para que ella pudiera ponerse de pie.

—Está bien, pero no cierres con pestillo el cuarto de baño. Te prometo que no voy a entrar a menos que te desmayes y sea absolutamente necesario.

—¡Lo sé! No te preocupes, no tengo la intención de meterte en semejante aprieto.

Raphael la miró con la confusión pintada en su rostro, pero no dijo nada.

April sacó lo necesario del armario donde había guardado sus cosas y con ellas entre los brazos se metió en el cuarto de baño, maldiciendo porque todavía olía al perfume de él.

Quince minutos más tarde, cuando salió del cuarto de baño, Raphael dormía plácidamente de lado, mirando a la pared.

—April, deja de preocuparte por nada —susurró en voz alta— y sigue con tus planes de salir con Will.

---

[6] *Ya no voy a huir más, lo prometo. / Incluso cuando me aburra, lo prometo. / Incluso*

*cuando me dejes fuera, lo prometo. / Rezo mis oraciones cada noche, lo prometo.*

## Capítulo 25

### DESAYUNO SIN DIAMANTES

Catalina se despertó con el sonido de ACDC atronando en la silenciosa habitación de hotel en la que se encontraba. Antes de que Carlos le hubiera otorgado el poder absoluto de la música, apenas había escuchado alguna de sus canciones en alguna película o en la televisión.

Sin embargo, la aplicación le había abierto las puertas de la música y desde entonces no dejaba de descubrir nuevas canciones, solistas y grupos.

Alargó el brazo hasta la mesita de noche para coger su móvil. Como había supuesto, la persona que había interrumpido su tranquilo sueño era Eugenia. Sabedora de que no era un asunto de vida o muerte lo dejó sonar y se permitió estar en la cama unos minutos más.

Aunque no se había acostado tarde le había resultado difícil conciliar el sueño, sabiendo que Aiden estaba en la habitación de al lado. No pudo evitar recordar el modo en que él la había asido del brazo ni cómo la había abrazado en el pub.

Además, el talante protector con que había actuado la confundía hasta el punto de que peligraba la decisión que había tomado de olvidarse de él.

Suspiró sonoramente cuando comprendió que Eugenia no estaba dispuesta a darse por vencida.

—¿Qué es tan importante a estas horas? —contestó en cuanto descolgó.

—¿Debería llamar a Arthur si él no lo hace?

Catalina emitió un bufido molesto. Ya sabía ella que era una nimiedad.

—¿Me despiertas para esto?

Eugenia no pareció inmutarse por el enfado de su hermana pequeña.

—¡Rápido! ¡Contesta!

—No veo por qué no. Ahora sois amantes.

—¡No somos amantes!

—¿Entonces qué sois? —contraatacó Catalina tapándose los ojos con el brazo.

Eugenia pensó su respuesta.

—Odio que siempre tengas razón.

Catalina sonrió para sí misma.

—A ver, tú que eres tan lista, ¿por qué crees que no me ha llamado? — insistió Eugenia.

—Tal vez sea porque no sabe en qué consiste ser tu amante. ¿Se lo has explicado?

No respondió a la pregunta.

—Voy a dejarte dormir —dijo a toda velocidad y antes de que Catalina pudiera preguntarle nada colgó.

Con una sonrisa en los labios dejó el teléfono sobre la cama y se estiró a placer, sabiendo que en esos instantes su querida hermana mayor estaría despertando a otra persona y explicándole punto por punto lo que esperaba de su recién estrenada relación.

Todavía no se había levantado cuando su teléfono volvió a sonar.

—Tengo que acordarme de ponerlo en silencio por las noches —se dijo molesta consigo misma.

De mala gana descolgó preparada para lo que fuera que Eugenia quisiera decir.

—¿Qué se te ha olvidado? —preguntó resignada.

—¿Viste a Henry? ¿Estás bien?

—Sí que lo vi, pero no te preocupes. Apenas hablamos —mintió, no queriendo preocuparla. Conociéndola estaría haciendo un drama respecto a Arthur, no necesitaba más motivos para preocuparse.

—Lo siento, Cata.

—¿Qué sientes?

—Que se me haya olvidado preguntarte antes.

Su respuesta fue reírse con sinceridad.

—No te preocupes. Arthur es más importante que Henry —dijo con sinceridad.

—Voy a llamarle. ¡Deséame suerte!

—No la necesitas.

Una hora más tarde, tras darse una ducha, vestirse y ponerse un calzado cómodo, se dirigió al comedor en el que estaba preparado el desayuno para los huéspedes. Al pasar por delante de la puerta de Aiden se detuvo para ver si se escuchaba algún sonido, pero solo había silencio, por lo que imaginó que seguiría durmiendo. Lo mismo que habría estado haciendo ella si su hermana no la hubiera despertado tan temprano.

El comedor estaba casi vacío a esas horas, por lo que pudo escoger la mesa que quiso. Sin sentarse dejó su bolso colgado de la silla y se acercó hasta el bufé de comida.

Había de todo lo que pudiera desear: fruta, cereales, huevos, bacón... pero ella fue directa al café. Se sirvió una taza que endulzó a su gusto y tras llevarla a la mesa regresó a por unas tostadas con mantequilla y mermelada.

Una vez que tuvo listo el desayuno se sentó y sacó del bolso el Kindle para leer mientras desayunaba, exactamente lo mismo que hacía los fines de semana cuando no tenía prisa por irse al trabajo.

La novela histórica que estaba leyendo la tenía tan atrapada que no se dio cuenta de que alguien se ponía a su lado hasta que escuchó el arrastrar de la silla al apartarla.

—Buenos días —saludó Aiden con una taza de café en la mano y un plato de huevos con bacón—. ¿Puedo sentarme? —preguntó, seguramente recordando el comentario de ella de que solo compartía colaciones con sus amigos.

—Buenos días. ¡Puedes! —le ofreció una sonrisa de buen humor.

Él cabeceó como agradecimiento.

—¿Has dormido bien? —inquirió, supuso Catalina que tratando de ser amable.

—De maravilla hasta que me han despertado.

Él arqueó una ceja interrogante.

—¿Pediste el servicio de despertador?

—No lo necesito. Cuando más a gusto estoy durmiendo mi hermana me llama y me despierta por alguna tontería.

Aiden sonrió.

—No puedo decir que sé lo que es eso porque no tengo hermanos.

—¡Qué suerte tienes!

—No pienso así. Mis padres murieron hace algunos años y al no tener

hermanos se puede decir que estoy solo en el mundo —lo dijo en un tono neutro, pero algo le dijo a Catalina que realmente lo sentía.

—¡Oh! Lo siento, no lo sabía.

—Ya te he comentado que no me gusta hablar de mi vida privada —y como si tratara de hacérselo ver cambió de tema—. ¿Qué lees con tanta concentración? He tenido que arrastrar la silla para que te dieras cuenta de mi presencia.

—Una novela.

Si había algo de Aiden que Catalina había descubierto ese fin de semana era que sabía respetar los silencios de los demás, quizás era porque él mismo estaba cargado de ellos. Fuera como fuera, no insistió sobre el tema.

Tampoco es que confesar que leía novelas románticas fuera un problema para Catalina, se trataba simplemente de que estaba cansada de los prejuicios que la gente tenía sobre el género y dado que Aiden ya la creía una romántica enamoradiza lo más inteligente era no darles munición a sus prejuicios.

—De acuerdo.

Allí sentados juntos se terminaron la primera taza de café y volvieron a rellenar una segunda. Catalina nunca hubiera esperado que hablar con Aiden se volviera algo fácil, pero así fue. Él parecía auténticamente interesado en su próxima entrevista en El Prado e, incluso se había ofrecido a escribirle una carta de recomendación, lo que le dejaba un sabor agridulce en los labios. Por un lado, se alegraba de que la valorara lo suficiente como para avalarla con su buen nombre y, por el otro le dolía que la dejara ir con tanta facilidad.

Normalmente, cuando un restaurador recibía una oferta para trabajar en otro lugar, el que lo tenía contratado solía hacer una contraoferta para conseguir que se quedara, pero, por lo que estaba viendo, Catalina estaba segura de que el director del departamento de restauración tenía previsto dejarla ir con facilidad.

Aiden Fischer era un hombre lleno de contradicciones, podía parecer frío y distante, pero también tenía un agudo sentido de la justicia y no podía evitar ponerse al lado del más débil.

Del mismo modo, tenía un concepto muy alto sobre sí mismo y, al parecer, también un miedo descomunal a exponer su vida privada a los demás.

Catalina miró el reloj y se sorprendió al darse cuenta de que llevaban una hora y cuarto desayunando. Los demás huéspedes habían entrado y salido del comedor mientras ellos seguían absortos conversando.

—He quedado con April y con Raphael para dar una vuelta por Oxford. La ciudad se ve distinta a plena luz del día. ¿Quieres venir con nosotros?

Aiden le ofreció una mirada de disculpa.

—No, pero gracias por la invitación. Ayer lo pasé muy bien contigo y tus amigos.

Ella sonrió decepcionada.

—Raphael y April son geniales. —Se puso de pie—. Pues en ese caso nos vemos esta tarde en el vino de honor.

Aiden asintió.

—¡Disfruta de tu paseo!

—¡Gracias!

## Capítulo 26

# NO ES MÁS QUE UN MALENTENDIDO

Catalina estaba decidida a pasárselo bien esa mañana, a pesar de la decepción porque Aiden se hubiera negado a ir con ellos. Este había sido tan taxativo que no se había atrevido a preguntarle nada más, de modo que ahí estaba de nuevo, pensando en si se había negado porque tenía otros planes o simplemente porque había considerado que una cena y un desayuno eran más que suficientes para un fin de semana con una colega.

Seguía tratando de no pensar en nada negativo cuando April y Raphael aparecieron por la puerta del vestíbulo del hotel.

Se acercó a ellos sonriente, pero se detuvo en seco al notar la tensión que emanaba de April. Su amiga vestía vaqueros y una chaqueta gruesa, pero lo más llamativo era la bufanda que rodeaba su cuello, la llevaba tan enrollada que parecía que quisiera esconderse tras ella. Catalina la miró significativamente, pero ella o no se dio cuenta o no quiso hacerlo.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días —respondieron April y Raphael al unísono.

—¿Qué planes tenemos para hoy?

—Podemos ir a ver arte —propuso el italiano, siempre dispuesto a ser el encargado de los itinerarios—, después vamos de compras y terminamos con una buena comida.

—Me parece bien. ¿Qué vemos primero?

—¿April? —preguntó Raphael mirándola.

—El Modern Art Oxford me parece una buena opción. Es lo opuesto a lo que vemos cada día. —Se encogió de hombros—. Será interesante cambiar de registro.

—Entonces decidido —aprobó el encargado del itinerario.

Como el museo quedaba un poco lejos de donde estaban pidieron un taxi que los llevara hasta allí. Durante el trayecto, April se mantuvo en silencio, mirando por la ventana. Catalina trató de fingir que no se daba cuenta. Raphael por su parte tampoco dijo nada, por lo que esta no supo si lo hizo por cortesía o porque realmente no había notado la melancolía de su amiga.

El museo resultó, tal y como había adivinado April, todo lo contrario, a lo que estaban acostumbrados a ver en la National Gallery. Quizás, por ese motivo lo disfrutaron tanto. Incluso April pareció relajarse un poco y sonrió en varias ocasiones.

Tras el museo visitaron el mercado de Covered market con sus abovedados techos de largos y rojizos listones de madera. Allí se tomaron un café y compraron varias frutas que se comieron mientras paseaban por sus calles cubiertas.

Al mediodía los tres estaban hambrientos por el ejercicio. Encontraron un local que anunciaba guisos calientes. El dueño resultó ser un escocés grandote con una sonrisa bonachona y una mano maravillosa para la cocina.

Catalina aprovechó un momento en que Raphael se levantó de la mesa para ir al baño para tratar de descubrir qué era lo que le sucedía a su amiga.

—Cariño, ¿estás bien? No has dicho mucho en todo el día.

—Lo siento, pero es que ahora no quiero hablar del tema.

—De acuerdo, pero ¿sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites?

April afirmó con la cabeza.

—No te preocupes. Estaré bien. Después de todo, lo que me pasa no es tan importante —y añadió con una sonrisa triste—. Si no hubiese asistido a la conferencia ni siquiera me habría dado cuenta de mi mal. Supongo que soy una estúpida.

—Eso no es cierto.

April se encogió de hombros.

—¿Pasó algo anoche?

—Nada que valga la pena comentar. Ya te he dicho que está todo en mi cabeza.

—April... —no dijo nada más porque vio que Raphael regresaba del baño en ese momento.

—¿De qué hablabais? —se interesó el italiano al regresar a la mesa.

—Le estaba diciendo a April que con un poco de suerte nos encontraremos

en el vino de honor a algún catedrático guapo y soltero que nos alegre la noche. ¿Quién sabe? Puede que termine siendo el amor de nuestra vida — bromeó.

—April no necesita catedráticos —comentó Raphael en un tono molesto que captó la atención de ambas mujeres.

—¿Y eso por qué? —desafió la aludida.

—Porque tú ya tienes a Will, el del Crown. Ese que se parece a ese actor que tanto te gusta.

April le desafió con la mirada antes de responder.

—Para tu información te diré que yo no tengo a nadie. Por lo que si esta noche me topo con un tipo del estilo que ha mencionado Catalina tengo toda la intención de invitarle a una copa y después pedirle su número de teléfono.

Raphael gruñó, pero April estaba tan molesta que no se dio cuenta. Sin embargo, Catalina estaba tan pendiente de ellos que no se le escapó el gesto.

¿Qué les estaba pasando a esos dos?, se preguntó. ¿Había estado tan absorta en Aiden que no se había dado cuenta de lo que sucedía entre sus mejores amigos?

Raphael siempre había sido muy protector con April e incluso crítico con sus citas, pero ella nunca se había planteado que pudiera ser porque estuviera celoso. También era protector con ella y bajo ninguna circunstancia creería que sentía por ella algo distinto a la amistad.

No obstante, ahora que sabía del interés de April por él no podía descartar que ese fuera el motivo de sus reacciones desproporcionadas.

¿Había estado el italiano enamorado de April todo ese tiempo? Y si era así, ¿por qué no había dicho nunca nada? ¿Le preocupaba que ella lo rechazara? ¿O lo que le impedía hablar abiertamente sobre sus sentimientos era el temor a que la confesión estropeará su amistad? Fuera como fuera, Catalina tenía toda la intención de estar atenta a las reacciones de Raphael durante el fin de semana.

—Yo pienso lo mismo —apoyó a su amiga—, como mujer soltera y emancipada voy a estar ojo avizor por si aparece mi hombre predestinado.

Raphael puso los ojos en blanco.

—Lees demasiadas novelas románticas. ¿Hombre predestinado? ¿De verdad crees que eso existe?

—Por supuesto que existe —intervino April, quien buscaba discutir con él por el motivo que fuera.

Su frustración solo podía encontrar la salida de ese modo y en esos instantes le importaba poco resultar mezquina o infantil, tenía que liberar la tensión que la embargaba y que hacía que por primera vez desde que lo conocía no fuera capaz de sentirse cómoda con Raphael.

—Sois unas ilusas —se rio él—, pero como no quiero ser el culpable de que maduréis os dejaré pensar en que el hombre predestinado existe. Si eso os hace felices... No seré yo quien os imponga la realidad.

—Nada que venga de ti puede hacernos felices —atacó April al tiempo que se ponía de pie—. Voy al baño —dijo alejándose de allí.

Raphael miró a Catalina en busca de explicaciones.

—¿Qué bicho le ha picado?

—Creo que eso deberías preguntárselo a ella.

La respuesta despertó aun más si cabe el interés del italiano.

—O sea, que le pasa algo.

Ella se encogió de hombros.

—Sea lo que sea es evidente que le pasa conmigo —comentó, más para sí mismo que para que Catalina le respondiera.

La conocía y sabía que no tenía ninguna intención de traicionar a April por mucho que él la presionara o le insistiera. Con lo que no le quedaba más remedio que averiguarlo por sí mismo, y si de algo estaba seguro era de que iba a llegar al meollo del asunto.

## Capítulo 27

# ¿NO ERA ESO LO QUE QUERÍAS? PUES AHÍ LO TIENES

—¿Dónde vamos? —preguntó Eugenia en cuanto Arthur arrancó el motor del coche, tras recogerla en el portal de su casa.

Al final, tras hablar con Catalina, se había decidido a llamar a su exmarido para dejarle claros los términos de su nueva relación. El punto más importante de todos era el secretismo, nadie podía saber que se estaban viendo, porque si lo hacían nadie creería que se trataba solo de sexo, y los chismes sobre su reconciliación se extenderían como la pólvora. El segundo punto, y uno de los más importantes para Eugenia, era el compromiso de no mantener relaciones paralelas mientras durase la suya.

Mientras estuvieran juntos ambos debían ser monógamos, sobre todo teniendo en cuenta que en su primer encuentro no habían usado protección.

El tercer punto era el más peliagudo porque contradecía en sí mismo la relación que Eugenia pretendía tener. Y es que, aunque se negaba a llamarla como algo distinto a amantes, Arthur debía reservar tiempo para verla y para llamarla por teléfono cuando sus agendas les impidieran verse. Había sido taxativa en ese punto, las llamadas telefónicas eran imprescindibles.

Afortunadamente, cuando terminó su monólogo telefónico, Arthur seguía al otro lado de la línea, y no protestó ni regateó ninguna de las normas que Eugenia había impuesto.

—Como no puedo llevarte a ningún buen restaurante, ya que no quieres que la gente sepa nuestra relación...

—No tenemos una relación —interrumpió Eugenia.

—De acuerdo, para que la gente no sepa que somos amantes. He tenido que

improvisar.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Vamos a una cadena de hamburgueserías para comprar la cena, después nos la comeremos en mi casa.

—En tu casa no hay muebles.

Arthur se encogió de hombros.

—Llevo mantas en el maletero. Hazte a la idea de que te llevo a un picnic cubierto.

Eugenia se mantuvo en silencio unos segundos, digiriendo todo lo que él acababa de decirle.

—¿Has hablado recientemente con Catalina? —preguntó, de repente.

—No, ¿por qué lo preguntas? —apartó la mirada de la carretera para mirarla.

—Por nada —respondió, pensando en que la reacción de Arthur era exactamente lo que hubiera esperado de su hermana, nunca de su exmarido.

¿Sería que solo ahora estaba comenzando a conocer realmente al hombre con el que se había casado y divorciado?

Habían comenzado a salir siendo muy jóvenes, cuando se conocieron a través de un amigo común. Eugenia tenía diecinueve años y Arthur veinte y, desde ese momento se habían vuelto inseparables. Desde ese entonces había llovido mucho, ella misma había cambiado, aprendiendo a poner su bienestar por encima de el de él. Ese fue el motivo principal por el que se separó de Arthur. Había estado aguantando las intromisiones de su suegra durante su noviazgo y posteriormente durante su matrimonio, a la espera de que su marido la pusiera en su sitio, a la espera de que la escogiera por encima de todo lo demás. Puede que hubiera actuado de un modo egoísta al ponerle en esa tesitura, pero su suegra era capaz de molestar a un santo y ella no era tan pura, era una simple mujer enamorada que deseaba vivir su amor sin presiones ni constantes críticas.

Arthur entró con el vehículo por la zona habilitada para comprar sin salir del coche.

—¿Cuándo has venido a comprar aquí comida? —preguntó Eugenia, sorprendida con que se manejara tan bien.

—A veces cuando salgo tarde del bufete vengo aquí a por algo rápido que cenar. No hay muchos restaurantes abiertos a esas horas.

Se calló cuando el megáfono le preguntó qué deseaba encargar. Se dio la

vuelta para mirar a Eugenia.

—¿Sigues sin comer ternera?

Ella asintió.

Arthur se giró de cara al megáfono, sacando la cabeza por la ventanilla abierta.

—Dos menús grandes, uno de ternera y el otro de pollo, por favor.

—¿Patatas? —preguntó una voz femenina a través del aparato.

—Para mí normales —iba a preguntarle a Eugenia cuando esta se le adelantó.

—Rústicas para mí y agua.

Él sonrió, pero no dijo nada.

Repitió el pedido y movió el vehículo, tal y como le habían indicado, para acercarse a la caja de pago.

—Así que tú también vienes por aquí.

—Alguna vez. Tengo la suerte de comer lo que quiera sin engordar —dijo con orgullo.

Arthur de nuevo optó por no replicar.

Recordaba perfectamente lo melindrosa que ella era con la comida y lo mucho que se esforzaba con ejercicio para mantener su esbelta figura, todo lo contrario que su hermana que comía sin molestarse en si sus excesos acababan asentándose en sus caderas.

—¡Tienes razón!

—¿Estás tratando de contentarme?

—¿Está funcionando?

Ella rio coqueta.

—Tendrás que esperar a ver.

Contra todo pronóstico estaba sonriendo cuando bajó del coche con las manos llenas de bolsas de comida mientras Arthur cargaba con las mantas.

De alguna manera se sentía como una aventura, comer en el suelo y pasar la noche en una casa vacía.

—¿Podemos cenar en la terraza?

—Podemos cenar donde quieras.

Al entrar, les recibió el olor a pintura de las paredes. De dos patadas se quitó los zapatos de tacón y se acercó hasta la terraza, que, gracias a Dios, fue

lo primero de lo que se ocupó. De modo que estaba aislada del frío, pero con sus maravillosas vistas disponibles.

Arthur se adelantó y se agachó en el suelo para poner las mantas. Enrollada en ellas llevaba una almohada que quedó al descubierto al dejarlas en el piso.

—Vienes preparado —rio ella, sintiéndose como una adolescente.

—¡Siempre!

Se sentaron listos para devorar la cena.

Y mientras lo hacían hablaron. Si había algo que había echado de menos, tras su separación, fue eso, lo fácil que le había resultado siempre hablar con Arthur. Cuando tenía algún problema en el trabajo o alguna preocupación, siempre recurría a él. Lo único que se había guardado para sí misma y que al final les había pasado factura eran sus preocupaciones sobre el embarazo que nunca llegaba y que su suegra tanto se esforzaba en recordarle.

—¿Sabes? —preguntó él de repente—, creo que me gusta esto de ser tu amante.

Eugenia sonrió.

—Se parece bastante a lo que hacíamos al principio.

Él asintió.

—Pero nunca tuvimos estas vistas —bromeó.

—¡Cierto! Mi piso compartido era mucho más modesto —recordó.

—Y comíamos en la cama, como ahora.

—¿Esto es una cama? —abrió los ojos exageradamente—, pretendes acaso que nos quedemos aquí toda la noche. ¿No tienes una habitación de hotel?

—La tengo, pero eres mi amante, no puedo llevarte allí, donde todo el mundo pueda verte —replicó Arthur con una sonrisa maliciosa que calentó la piel de Eugenia, que se maldijo mentalmente por no haber calculado bien los pros y los contras de las normas que había establecido.

—Las amantes suelen ir a las habitaciones de hotel. Las casas son para las esposas.

—Esas son las amantes que no les importa serlo. Tú quieres mantener el secreto.

No pudo protestar ante sus palabras, de modo que optó por desquitarse de otro modo.

—Las amantes tienen beneficios que no tienen las esposas.

—¿Cómo cuáles?

—Sus hombres se esfuerzan en satisfacerlas.

Arthur le ofreció una sonrisa lobuna.

—Eso puedo hacerlo —musitó, antes de abalanzarse sobre su boca.

## Capítulo 28

# ASÍ DEBIÓ SENTIRSE CENICIENTA

Tras varios intentos que acabaron en desastre, Catalina por fin pudo hacerse el recogido que Estela le había enseñado. Se miró en el espejo satisfecha con el resultado y siguió con el maquillaje.

Gracias al cielo, aunque habitualmente no se maquillaba mucho, tenía bastante destreza para hacerlo y no solo porque fuera una experta con un pincel en la mano sino porque durante mucho tiempo había perfeccionado la técnica con Eugenia y con sus amigas. Aun así, no quería ir llamativa sino elegante, por lo que se pintó una fina línea con *eyeliner* negro, máscara de pestañas y un tono *nude* en los labios.

Una vez que tuvo el pelo y el maquillaje listo, se perfumó y se puso el vestido.

En lugar de calzarse unos zapatos de diez centímetros, que no harían otra cosa más que torturarla durante toda la noche, se puso unos zapatos negros de charol con un tacón más bajo y un *clutch* de Chanel del mismo color, que le había regalado su hermana por Navidad el año anterior. Era la primera vez que encontraba el momento adecuado para estrenarlo.

Estaba a punto de marcharse cuando llamaron suavemente a la puerta. Sorprendida dejó el bolso sobre la cama y caminó los tres pasos que la separaban de la puerta y abrió.

Al otro lado estaba Aiden, vestido con un traje azul marino que combinaba con una llamativa corbata naranja y un pañuelo del mismo color en el bolsillo de la chaqueta. La camisa también era azul, solo que de un tono desvaído.

—Buenas noches —saludó, al tiempo que la miraba de arriba abajo.

—¡Hola! —respondió ella con timidez y sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Ya sé que habíamos quedado en vernos en el cóctel, pero he pensado que

era mejor venir a recogerte porque el lugar del evento está un poco lejos para ir andando. ¿Te parece bien compartir un taxi conmigo? Va a haber alcohol y lo mejor será que no conduzca esta noche.

—Por supuesto. ¡Gracias!

—De nada. ¡Estás muy elegante! —dijo apartándose de la entrada para que ella pudiera salir.

Elegante, pensó Catalina. Nada de guapa o atractiva, un cumplido políticamente correcto dentro de un marco profesional.

—¡Gracias! Tú también —correspondió—. Dame un segundo que coja mi bolso.

Aiden asintió y la vio acercarse a la cama y recogerlo.

—¡Lista!

Él sonrió.

—El taxi está en la puerta.

El cóctel o vino de honor, se había organizado en uno de los *Colleges* de la universidad. Catalina había estado nerviosa durante todo el trayecto, pero se le pasó en cuanto atravesó las puertas del salón reservado para ese fin.

Aunque los hombres y las mujeres asistentes vestían de un modo elegante, todavía pudo ver varios trajes de *tweed* que la reconfortaron. Después de todo estaba en su ambiente. Las personas que estaban allí tenían sus mismos intereses y sus mismas preocupaciones, al menos, a nivel intelectual. No era una fiesta al uso, en la que la gente asistía para ver y hacerse ver, sino que era un encuentro entre intelectuales esforzándose en demostrar al prójimo que era el más listo de la sala. Mucho más sano y competitivo que pelear por ser el más guapo o el más *influencer*.

Como si hubiera notado el cambio en su expresión, Aiden optó por tranquilizarla:

—Estoy seguro de que habrá gente a la que conozcas, aunque sea de nombre. Después de todo, nuestro campo no es tan amplio como otros.

Se dio la vuelta para mirarle.

—Eso espero. No me gustan mucho los eventos en los que no conozco a nadie.

Aiden iba a ofrecerse a traerle una copa cuando aparecieron por la derecha Raphael y April.

El italiano vestía tan elegante como siempre con unos pantalones color camel y una americana azul de cuadros del mismo color de los pantalones. No llevaba corbata, sino una camisa blanca, que Catalina pensó que era su seña personal.

April llevaba un vestido de cóctel por encima de la rodilla, verde botella, de manga corta con una falda de vuelo que se abría desde la marcada cintura. El color de la ropa resaltaba el tono de su cabello, por lo que estaba preciosa.

—Te dejo en buena compañía, Catalina —se despidió Aiden, acercándose a un grupo de personas que lo saludaron efusivamente cuando se unió a ellos.

—Estás guapísima, Catalina —dijo su amiga en cuanto se dio cuenta de que estaba mirando demasiado intensamente a Aiden—. ¿Habéis venido juntos?

—Sí, hemos compartido un taxi —hizo una pausa para retomar la conversación anterior. Por cierto, eres la más elegante de la fiesta.

April sonrió, encantada por el cumplido.

—Gracias, pero tu vestido es precioso, no hay duda de que la más elegante eres tú.

Raphael paseó la mirada de la una a la otra, pero no se atrevió a intervenir y mucho menos a dar su opinión sobre cuál de las dos era la más elegante.

—¿Y yo qué? —protestó finalmente al ver que estaba siendo ignorado—. ¿No tenéis planeado halagarme a mí también?

—Lo siento. Estás muy guapo —lo apaciguó Catalina.

Raphael miró a April en busca de su cumplido, pero la rubia no estaba por la labor. De hecho, apenas le había dirigido la palabra en todo el día.

Aun así, él había tenido la deferencia de marcharse de la habitación de hotel para que pudiera cambiarse cómodamente sin tener que encerrarse en el pequeño cuarto de baño para ese fin, y ¿cómo se lo había agradecido ella? Con un silencio tan estruendoso que había comenzado a preocuparle.

—Como has sido amable conmigo, voy a presentarte al chico más guapo de la fiesta —le dijo a Catalina—, April no va a contar con mi ayuda —comentó, medio en broma medio en serio.

—No la necesito. Soy perfectamente capaz de presentarme sola —y tras decir eso se dio la vuelta y los dejó a los dos allí, desconcertados y sorprendidos por su reacción.

—¿Qué mosca le ha picado? Estoy seguro de que sabes por qué lleva todo el día evitándome.

Ella se encogió de hombros.

—Tanto si lo sé como si no, si quieres saber pregúntaselo a ella.

Raphael hizo un gesto con la mano.

—¡Después! Ahora toca cumplir con mi promesa.

Con esa idea en mente, dio una vuelta sobre sí mismo al tiempo que inspeccionaba la sala. Sonrió satisfecho cuando dio con lo que buscaba y sin darle explicaciones de lo que iba a hacer, asió a su amiga por el brazo y la arrastró hasta un grupo de dos caballeros que hablaban tranquilamente.

En cuanto se plantaron junto a ellos, el más mayor se excusó para marcharse y Raphael no perdió el tiempo.

—Matías, esta es Catalina, también es española, por lo que estoy seguro de que tendréis mucho de que hablar —dijo Raphael, presentándoles y desapareciendo con la misma velocidad.

Catalina rio divertida, era evidente que su amigo no era muy sutil. Aunque no podía protestar con respecto a la elección que había hecho. Matías era muy atractivo, debía tener unos treinta y seis años, arriba o abajo, de ojos verdes y pelo negro, que llevaba muy corto. Su barba, muy cuidada, le daba un aspecto malote que seguro que atraía las miradas de las féminas.

—Lo siento —le dijo a Matías en castellano—, me temo que Raphael ha decidido emparejarnos.

—No lo sientas, voy a tener que darle las gracias más tarde —dijo él con un acento canario muy sexy. Sonrió con calidez y le ofreció el brazo—, pero ahora vayamos a por una copa. El profesor Maxwell me ha interceptado en cuanto he entrado por la puerta y no he podido probar el famoso vino del que hablaba la invitación.

Catalina asintió y aceptó su brazo.

Media hora más tarde se sentía mucho más que agradecida a Raphael por la presentación. Matías era encantador y divertido, no se dedicaba a la restauración, sino que era profesor de Historia en la universidad de Londres. Al parecer era un reputado hispanista y, lo más importante, era soltero y consecuente con sus actos.

Estaba riéndose de una de sus ocurrencias cuando apareció Aiden.

—Catalina, me gustaría presentarte a alguien —dijo sin mirar a Matías.

—Por supuesto —se disculpó con su acompañante—, lo siento, ahora vuelvo.

Aiden se dio cuenta de que estaba hablando con él en español, pero se abstuvo de preguntar nada.

—Aquí estaré —contestó Matías con un guiño.

Obediente, siguió a su jefe por entre la gente, mostrándose encantadora cuando Aiden le presentaba a alguien. Tras veinte minutos dando vueltas por el salón, pudo por fin regresar con Matías, que la recibió con una sonrisa y una copa de vino.

—Tu novio no nos quita ojo de encima —dijo Matías con una sonrisa traviesa.

Catalina buscó en la dirección en la que él estaba tan interesado y se topó con la mirada de Aiden que conversaba con Henry.

—No es mi novio, es mi jefe y el que está a su lado podríamos decir que es mi exnovio.

El moreno rio.

—Entonces, es peor de lo que imaginé.

—Ni que lo digas.

Siguieron hablando mientras paseaban por entre la gente. Matías le presentó a varias personas interesantes y ella hizo lo propio con April, quien parecía estar disfrutando de la noche.

Raphael se les acercó en un par de ocasiones, pero parecía estar más pendiente de con quien hablaba la rubia que de disfrutar de la velada.

Catalina descubrió que Matías y él se conocían de haber coincidido en una exposición sobre La escuela italiana en pintores españoles del siglo XVII en la que ambos habían participado como colaboradores.

—Catalina, vamos a marcharnos ahora —anunció Aiden, acercándose a ellos—, la gente ya está comenzando a retirarse y cuanto más tiempo pase será más difícil encontrar transporte.

—De acuerdo.

—Te dejaré para que te despidas —ofreció—. Estaré fuera.

Ella asintió y se dio la vuelta para ofrecerle una sonrisa de disculpa a Matías.

—Lo siento, pero he de irme.

—No te preocupes. Lo entiendo —le guiñó un ojo—. Tienes mi número, llámame y nos tomamos un café con más calma cuando regreses a Londres.

—¡Cuenta con ello!

Matías se agachó para darle dos besos de despedida, dada la diferencia de altura del uno al otro.

Sintiendo que había superado la prueba, Catalina abandonó la sala. Había

sido afortunada, Henry no se había atrevido a acercarse a ella, pensó. Aunque dado el modo en que Aiden lo había tratado anteriormente, resultaba chocante que hubiese estado hablando con él con tanta normalidad.

Fuera como fuera estaba contenta con el transcurso de la noche. April parecía más alegre de lo que lo había estado por la mañana, y conocer a Matías había sido una suerte.

Aiden estaba de pie al lado de un taxi. Le abrió la puerta en cuanto se acercó hasta él.

—¡Entra!

—¡Gracias!

Cerró la puerta y rodeó el vehículo para hacer lo propio él mismo.

—Al hotel Magister, por favor —dijo al conductor—. Por lo que he podido ver lo has pasado bien —comentó.

—Muy bien, gracias. Espero que tú también lo hayas disfrutado.

Como si lo hubiera ofendido, Aiden se dio la vuelta como un resorte y clavó la mirada en ella.

—¿Crees que lo he pasado bien? —aunque lo enunció como una pregunta, el tono era más bien amenazante, pensó Catalina.

¿Qué bicho le ha picado ahora?, pensó, confundida con sus cambios de humor.

En el estrecho asiento de atrás, Aiden se inclinó sobre ella y depositó un suave beso en sus labios.

—¿Lo crees?

La miró en busca de una respuesta y al ver que ella ni protestaba ni respondía, volvió a hacerlo.

Catalina no pudo controlarse más, gimió y se apoyó contra él. Aiden la envolvió suavemente con sus brazos mientras su boca presionaba más fuerte contra la de ella.

Sus labios eran suaves y perfectos. Ella sabía bien, olía bien... Se sintió como un patán y cuando deslizó su lengua sobre la gruesa curva de su labio inferior, se recordó a sí mismo que había madurado y que no mezclaba el trabajo con la vida privada desde hacía años. Desafortunadamente, su cuerpo parecía haber olvidado ese hecho.

Ahondó más el beso, puede que ella comenzara a gustarle, pero no era una buena idea dejar que eso sucediera, se dijo a sí mismo sin llegar a conseguir convencerse.

Ajena a sus dudas, ella se estrechó contra él y sus labios se abrieron. Aiden se zambulló dentro de su boca caliente, pero quería más. La apretó duramente entre sus brazos, sintiendo sus curvas presionadas contra su pecho y perdió la cabeza.

Entonces bajó la mano a la curva de su trasero y profundizó más con su lengua, pero no era suficiente porque quería curvarla alrededor de sus pezones, bajar entre sus piernas y lamer el néctar de su feminidad. Estaba duro y loco, y sus manos la recorrían de arriba abajo, su locura se alimentaba de los sensuales gemidos que ella emitía y de la lucha por conquistar el poder que estaba devastando su lengua.

Sin previo aviso, mientras estaba perdido entre la bruma de su deseo, recordó dónde estaban y se apartó con brusquedad de ella.

Catalina parpadeó para volver a centrarse y Aiden notó cómo recuperaba la conciencia de que estaban en un taxi.

Hicieron el resto del trayecto en silencio. Ella reacomodó su ropa y se limitó a mirar por la ventana, a la oscuridad de la noche, temerosa de toparse con la mirada de Aiden.

¿Qué acababa de suceder entre ellos? ¿Qué habría sucedido de haber estado en otra parte menos pública?

El taxi se detuvo en ese instante frente a las puertas del hotel y ella optó por salir la primera, mientras Aiden pagaba la carrera. Las dudas la atenazaron, ¿qué debía hacer? ¿Le esperaba o se marchaba? ¿Qué esperaba él que sucediera después?

Se dio cuenta de que sus preocupaciones eran exageradas cuando Aiden salió del vehículo y pasó por su lado como si nada. Confundida y avergonzada le siguió al interior del hotel y aguardó a su lado a que llegara el ascensor.

El tenue hilo musical del ascensor los salvó de la incomodidad del silencio. Aun así, el trayecto se hizo eterno. Cuando las puertas se abrieron sintió que por fin podía respirar.

—Buenas noches, Catalina —se despidió Aiden—, saldremos mañana a las ocho. Te esperaré en el vestíbulo a esa hora.

—Buenas noches. Allí estaré.

Caminó los pocos pasos que separaban la puerta de la habitación de Aiden de la suya y entró a toda prisa en ella.

Se tumbó en la cama sin siquiera quitarse la ropa. Sacó el móvil de su bolso y miró la hora, las doce de la noche. Sonrió con tristeza, parecía que la magia

se había volatilizado y volvía a ser cenicienta.

## Capítulo 29

### MÁS DE LO MISMO...

Catalina se presentó a las ocho en punto en el *hall* del hotel. No obstante, no fue lo suficientemente pronto ya que Aiden ya la estaba esperando con dos vasos de papel en las manos.

Se había mentalizado durante gran parte de la noche con que lo más adulto que podía hacer, dadas las circunstancias, era actuar con naturalidad y continuar con la reciente camaradería que ambos habían llegado a desarrollar, sin embargo, la actitud de Aiden le dejó claro desde el primer momento que eso no iba a ser posible, al menos no por su parte. Ya que, sin apenas cruzar una palabra, le tendió uno de los dos vasos que sostenía.

—No hay tiempo para desayunos —dijo muy serio—, lo haremos de camino.

Catalina cogió el vaso y le dio las gracias.

No es que no estuviera acostumbrada a la frialdad de Aiden, era que no se la esperaba. Había creído, erróneamente, vista su actitud, que obviaría el beso y su relación seguiría por los mismos cauces del fin de semana.

Después de todo habían ido a una fiesta, habían bebido y un simple beso no era tan importante, se dijo, aunque una parte de su cerebro protestara porque estuviera llamando simple al beso que habían compartido.

Absorta en sus pensamientos se llevó el vaso a los labios y se llevó una sorpresa al saborear el delicioso café. Estaba tan dulce como a ella le gustaba, lo que significaba que él se había fijado en la cantidad de cucharadas de azúcar que le añadía.

Un poco llena de esperanza siguió a Aiden a la salida y se mantuvo a su lado mientras se encaminaban hasta el aparcamiento del hotel, en que habían dejado el vehículo el viernes.

En riguroso silencio abrió el maletero y cargó las dos maletas. Para ese entonces las esperanzas de Catalina habían comenzado a disolverse, igual que el azúcar de su café.

Con la misma actitud silenciosa abrió la puerta del copiloto y entró en el coche. Se dedicó a mirar por la ventanilla mientras él se sentaba frente al volante y encendía el motor. Inmediatamente comenzó a sonar la misma pieza de ópera que habían escuchado a la ida y que se había quedado a medias al apagar el motor.

Para sorpresa de Catalina, Aiden la quitó, poniendo la radio.

—Hoy no estoy de humor para óperas —dijo, sin mirarla y Catalina se preguntó qué significaba eso. No sabía que la ópera requiriera de un estado de ánimo especial.

El resto del trayecto trascurrió en un silencio únicamente interrumpido por la música. Hubo un momento ciertamente incómodo cuando Michael Bublé cantó *When I fall in love*:

*When I fall in love  
It will be forever  
Or I'll never fall in love  
In a restless world  
Like this is  
Love is ended before it's begun  
And too many moonlight kisses  
Seem to cool in the warmth of the sun*[\[7\]](#)

Al menos para Catalina, que fingió que la letra no significaba nada para ella. Durante ese tiempo a solas con sus pensamientos tuvo tiempo de reflexionar sobre lo que estaba sucediendo y, tras darle vueltas, al final llegó a la conclusión de que Aiden debía de estar imaginando que había caído rendida por su beso, del mismo modo en que había creído, tras su entrevista, que se había enamorado de él.

Estaba tan molesta porque él hubiera vuelto a presuponer cosas que la atañían, que se bajó del coche, cuando él se detuvo frente a su casa y recuperó su maleta, sin decir una sola palabra. Estaba tan molesta que ni siquiera le dio las gracias.

No obstante, tenía muy claro que al día siguiente en el trabajo le aclararía

cualquier duda que pudiera tener sobre lo que había supuesto para ella un simple beso, que había dado tras ingerir varias copas de vino.

Acababa de deshacer la maleta y de poner la ropa sucia en la cesta para lavar cuando su móvil comenzó a sonar en su bolso. Tuvo que dar vueltas por el salón y la cocina porque, aunque lo escuchaba cerca, no podía determinar de dónde venía el sonido. Finalmente dio con él debajo de uno de los cojines del sofá.

—¿Sí?

—Hola, Catalina, soy Ana de la academia de baile.

—Sí, lo sé. Tengo tu número memorizado.

Ella emitió una sonrisita contenta.

—¡Estupendo! Te llamaba porque hemos quedado todos, bueno, menos Eugenia que no puede venir, para asistir a la exhibición de baile de esta tarde. Vamos a ir a apoyar a Carlos.

Catalina pensó que su hermana debía de estar muy ocupada si se perdía una oportunidad como esa. Sonrió para sí misma al pensar en lo ocupada que debía tenerla Arthur.

Estaba a punto de poner una excusa ella también cuando se dio cuenta de que era mucho más inteligente ir con ellos a quedarse en casa dándole vueltas a lo sucedido el fin de semana.

—¿Dónde habéis quedado?

Escuchó unos ruiditos a través de la línea que parecían aplausos y sonrió al pensar en la jovencita que la llamaba.

—A las doce en la academia. Iremos a ver a Carlos y después, como es domingo, Elías se ha comprometido a darnos de comer.

Catalina miró la hora. Apenas eran las diez, tenía tiempo de sobra para cambiarse de ropa e ir.

—Allí estaré.

—¡Genial! ¿Y qué tal te fue el evento? Seguro que estabas preciosa con el vestido negro que te trajo Sandra.

—¡Gracias! El evento fue bien.

—No parece muy entusiasmada —replicó Ana, quien era muy avisada para su edad.

—Era trabajo, no había nada con lo que entusiasmarse —mintió recordando

el beso.

—Si tú lo dices. Te veo en un rato —se despidió.

Cuando llegó a la puerta de la academia solo habían aparecido unos pocos de los que se esperaban, por lo que hubo tiempo para explicarle a Catalina lo que era una exhibición de baile. En esa clase de eventos no había competición, aun así, era una plataforma para los bailarines profesionales de buscar un patrocinador.

Héctor le contó con el orgullo propio de un padre, que Carlos era de los mejores en los ritmos caribeños y que Elsa, su pareja de baile, era especialista en bailes de salón, por lo que siempre se llevaban los aplausos más intensos y el apoyo del público.

Catalina había visto bailar a Elsa un par de veces en la academia, pero no había llegado a hablar con ella. Aun así, le llamó la atención el modo en que se movía, llena de elegancia y estilo.

Poco a poco fueron llegando los rezagados y a las doce y diez se ponían en marcha hacia el pabellón en que se iba a celebrar la exhibición.

Catalina iba rezagada del grupo hablando con Bruno cuando se vieron obligados a detenerse en un paso para peatones porque el semáforo se puso rojo para ellos y verde para los vehículos.

Reía una de las ocurrencias de su compañero cuando su mirada se cruzó con la del conductor del vehículo que estaba pasando frente a ellos en ese momento.

—¡Vaya! ¿lo conoces? —preguntó Bruno.

—¿A quién?

—Al tipo que ha pasado con el coche, no te ha quitado los ojos de encima. Incluso ha pasado muy despacio para poder verte mejor.

Ella negó con la cabeza.

—No me he dado cuenta. Seguro que me ha mirado de casualidad.

Bruno no insistió y Catalina trató de olvidarse de todo lo que tuviera que ver con Aiden Fischer, ya lo pensaría al día siguiente cuando se viera obligada a trabajar con él.

---

[7] *Cuando me enamoro, / será para siempre, / o nunca me enamoraré. / En un mundo inquieto / como es este, / el amor termina antes de comenzar, / y demasiados besos a la luz de la luna / parecen enfriarse en el calor del sol.*

## Capítulo 30

### UN BAÑO DE REALIDAD

Tras dos días en los que Aiden no dio señales de vida, ni se presentó en la sala de trabajo ni se excusó por no hacerlo, Catalina se armó de valor y decidió que ya estaba bien.

El lunes no quiso darle demasiada importancia a su ausencia, de modo que no dijo nada y dedicó toda su atención a April, que parecía haber superado la sorpresa inicial al descubrirse enamorada de Raphael. No obstante, cuando el martes Aiden tampoco apareció y las explicaciones siguieron brillando por su ausencia, supo que no podía dejarlo pasar, así como así.

Todo parecía indicar que al gran jefe no le bastaba con haber salido huyendo de Oxford, sin permitirle siquiera tomar el desayuno, sino que también tenía previsto evitarla en el trabajo, cuando según el plazo de tres semanas que habían establecido, ese era el último día que iba a tener que verla.

Con la idea en mente de aclarar la situación, se quitó la bata y salió de la sala D para subir a la oficina de Aiden. No podía dejar que siguiera evitándola solo porque en su mente había vuelto a montarse la película de que ella estaba enamorada de él. No era cierto, lo había estado, sí, no podía negárselo a sí misma, pero ya lo había superado y el beso no tenía mayor importancia para ella.

Todo el mundo parecía estar trabajando porque no se encontró con nadie en el pasillo ni en el ascensor. Una vez en la zona de oficinas se topó con varias personas que iban y venían, pero como no conocía a ninguna no le importó.

—Buenos días, Norma —saludó al entrar en los dominios de la secretaria—. Me gustaría hablar con Aiden, por favor.

La mujer la miró interesada, por encima de sus gafas de pasta, antes de

responder.

—Aiden está ocupado esta mañana.

Catalina no tenía previsto darse por vencida. Tan fácilmente.

—Esperaré hasta que deje de estarlo. No tengo intención de robarle más que unos minutos de su valioso tiempo.

—No creo que sea buena idea que te quedes aquí.

Ella sonrió con un gesto que pretendía ser candoroso, pero que escondía decisión y desafío.

—Estoy segura de que tendrá un hueco en su apretada agenda para hablar conmigo. Sobre todo, si espera que termine hoy mismo con el trabajo pendiente. Tal vez no lo recuerde, dado que ha vuelto a los despachos, pero hoy mismo tenía previsto terminar con la restauración del préstamo de la Portrait.

Catalina no estaba del todo segura, pero hubiera jurado que los ojos de la secretaria brillaron con admiración por su velada amenaza.

Sin decir nada, Norma, descolgó el teléfono, presionó una tecla y habló a quien fuera que hubiera llamado, y, dadas sus palabras, Catalina estaba segura de que había sido a su jefe.

—¿Lo has escuchado?

Esperó una respuesta del otro lado de la línea y al tenerla colgó.

—Puedes pasar ahora, Catalina, el director te concede unos minutos de su precioso tiempo —lo dijo con una sonrisa amable en su rostro y un tono irónico en la voz, por lo que la restauradora tuvo la sensación de que de algún modo incomprensible esa mujer se había puesto de su lado.

—¡Gracias!

A diferencia de lo que había sucedido en otras ocasiones, Norma no se levantó de su silla tras el escritorio, sino que se limitó a hacerle una señal con la mano para que se presentara ella misma. Con la misma decisión con la que había llegado, dio dos golpes de cortesía a la puerta del despacho de Aiden y abrió.

Él estaba sentado tras su escritorio con una pila de papeles delante. Apenas levantó la cabeza para mirarla y la volvió a bajar clavando su atención en el trabajo que parecía tener pendiente.

—Buenos días.

—Buenos días, Catalina, como puedes ver, estoy ocupado, ¿en qué puedo ayudarte?

La actitud maleducada de él solo sirvió para que estuviera más decidida a aclarar la situación. Aiden la había dejado dos días seguidos con todo el trabajo y encima no parecía sentirse culpable por ello.

—He venido a hacer uso de la última pregunta que me debes.

—¿Seguro que ese es el único motivo que te trae por aquí?

—Es el motivo principal, sí.

Aiden se cruzó de brazos y se reclinó hacia atrás en su silla.

—Muy bien, ¡dispara!

—¿Me estás evitando deliberadamente por qué me besaste en el taxi?

Él no dudó.

—Sí.

Y Catalina no se inmutó, las cosas eran tal y como había supuesto.

—No será necesario que sigas haciéndolo —explicó—, dado que no vamos a trabajar juntos nunca más y dado que ese beso no significó nada para ninguno de los dos, hagamos como que no ha sucedido y no des pasto a los chismes que hablan de nuestra mala relación.

—De acuerdo —respondió sin emoción.

—En ese caso —extendió la mano para que él se la estrechase—, ha sido un placer trabajar contigo.

—Igualmente —aceptó estrechando su mano.

—Si todavía sigues dispuesto a escribirme una carta de recomendación te estaría profundamente agradecida.

Él asintió con un brillo extraño en los ojos.

—La restauración ha sido prácticamente tuya, dalo por hecho. Mañana por la mañana la tendrás en tu mesa de la sala A.

—Gracias de nuevo y adiós.

Había extendido la mano para abrir la puerta, pero la voz de Aiden la detuvo con ella en el aire.

—Catalina.

—¿Sí?

—Buena suerte en la entrevista.

Ella cabeceó y salió de allí sin echar una última mirada a la estancia ni a él.

Tal y como Aiden había esperado, dos minutos más tarde, Norma entró con un café humeante que le puso delante.

—¿Se puede saber qué ha pasado en Oxford?

—Imagínatelo tú, que eres tan lista —contestó en un tono áspero que se

ganó una mirada feroz de la secretaria.

Catalina, por su parte, se dijo que no tenía porque estar tan molesta, después de todo, se había pasado tres años sin Aiden Fischer y podía seguir otros tres más sin su compañía.

Debería de estar contenta puesto que al día siguiente volvería a la sala A con April y, además, con un poco de suerte, su marcha de la National Gallery era inminente.

## Capítulo 31

### CADA VEZ ME GUSTA MÁS

Eugenia estaba satisfecha por cómo estaban yendo las cosas en la decoración del ático de Arthur. Los pintores estaban dándole los últimos retoques a las paredes y los electricistas ya estaban allí, preparados para colgar las lámparas que había elegido para el comedor principal y para las demás estancias de la casa.

Si todo seguía el plan previsto, los muebles del dormitorio principal llegarían ese mismo día y con ellos la habitación quedaría terminada, a falta de que Arthur escogiera la ropa de cama y las toallas del cuarto de baño anexo de entre las muestras que le había llevado.

Sonrió al recordar que Arthur había insistido en que el dormitorio estuviera listo esa misma semana. Según le había dicho, estaba harto de vivir en un hotel, aunque Eugenia tenía otra teoría para justificar la prisa de su exmarido por disponer de un dormitorio completamente equipado.

Las preguntas de uno de los electricistas la sacaron de golpe de sus pensamientos y con una sonrisa satisfecha se encaminó hasta donde estaba el problema para tratar de solucionarlo. Siempre había disfrutado del caos que suponía crear un hogar para alguien más. Por muy desordenado que comenzara todo, al final el resultado siempre era satisfactorio porque les daba a sus clientes un espacio en el que ser felices, un hogar en el que compartir sueños, amor y para qué negarlo, también penas.

Fuera como fuera, se trataba de un área privada, íntima y personal, algo con lo que ella siempre había soñado y que, por diversas circunstancias, nunca pudo tener. Al menos no junto al hombre con el que había creído que compartiría el resto de su vida.

Con el divorcio había decorado su propio espacio, un piso de un tamaño

decente en Chelsea, pero que a pesar de todo no se correspondía con su sueño. Un hogar agradable, pero silencioso, en el que no se escuchaban ni risas de niños ni susurros de amor.

—¡Eugenia! —llamó Arthur, apareciendo inesperadamente en la casa.

—Arthur, ¿qué haces aquí a esta hora? Si es lunes —se extrañó Eugenia cuando lo vio entrar en la cocina con su traje de chaqueta y un maletín en la mano.

—Lo sé. He salido antes del trabajo. ¿Por qué hay tanto hombre aquí? —inquirió en un tono incisivo.

—Porque normalmente los electricistas, pintores y los que montan los muebles son hombres. —Se encogió de hombros con una mueca de disgusto—. Ya sabes lo machista que es esta sociedad.

—Pues no me parece bien.

—A mí tampoco.

Arthur la fulminó con la mirada.

—¿Me estás malinterpretando adrede?

—Es posible —rio ella—, te pones muy sexy cuando estás celoso.

—¿Por qué no me lo repites cuando se marchen todos? —pidió con una mirada hambrienta.

—Si eso es lo que quieres... Trataré de recordarlo.

Arthur tuvo que esperar varias horas, que se le hicieron eternas, hasta que los trabajadores comenzaron a marcharse. Todo el tiempo en que ellos estuvieron allí se convirtió en la sombra de Eugenia, siguiéndola a cada paso que daba, con la excusa de que pretendía supervisar que todo se hiciera tal y como él deseaba, aunque la realidad fuera otra menos profesional.

Durante ese tiempo la vio sonreír, enfadarse y exigir a hombres mucho más altos y fornidos que ella, y se preguntó cómo podía hacer para que esos hombres se esforzaran tanto por complacerla. Eugenia era tan sensible para algunas cosas y tan dura para otras... Pero eso era parte de su encanto, la dualidad que la hacía única.

En un momento dado, uno de los que estaban montando los muebles del dormitorio golpeó la pared con la madera y Eugenia se puso como una fiera, preocupada porque se hubiera picado la pintura. Ante la regañina, el hombre se disculpó y agachó la cabeza, avergonzado. Arthur se mantuvo al margen sin

perderla de vista por si el asunto llegaba a mayores y tenía que intervenir para proteger al trabajador, se dijo riendo.

—¿Os apetece un café? —ofreció a todos los que estaban allí—. Puede que estuviera deseando que se marchasen todos, pero la buena educación lo obligaba a ofrecerles un refrigerio.

La mayoría aceptó, por lo que se puso el abrigo y salió a comprar una cafetera. No tenía previsto dejar a Eugenia sola con ellos por lo que la instó a acompañarle.

—¿No crees que sería más fácil si te limitas a comprar café en cualquier cafetería? ¿De verdad necesitas la cafetera?

Él asintió con la cabeza.

—Igualmente voy a necesitar una cafetera.

—De acuerdo, pero yo no puedo acompañarte. Tengo trabajo por hacer.

—Será un momento —protestó.

—No puedo. ¡Lo siento!

Arthur le puso mala cara y salió molesto del ático. Estaba a punto de dar la vuelta y disculparse por no cumplir con su palabra cuando el portero lo saludó en el vestíbulo del edificio.

—Buenas tardes, señor Aldridge.

—Buenos tardes. Es usted el portero, ¿verdad?

El hombre ataviado con la ropa propia de su oficio asintió orgulloso.

—Así es. Llevo aquí desde que el edificio se construyó.

Arthur desplegó su encanto ofreciéndole una sonrisa.

—Verá, soy nuevo por aquí y necesito comprar algo, ¿podría ayudarme?

El tipo se irguió más.

—Por supuesto.

Media hora más tarde el portero entraba en el ático de Arthur cargado con bolsas y con una sonrisa satisfecha en el rostro al haber complacido a uno de los propietarios.

—Gracias, Miles —dijo Arthur al tiempo que le cogía las bolsas y le tendía un billete con el rostro de la Reina de Inglaterra.

—A usted, señor Aldridge.

Eugenia se acercó a ellos con suspicacia, pero no dijo nada hasta que el portero no regresó a su puesto.

—No me digas que has enviado al portero para no dejarme sola con los trabajadores —adivinó ella, que le conocía lo suficiente como para saber

cómo funcionaba su cerebro.

—Es posible.

—¿De verdad estás celoso? —inquirió con guasa.

—Para nada. No hay nadie que te haga sentir lo que yo te hago sentir —dijo desafiante—. No te atrevas a dudarlo.

Ella alzó un dedo que movió de un lado a otro negando su afirmación.

—Nada de palabras vacías. Eso vas a tener que demostrarlo. —Se rio y, tras guiñarle el ojo, se dio la vuelta y regresó al campo de batalla.

## Capítulo 32

### ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Tras la conversación que mantuvo con Aiden en su despacho, Catalina no volvió a toparse con él en el museo ni fuera de él. No obstante, al día siguiente a su encuentro, tal y como él había prometido, descubrió en su mesa la carta de recomendación que le había solicitado.

Sin grandes dramas, su vida regresó a la rutina habitual: el trabajo, las pintas con Raphael y April y los bailes en la academia.

Aunque no podía evitar recordar el beso, se esforzaba por priorizar lo que la ilusionaba en lugar de lo que la entristecía. Por todo ello, siguió con su vida, aunque cada vez que leía una de sus novelas, no podía evitar imaginarse al protagonista con la apariencia de Aiden. Del mismo modo en que tampoco podía evitar crear sus propias escenas en las que se daba el gusto de rechazarle tras hacerle saber lo decepcionante que había sido su beso. Después de todo, todos los escritores se tomaban alguna que otra licencia poética.

Por otro lado, la relación entre April y Raphael había vuelto a la normalidad, aunque Catalina tenía la sensación de que su amiga, al igual que ella misma, solo estaba dejando que pasaran los días, con la idea de superar lo que sentía. April no había vuelto a nombrar a Will y, aunque Catalina jamás creyó que llegaría a verlo, también había cambiado el fondo de pantalla de su móvil, desterrando a Jim Sturgess de sus dominios.

Y, aunque Catalina en varias ocasiones había estado tentada de aconsejarle que afrontara lo que sentía y que se lo dijera al italiano, su propia experiencia le decía que era mucho mejor ser prudente. Además, la actitud de Raphael era tan confusa como había sido la del propio Aiden antes de que decidiera cortar por completo cualquier contacto con ella.

Entre unas cosas y otras pasaron tres semanas, y con ellas llegó el cambio de mes y la fecha en la que tenía programada su entrevista en el museo del Prado.

—¿Es mañana cuando te marchas a Madrid? —preguntó Bruno el martes mientras bailaban en la academia.

—Sí, tengo la entrevista el jueves por la mañana.

—¿Y tu trabajo?

—Cojo el vuelo a Madrid después de salir del trabajo y como me quedaban unos días libres, que si no me cogía iba a perder, no he tenido que poner ninguna excusa para cogérmelos.

—¿Qué vas a hacer si no consigues el trabajo?

—Seguir en la National, me gusta trabajar aquí. Me gustan mis amigos... Que me acepten no quiere decir que vaya a dejar el museo. Esto es más bien una prueba personal.

Bruno pareció confundido.

—¿Tanto esfuerzo para dejar pasar una oportunidad como esa? Tenía entendido que el museo del Prado y el Louvre son las dos mejores pinacotecas del mundo.

—Así es —corroboró.

—¿Entonces? ¿Por qué dudas?

Catalina pensó su respuesta, pero igual que en ocasiones anteriores, cuando ella misma se había planteado la misma pregunta, no supo dilucidar el motivo real de sus dudas.

Londres había sido su hogar desde niña, y aunque su hermana viviera allí, no era menos cierto que sus padres e incluso el resto de su familia estaba en España. Sus propias raíces.

—No lo sé.

—No hay duda de que ese no es un motivo de peso para dejar perder la que puede ser la oportunidad de tu vida.

No pudo replicarle.

El vuelo a Madrid fue tranquilo y el tiempo que le esperaba en la ciudad, cálido en comparación con la espesa niebla londinense.

Con la emoción de quien llega a su tierra recogió su maleta y salió de la terminal en busca de un taxi. La suerte hizo que el taxista fuera una persona

encantadora y habladora, a la que terminó contándole, durante el trayecto al hotel, que estaba allí por una entrevista de trabajo.

—Espero que tengas mucha suerte —le dijo el taxista cuando le entregaba su maleta—. Es triste que tengas que trabajar fuera de casa.

Catalina no entró en detalles, ni le explicó que había vivido más tiempo en Londres que en España.

—Gracias, Jesús. ¡Ojalá sea así!

Entró en el hotel con el pensamiento de que ese era uno de los motivos por los que ansiaba trabajar en el Prado, de regresar a España, por la gente.

A la mañana siguiente se arregló con esmero y salió con tiempo de sobra del hotel. Decidió que lo mejor era coger el transporte público, de modo que cogió el autobús y disfrutó de escuchar a la gente hablar castellano. A pesar de que vivían en Londres desde niñas, sus padres jamás las habían hablado en inglés ni a ella ni a su hermana. En casa se hablaba español, por lo que las dos dominaban ambos idiomas. El inglés lo usaban en el colegio y el español en el ámbito familiar. No obstante, contaban también con un profesor particular que les enseñaba gramática y ortografía. Sus padres jamás descuidaron su educación por muy ocupados que estuvieran dirigiendo su imperio.

El trayecto fue de tan solo una parada por lo que todavía tenía tiempo de sobra para llegar. Paseó con tranquilidad, deteniéndose aquí y allá para admirar la arquitectura que la rodeaba y llegó finalmente hasta la puerta de Velázquez donde se detuvo unos instantes para admirar la estatua del pintor sevillano.

Con una sonrisa traviesa sacó el teléfono de su bolso y se acercó a ella para hacerse un *selfie*, que tenía intención de enviar a April y a Raphael.

La respuesta de sus amigos fue casi inmediata. El italiano correspondió con otro *selfie* de él con un bote de barniz tamaño extra grande. April optó por deseárselo suerte.

Cuando llegó la hora se acercó al guardia de seguridad, le dijo su nombre y el motivo por el que estaba allí. El hombre, muy amablemente le dio una tarjeta que la identificaba como visitante especial del museo, y llamó por el *walkie talkie* para que alguien se acercara a recogerla a la puerta. Mientras esperaba le contó que era la segunda persona que acudía esa mañana para una entrevista.

Unos minutos más tarde apareció un nuevo guardia de seguridad, en este caso una mujer, que la acompañó a través de varios ascensores que funcionaban con llave, hasta la zona del museo habilitada para las entrevistas de personal.

—¡Es aquí! —le dijo ella con una sonrisa de ánimo—. ¡Suerte!

—¡Gracias!

La mujer amplió su sonrisa y desapareció por el pasillo.

Catalina tomó varias respiraciones profundas, recolocó su coleta, revisó que llevaba todo lo necesario en su portafolios y finalmente llamó a la puerta.

Una voz profunda y masculina le pidió que pasara y así lo hizo.

Media hora más tarde abandonaba la sala de entrevistas con una sonrisa satisfecha en los labios. Si finalmente no conseguía la plaza no sería porque no estuviera cualificada para el cargo, le había dicho el entrevistador, sino porque los otros finalistas tenían más años de experiencia en su haber.

—Veo que te ha ido bien —dijo una voz frente a ella.

Alzó la mirada, sorprendida porque le hablaran en inglés, y se topó con alguien a quien ni en sus sueños más surrealistas se hubiera imaginado encontrar allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, preguntándose si estaba comenzando a enloquecer hasta el punto de sufrir visiones.

Aiden la miró con arrogancia, lo que confirmó a Catalina que era él de verdad.

—Posiblemente lo mismo que tú —anunció con seriedad.

—¿Vienes por una entrevista de trabajo? —preguntó con un tono incrédulo. Lo más seguro era que estuviera allí para encontrarse con su exmujer.

Él se tomó su tiempo en responder.

—No exactamente. El trabajo ya es mío si lo acepto.

—¿Entonces?

—He venido a escuchar las condiciones. Sobra decir que esta información es absolutamente confidencial y que espero que no la divulgues.

Su declaración fue tan sorprendente que abrió la boca varias veces para hablar, pero ningún sonido salió de su boca. Estaba a punto de hacer un nuevo intento cuando se escuchó el sonido de unos tacones por el pasillo e inmediatamente después la escultural figura de Heidi Klein hizo aparición por

él.

Con una sonrisa que a Catalina le pareció genuina, la saludó, poniéndose al lado de Aiden.

—No creo que Catalina sea del tipo que inician chismes —dijo con amabilidad.

—No lo soy —contestó ella, muy digna.

—Siempre me las doy de tener buen ojo con las personas, me alegro de haber acertado contigo. ¿Cómo te ha ido la entrevista?

—Gracias, yo también me alegro de verte —hizo una pausa—. La entrevista ha ido bien, aunque tendré que esperar unas semanas para ver si tengo razón.

—Estoy segura de que así será —Catalina vio cómo enlazaba su brazo al de Aiden—. Esta noche vamos a juntarnos para cenar unos amigos del museo, ¿por qué no nos acompañas?

—No creo que...

—Si finalmente consigues el puesto serán tus compañeros —insistió Heidi sin perder la sonrisa—. Y si no, siempre es bueno conocer a gente nueva.

Aiden no le dio ninguna pista sobre si estaba de acuerdo o no con la invitación de su exmujer, por lo que Catalina dudó, no pretendía pasar una noche incómoda por un maldito beso del que ya ni se acordaba. Ni mucho menos darle alas a su absurda idea de que seguía interesada en él.

—Yo no...

—Heidi tiene razón —dijo por fin su jefe—, si vienes tendrás medio camino labrado con tus futuros compañeros —parecía que él también creía que el puesto acabaría siendo suyo. Lo que la hizo sentir bien. Independientemente de lo que sintiera por ella como mujer era evidente que la valoraba como restauradora.

—¡De acuerdo! Iré.

Heidi sonrió más ampliamente.

—Aiden, querido, tú siempre tan efectivo.

## Capítulo 33

# LOS AMIGOS DE MIS AMIGOS SON MIS AMIGOS

Dos horas después de su encuentro con Heidi y Aiden en el museo, recibió un mensaje de WhatsApp de un número desconocido, con el nombre, la dirección y la hora del restaurante en el que iban a cenar.

Curiosa por saber quien la había escrito, guardó el número como x y fue hasta la imagen de perfil, para ver si le aclaraba la duda. Se trataba de una fotografía de *La maja desnuda*, que se exhibía en el museo del Prado, por lo que Catalina dedujo que el número debía de ser de Heidi, ya que como usuario solo aparecía una K rodeada de dos corazones rojos.

Contestó con tiento, por si estaba equivocada, pero la respuesta le confirmó que había acertado y que, efectivamente, el número era el de la alemana.

Instintivamente entró a la configuración de la aplicación de mensajes para comprobar cuál era su propia imagen de perfil. Le daba tan poca importancia a las redes sociales y a esas cosas que seguramente sería una fotografía vieja.

Tal y como había imaginado, su avatar era una foto de ella con la bata que usaba para trabajar y una mascarilla protectora cubriendo su boca. Se rio al recordar el momento en que se la había hecho April. Estaban restaurando su primer cuadro importante y quisieron inmortalizar el momento, llenas de orgullo e ilusión.

—No puedo creer que la haya mostrado al mundo con las pintas que tengo —musitó para sí misma.

Sintiéndose tonta abrió la cámara del móvil y trató de hacerse un *selfie*, así como estaba, tumbada en la cama del hotel con un libro en las manos, esperando que fuera la hora de arreglarse para salir.

Cambió de postura varias veces, pero no llegó a presionar el botón. La imagen que le devolvía el teléfono no le pareció lo bastante buena como para

hacerlo.

Recordando la elección de Heidi de *La maja desnuda* se preguntó qué cuadro elegiría ella como estandarte de sí misma. Tras pensarlo detenidamente se decidió por *La noche estrellada* de Van Gogh, dándose cuenta con ello de que no podía ser más distinta de la alemana de lo que ya era.

—Tampoco me importa —se dijo—, no siento nada por Aiden Fischer. Lo superé hace mucho tiempo.

Entre unas dudas y otras, al final dejó la misma imagen que tenía y volvió a retomar la lectura. Sus padres vivían en la Comunidad Valenciana, cerca del mar, por lo que no había podido visitarles. Al día siguiente tomaría el primer vuelo de la mañana con lo que estaría de nuevo en Londres antes de la hora de comer, ya que se había comprometido con Eugenia para acompañarla al sitio misterioso al que quería ir.

Su hermana, como la *drama queen* que era, se había negado a darle más información, tan solo se había asegurado de que Catalina estaría lista el viernes a la una de la tarde para acompañarla, sin más explicaciones.

Perezosa, se levantó y se preparó la ropa para salir. Había acudido a la entrevista con un traje oscuro de chaqueta y falda, pero no tenía la intención de arreglarse tanto para salir a cenar. Para ese fin iba a optar por un jersey de punto rosa y vaqueros azules.

Con la idea de animarse un poco abrió la aplicación de Carlos y seleccionó una de las *playlist* que había creado, en el tiempo en que llevaba colgada de la aplicación ya había abierto cinco, una para cada uno de sus estados de ánimo.

Se duchó con *Whith or whithout you* de U2 de fondo:

*I can't live*

*With or without you*

*And you give yourself away*

*And you give yourself away*

*And you give, and you give*

*And you give yourself away*[\[8\]](#)

Afortunadamente, a la hora de la cita, cuando llegó al punto de encuentro, Heidi y Aiden ya estaban allí, por lo que no se encontró sola.

Tal y como había sucedido esa mañana, Heidi estaba pegada a su exmarido,

aunque a su favor había que reconocer que a él no parecía importarle. Se preguntó qué clase de relación tenían para llevarse tan bien tras el divorcio, pero al darse cuenta del camino que estaban tomando sus pensamientos se regañó mentalmente y trató de pensar en otra cosa menos peligrosa.

Se fijó entonces en que Heidi también se había cambiado, aunque los pantalones oscuros que llevaba y su abrigo de diseño le daban el mismo aire sofisticado que lucía en el museo.

—Qué puntual eres, Catalina —saludó la rubia.

—Llevo toda la vida viviendo en Inglaterra, supongo que se me ha pegado la puntualidad británica —bromeó—, por cierto, gracias por invitarme.

Heidi rio con la ocurrencia, no tanto así Aiden, que se mantuvo impassible.

—No seas tonta, es un placer.

Catalina tuvo que aceptar que Heidi era muy agradable. Su actitud cercana contrastaba con la de Aiden, que no despegó los labios en todo ese tiempo. Lo que resultaba más frustrante de lo que le convenía.

Por qué había tenido que coincidir con él en Madrid y por qué se volvía tan hermético tras cada encuentro con ella. Parecía que le hubiera otorgado al beso más importancia del que le había dado ella, porque, si no era por ese motivo, no lograba explicarse sus actos: un día protector y amistoso y al otro frío y rozando lo grosero.

Conforme fueron llegando los demás, Catalina se fue relajando, ya que apartó de la mente a Aiden en favor de conversaciones más agradables. Heidi se dedicó a presentárselos tanto a ella como a su exmarido. No obstante, se quedó parada, completamente inmóvil cuando Heidi estaba presentándole a un chico alto, moreno, con gafas de pasta negras que escondían unos bonitos ojos color caramelo.

—¿Catalina? ¿De verdad eres tú? —dijo él, sorprendiéndolos a todos.

Ella rio, encantada por la sorpresa de encontrarse con alguien conocido.

—Pablo Aranda, cómo se te ocurre dudarlo.

Él reveló una sonrisa de oreja a oreja y antes de que Catalina pudiera decir nada más se encontró encerrada en sus brazos mientras daba vueltas sobre sí mismo con ella agarrada.

Catalina rio con más fuerza.

—Siempre he querido hacer esto con una mujer guapa —bromeó él con su habitual buen humor.

—Para que me voy a marear —pidió Catalina retorciéndose entre risas para

que la soltara.

Hacía años que no lo veía, lamentablemente habían perdido el contacto y aunque se alegraba muchísimo de volver a verle, la vergüenza que le suponía que todos estuvieran mirándolos era mayor.

Al fin Pablo la soltó y le dio dos sonoros besos en las mejillas y otro abrazo de oso.

—No me puedo creer que estés aquí. No me lo creo —repitió.

Heidi fue la primera en reaccionar.

—Es evidente que os conocéis— comentó con una sonrisa—. Pero no nos dejéis con la duda, ¿de qué?

—Fuimos compañeros de erasmus en Berlín —explicó Pablo—, compartimos piso por un año. Nos perdimos la pista con el tiempo.

Catalina le lanzó una mirada asesina.

—Si no recuerdo mal tú dejaste de llamar.

—Creo que te equivocas. Fuiste tú la que desapareció de repente.

Ella iba a replicar cuando la voz de Aiden se impuso y cortó la conversación.

—Creo que sería mejor que nos pusiéramos en camino —dijo, aunque estaban en la mismísima puerta del restaurante—. Sería de mal gusto retrasarse.

Ante el modo autoritario en que habló nadie se atrevió a replicarle.

Por lo que anunciaban los carteles se trataba de un bar de pinchos, aunque tampoco se fijó mucho en nada porque en seguida Pablo se la llevó para presentarla, de nuevo, a sus compañeros. Solo que, en lugar de decir solo su nombre, como había hecho Heidi, Pablo se dedicó a contar batallitas que habían compartido durante su estancia en Berlín.

Cuando se sentaron a cenar acabó entre Pablo y una mujer mayor, de unos cincuenta y muchos, llamada Elena. Además de Aiden y Heidi también había dos chicas de la edad de Catalina, María y Anabel; Blake, un americano de unos treinta y pocos, y César y Adolfo, quienes superaban los cuarenta, pero Catalina no supo decir por cuánto.

—Es increíble que hayamos acabado encontrándonos aquí —comentó Pablo mientras cenaban—. ¿Tienes contacto con los demás?

Catalina asintió con la cabeza mientras masticaba un pincho de pimiento

verde y chistorra.

—Volví a coincidir con Ángel Ibarra restaurando unos frescos en Toledo. Todavía nos escribimos para felicitarnos los cumpleaños y la Navidad.

Tanto Pablo con ella trataron de hablar también con el resto de los comensales, pero siempre terminaban dándose la vuelta y haciéndose preguntas sobre lo que les había sucedido durante el tiempo en que no se habían visto.

Aiden, que estaba sentado junto a Heidi enfrente de Pablo y Catalina, se tropezó con su mirada en varias ocasiones.

La noche fue tan agradable que cuando se dieron cuenta estaban bajando las persianas del restaurante a la espera de que ellos se marcharan para cerrar.

—¿En qué hotel estás? —preguntó Pablo—. Es tarde, te acompaño para que no vayas sola.

—No es necesario, ambos estamos en el mismo hotel —sentenció Aiden apareciendo detrás de ellos sin previo aviso.

—¿Qué hotel es ese? —desafió Pablo.

—El Petit Palace Savoy Alfonso XII Plus —contestó sin titubeos.

Catalina no pudo negarlo, era cierto que estaba alojada allí, lo que desconocía era cómo se había enterado Aiden. Aunque también era posible que se lo hubiera comentado a alguien delante de él y que no lo recordara.

—De acuerdo —concedió su amigo—, pero no pierdas el contacto esta vez. Me niego a esperar otros siete años para volver a verte.

—¡Lo prometo! —le dio unas palmaditas a su bolso—, tengo tu número en favoritos —dijo con un guiño.

Se despidieron con un abrazo y dos besos en las mejillas.

—Yo os llevaré —se ofreció Heidi—. He aparcado a dos calles.

—No es necesario —se negó Aiden besándole la mejilla—, caminaremos. Hace una noche agradable y tú necesitas descansar.

—Voy a conducir no a llevarte auestas, puedo hacerlo.

Aiden negó con la cabeza.

—Prométeme que vas a cuidarte —pidió con dulzura.

Catalina se apartó un poco para ofrecerles cierta intimidad mientras se despedían, aunque no pudo evitar fijarse en el modo en que él le hablaba, con un afecto y una preocupación genuinas.

—Espero que volvamos a vernos pronto, Catalina —comentó Heidi antes de marcharse.

—Yo también —y más allá de conseguir el trabajo o no, lo cierto era que lo deseaba de corazón. Heidi era encantadora, no era de extrañar que Aiden siguiera enamorado de ella, se dijo, y, sin entender muy bien el motivo, se sintió triste.

—¿Qué me pasa? —susurró tan bajo que pareció más que movía los labios sin emitir sonido—, ya lo he superado y no significó nada.

—¿El qué has superado? —preguntó Aiden sorprendiéndola.

—¿Cómo me has escuchado? Si no he dicho nada.

—Te he leído los labios.

—¿Por qué?

—¿Porque los has movido? —contestó en un tono irónico.

---

[8] *No puedo vivir / ni contigo ni sin ti.*

*Y te entregas por completo, / y te entregas por completo, / y te entregas, te entregas, / y te entregas por completo.*

## Capítulo 34

### NADIE SABE QUÉ PASARÁ MAÑANA

Catalina no se esperaba que Aiden supiera leer labios y mucho menos que estuviera enterado de cuál era el hotel en el que se estaba quedando. Su expresión debió delatarla porque tras mirarla con fijeza trató de justificarse.

—Siempre se me ha dado bien leer los labios.

—¿Y el hotel?

—Es el hotel de cuatro estrellas más cercano al museo.

La respuesta era lo bastante coherente como para darla por cierta, decidió Catalina.

—¡Está bien!

—Pues ya que está todo aclarado, ¡vamos! —la asió del brazo y tiró de ella para que echara a andar—. Parece que siempre que te encuentro estás tentando a algún tipo con tu sonrisa.

—¿Disculpa?

—Tu amigo parecía encandilado contigo.

—¿Pablo?

Aiden asintió muy serio.

—Evidentemente. No he visto a otro esta noche, aunque aún es pronto.

Catalina le lanzó una mirada especulativa. ¿Estaba celoso o era un comentario sin ningún significado oculto? De cualquier modo, lo mejor era aclararle la verdad, se dijo, aunque estuvo tentada de dejarle en ascuas un poco más para ver si insistía con el tema.

—Pablo es gay, seguramente se ha sentido más atraído por ti que por mí.

A pesar de la sorpresa que reflejaban sus ojos no pareció dispuesto a retractarse.

—Ha habido otros.

—¿Estás insinuando que soy una coqueta?

—Estoy diciendo que tienes mucha facilidad para conectar con el sexo opuesto.

Catalina soltó un bufido poco elegante.

—Supongo que tú eres la excepción que confirma esa regla.

Aiden se detuvo tan abruptamente que Catalina caminó unos cuantos pasos sola. Se detuvo también, al darse cuenta de que él la miraba furibundo a unos metros.

—¡Lo siento! —se disculpó al verle tan serio—, era una broma.

Él volvió a echar a andar, pero no dijo nada.

—Lo siento, Aiden. No debería haberlo dicho.

¡Maldita fuera! Cuando parecía que había vuelto a superar la fase de frío polar volvía a meter la pata, se regañó mentalmente.

—No, no deberías haberlo dicho. Sobre todo, porque no es cierto.

Fue el momento de Catalina de pararse de golpe. No obstante, en esa ocasión, Aiden no se detuvo, sino que siguió caminando como si no hubiera dicho nada lo suficientemente importante como para darle a Catalina otra noche en vela tratando de descifrar sus palabras.

Confusa y frustrada por el modo en que decía algo y luego lo obviaba, retomó el camino y aceleró el paso para ponerse a su altura.

Llegaron al hotel diez minutos después.

Sorprendentemente los dos estaban alojados en la misma planta. Les atendió un recepcionista muy amable que a pesar de verlos llegar juntos, tuvo la deferencia de hablar a Aiden en inglés y a Catalina en español. Tras obtener sus llaves se dirigieron hasta la zona de ascensores.

Al ser jueves y tan tarde, el vestíbulo estaba vacío, por lo que el silencio entre ellos se hizo más evidente.

Molesta con todo ello, Catalina decidió que ya estaba bien.

—¿No te parece que ya va siendo hora de que te comportes como un adulto?

—¿Qué has dicho?

—¿De verdad crees que los problemas y los malentendidos desaparecen si te limitas a no hablar de ellos?

—No creo que desaparezcan, pero sí que opino que pierden importancia. Sobre todo, los malentendidos.

—¡Muy bien!

El ascensor llegó en ese momento y las puertas se abrieron ante ellos.

Aiden le cedió el paso para que entrara primero y después la siguió adentro.

Catalina estaba segura de que no iba a volver a hablar con él nunca más, puesto que se dedicaría a evitarla en el museo, cuando la sorprendió iniciando una conversación.

—Me gustas —admitió sin ningún pudor—, en realidad me fascinas. Tus reacciones siempre consiguen descolocarme. No obstante, y por mucho que me gustes, decidí hace mucho tiempo que mezclar trabajo y relaciones siempre termina en desastre.

—Entiendo.

—No, no lo haces —replicó—, normalmente se me da bien mantener la línea, el problema es que contigo la he cruzado más veces de las que me conviene.

Catalina se envalentonó por la actitud resignada de él.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—¡Nada! Vas a dejar la National pronto. No he de hacer nada —dijo, no obstante, sus palabras no se correspondieron con sus actos.

Antes de que ella pudiera protestar la asió por los hombros y tiró de ella para acercarla a su cuerpo y besarla.

Catalina le rodeó el cuello con los brazos y el beso se volvió más profundo. Sus gemidos se volvieron más sensuales.

—Parece que tenemos cierta conexión por los espacios cerrados —musitó Aiden cerca de sus labios, cuando el ascensor se detuvo en su planta.

La voz de él resonó contra la boca de ella, produciéndole un delicioso cosquilleo que se extendió como una ola por todo su cuerpo mientras él seguía besándola. Se estremeció de deseo, saboreando sensaciones tan intensas que quiso apartarse y huir, no sabía hasta qué punto iba a ser capaz de olvidarse de lo que sucedería esa noche si no lo evitaba pronto.

Podía restarle importancia a un beso, pero no iba a tener la fuerza necesaria para obviar un contacto más íntimo.

—¡No pienses! ¡Vamos! —gimió Aiden interrumpiendo el beso y asiéndola de la mano para salir del ascensor.

Demasiado aturdida para seguir pensando permitió que él la arrastrara hasta su habitación.

En cuanto cerró la puerta tras ellos, Aiden volvió a seducirla con esa dulzura recién descubierta. Sus labios le acariciaron el cuello y ella lo dejó caer hacia atrás para permitirle un mejor acceso.

¿Había vuelto a enamorarse de él o era mera lujuria?, preguntó una voz en su interior.

Tenía que averiguarlo por sí misma, se dijo. Aunque todo terminara en desastre no podía apartarse de él. No en esos momentos...

Sintió las manos de él tirando de su abrigo. Le permitió que se lo quitara y alzó los brazos para que hiciera lo mismo con el jersey. El aire frío acarició su piel y un estremecimiento le recorrió la espina dorsal.

Aiden sonrió antes de que sus labios se deslizaran lenta y sensualmente hacia abajo. Catalina arqueó su cuerpo, ofreciéndoselo sin reservas. Finalmente, la boca de él remontó la colina de sus pechos y abarcó un excitado y tenso pezón.

Estaba segura de que no iba a poder mantenerse en pie mucho más tiempo cuando todo estalló en una miríada de exquisitas sensaciones.

—Catalina —susurró él una vez más, acariciando con la punta de la lengua la rugosa protuberancia y sosteniéndola pegada a él.

Ella empezó a retorcerse, a empujar dulcemente las caderas contra él, volviéndolo loco. Aiden pretendía contenerse, prolongar los besos y las caricias, pero los movimientos de Catalina lo excitaron tanto que supo que contenerse era un error. Se deshizo de su ropa con tanta rapidez que Catalina apenas tuvo tiempo de admirar su delicioso cuerpo.

Su palpitante erección fue al encuentro de la carne más suave de ella, y los movimientos de respuesta le hicieron comprender que estaba tan impaciente como él.

Catalina alzó una pierna y rodeó con ella la cadera de Aiden para sentirlo lo más pegado a ella que fuera posible en aquella precaria posición. Sus suaves gemidos de deseo hicieron que la mente de Aiden empezara a girar como una noria, y supo que la creciente respuesta de Catalina iba a hacerle perder el control.

—Catalina... —dijo, tratando de advertirla, pero sabiendo que apenas iba a ser capaz de contenerse.

De pronto, ella arqueó la espalda hacia atrás y lo miró a los ojos. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos casi parecían negros, y tenía los labios húmedos y ligeramente enrojecidos, invitándole de nuevo a ser besados.

—Es demasiado tarde para dudas, Aiden —jadeó ella, haciéndose eco de sus palabras anteriores—. Ahora, por favor...

Con rapidez desabrochó sus vaqueros y se los bajó por las piernas, ayudándola a salir de ellos.

Con un gruñido, la atrajo hacia sí y la alzó en brazos. Catalina le rodeo la cintura con las piernas, contoneándose sobre él.

Aiden gruñó y se agachó lentamente, hasta quedar sentado sobre la cama, con Catalina a horcajadas sobre él.

Las diminutas braguitas que Catalina todavía llevaba puestas no fueron obstáculo para su desatada pasión. Se retorcieron sin tratar de disimular sus ansias, y cuando Aiden la penetró, poderosa y profundamente, casi temiendo hacerle daño, ella lo envolvió completamente, lo tomó en su interior como deseando colmar el inmenso vacío en que vivía.

Aiden nunca había sido tan consciente de lo solo que estaba. Y cuando, finalmente, su unión hizo que ella se estremeciera sobre él en medio de dulces gemidos y gritos de placer, supo que él también quería darle a ella el mismo sentimiento de plenitud que él estaba experimentando. Y más, mucho más.

Entonces, su propio placer explotó dentro de ella, y comprendió que nunca podría darle suficiente como para igualar lo que ella le había ofrecido desde aquel primer día.

Catalina abrió los ojos medio dormida, pero se despertó de golpe en cuanto notó un cuerpo cálido pegado a su espalda.

Con un bote se sentó en la cama al tiempo que maldecía internamente por haberse quedado dormida. Aiden debía de estar arrepintiéndose de lo sucedido, igual que se había arrepentido de cada momento de conexión que habían compartido desde que se conocieron.

—¡Mierda! —susurró mientras trataba de salir de la cama sin hacer mucho alboroto.

Estaba a punto de conseguirlo cuando una mano rodeó su cintura.

—¿A qué hora es tu vuelo?

Catalina se dio la vuelta para asegurarse de que había sido Aiden quien había hablado, no porque hubiera alguien más en la habitación sino porque su voz había sonado demasiado cálida para parecer real.

Le miró asombrada sin responder.

—¿Lo has perdido ya?

Ella negó con la cabeza.

—Es a las nueve.

Contra todo lo que hubiera esperado, él sonrió y tiró de ella para que regresara a la cama.

—En ese caso todavía tenemos tiempo —dijo antes de capturar su boca en un beso.

## Capítulo 35

### ¿QUÉ ESTÁ QUÉ?

En cuanto Eugenia tocó el timbre de casa de Catalina, a la una en punto de la tarde, esta se levantó del sofá en el que estaba leyendo, se puso el abrigo, y sin descolgar el telefonillo y responder, cogió el bolso, las llaves y salió por la puerta.

Estar con su hermana iba a contribuir un poco a que dejara de pensar en Aiden, en lo que había sucedido y en lo que seguramente sucedería cuando volvieran a verse.

Aunque se habían despedido como una pareja normal, besos incluidos, Catalina no estaba segura de cuál iba a ser su reacción una vez que el calor de la pasión se hubiera extinguido.

Fuera como fuera, no tenía intención de especular sobre el tema. Puede que Aiden la hubiera sorprendido esa mañana, cuando en lugar de mostrarse arrepentido por lo que había sucedido entre ellos, estuvo dispuesto a repetirlo, pero esa actitud no servía para sentar un precedente, dados sus desplantes anteriores. Y Catalina no iba a montar fantasías que probablemente acabarían quedándose en eso: fantasías.

Tenía toda la intención de tomarse las cosas conforme vinieran. Había pasado la noche y la mañana con un hombre que le gustaba, alguien a quien durante un tiempo había amado unilateralmente, era una mujer adulta y podía lidiar con ello como tal.

—¡Hola! —saludó a Eugenia abriendo la puerta del portal.

Su hermana estaba pálida y ojerosa, pero le ofreció una sonrisa a modo de respuesta.

—¿Qué tal por Madrid? ¿Sigue tan bonito como siempre?

—Igualito —rio Catalina—, y dime, ¿dónde vamos? No tienes buen

aspecto. ¿Estás segura de que quieres salir?

Eugenia asintió con suavidad.

—No me he sentido muy bien estos días, por eso quiero que me acompañes al médico. Me he estado mareando sin motivo, y el estómago me está matando, así que me da un poco de miedo ir sola.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—No quería preocuparte. Ya tenías bastante con tu entrevista, pero si tengo alguna enfermedad terminal creo es mejor que me lo digan estando acompañada.

—¡Dios! Con la edad te vuelves más y más exagerada. De acuerdo, vamos.

—Tengo cita a la una y media para una revisión general. Podemos ir en metro o en taxi, tú eliges.

—Mejor en taxi. A esta hora el metro estará a tope.

—¡Cierto! ¡Buena elección!

Catalina se quedó en la sala de espera mientras una enfermera acompañaba a su hermana a realizarse los análisis. Con la intención de evadirse de las preocupaciones cogió una de las revistas que había sobre la mesita baja y comenzó a pasar hojas. No había nada mejor que una revista de cotilleos para perder el tiempo y no pensar en nada.

De niña siempre había tenido miedo a los hospitales, por lo que sus padres habían optado por llevarla a la pequeña, pero bien administrada, clínica en la que se encontraba ahora. El doctor Smith había sido el médico de su familia desde que Catalina podía recordar y cuando él se jubiló pasó a ser de su hijo, el joven doctor Smith. Llevaba el título de joven porque tenía menos edad que su padre, pero a sus cincuenta y pocos tampoco se le podía llamar así durante mucho más tiempo.

Eugenia volvió unos minutos más tarde con mejor aspecto.

—¿Ya está?

Su hermana asintió.

—De momento tengo que esperar a que estén los análisis, me han sacado sangre y he hecho pis en un bote —susurró acercándose al oído de Catalina a pesar de que no había nadie más en la sala de espera en que estaban ellas—, después me recibirá el médico.

—¿Te sientes mejor?

Eugenia arrugó el ceño.

—No, aunque ha quedado claro que no tengo azúcar ni la presión arterial alta.

Catalina trató de ocultar su sonrisa.

—Algo es algo. Lo importante es ir descartando posibles enfermedades — se burló veladamente.

—Muy graciosa. Pero, dime, ¿cómo te fue por Madrid?

—Bien, aunque me encontré con Aiden Fischer en el Prado.

—¿Y qué hacía allí? —se dio cuenta de lo que significaba y puso cara de horror—. ¡Oh, no! ¿Descubrió que ibas a una entrevista? ¿Es muy malo que lo sepa?

—No te preocupes, ya lo sabía, incluso me dio una carta de recomendación. Eugenia la miró incrédula.

—¿Eso es normal?

Su hermana pequeña negó con la cabeza.

—Aún hay más —se detuvo para preguntarle—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas otra vez?

—No quiero que te suba la tensión por mi culpa.

—¿Qué has hecho? —su tono acusatorio casi disuadió a Catalina de contarle a su hermana lo que había pasado, pero la lealtad pudo más y su relación era demasiado buena como para ser capaz de mirarla a la cara si le escondía algo como eso.

—Nos acostamos juntos ayer... Bueno, y esta mañana también.

—¿Qué? ¿No me dijiste que era guapísimo? ¡Vaya! Es genial.

—No creas que es tan genial. Quiero decir...

—Creo que va a ser mejor que empieces por el principio —la interrumpió Eugenia.

Decidida a tener una segunda opinión le relató a su hermana todo, desde el beso que se habían dado en Oxford hasta la conversación que habían mantenido en su despacho. Cuando terminó, Eugenia estaba completamente alucinada.

—¿Por qué no me habías contado nada de esto antes?

—No quería preocuparte con mis problemas, y menos al ver lo feliz que estabas con Arthur.

—No vuelvas a hacerlo, eres mi hermana pequeña y me importan tus problemas.

Se dieron un sincero abrazo y Catalina pensó que era una afortunada de tener a su hermana en Londres con ella.

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

Eugenia sonrió con picardía.

—No creo que te convenga un tipo como ese. Aunque si te gusta tanto yo esperaré a ver lo que hace la próxima vez que os veáis. Eso sí, si no te busca y no trata de hablar contigo, pasa página. No merece la pena.

—¿Crees que no me conviene?

—Creo que no tiene muy claro lo que quiere y no me gustaría que te hiciera daño por eso.

El joven doctor Smith estaba sonriendo cuando las hermanas Obando entraron en la consulta franqueadas por la enfermera, por lo que Eugenia respiró más tranquila. Ningún médico le decía a su paciente que estaba terminal con una sonrisa como aquella, se animó.

—Siéntense, por favor.

—¡Gracias!

—Ya tengo el resultado de sus análisis, señora Aldridge.

—Es Obando —lo interrumpió Eugenia.

El médico pareció confuso porque paseó la mirada entre Catalina y los papeles que tenía delante.

—No, son mis análisis —aclaró—. Lo que quería decir es que me he divorciado y vuelvo a ser Eugenia Obando.

El doctor Smith parpadeó varias veces y su expresión cambió radicalmente. Su sonrisa fue sustituida por una mueca de incomodidad y desconcierto.

—Siento escuchar eso. El caso es que sus análisis son completamente normales para una mujer en su estado.

—¿Mi estado? —¡Mierda! Al final sí que tenía una enfermedad terminal, se dijo Eugenia. Incluso Catalina estaba asustada, porque le cogió la mano y se la apretó para reconfortarla.

—Está embarazada, señorita Obando.

—¿Que mi hermana está qué?

—Está embarazada de seis semanas, si las respuestas que le ha dado a la enfermera son correctas —explicó—. Todavía es pronto para ecografías, pero el análisis de sangre ha sido claro.

—¡Mierda! ¿Cómo se lo voy a decir a Arthur? —se lamentó.

—Creía que me había dicho que estaba divorciada —comentó el médico, cada vez más confuso.

—Y así es.

## Capítulo 36

### ¡MENUDA LOCURA!

Catalina se había negado a dejarla sola y Eugenia se lo agradecía, porque, aunque una parte de ella quería espacio para asimilar lo que acababa de saber, otra, necesitaba hablar de ello.

No obstante, lo más importante de todo el meollo era que estaba embarazada del único hombre al que había amado y, aunque estaba asustada, no podía ser más feliz.

—Voy a ser tía —comentó Catalina mientras esperaban a que el camarero se acercara a tomarles nota.

Tras salir de la clínica habían decidido entrar en una cafetería para que Eugenia se tomara un té que calmara sus mareos. Según el doctor Smith, producidos por el embarazo y fácilmente curables con algo que le llenara el estómago.

—Voy a ser madre.

—¡Lo sé! Y es genial. Vas a ser una madre maravillosa.

Eugenia sonrió de oreja a oreja.

—¿Verdad que sí? ¿Qué te gustaría que fuera? ¿Niño o niña?

Catalina lo pensó unos segundos.

—Definitivamente niña.

—Papá hará una colección exclusiva para ella. Ya lo verás.

—¿Verdad que sí?

La estaba mirando con ternura cuando la vio reírse. Inicialmente fue una sonrisa, que Catalina creyó motivada por sus palabras, pero de la sonrisa pasó a la carcajada y antes de que se diera cuenta las dos se estaban riendo tanto que les lloraron los ojos.

—¿De qué nos reímos? —preguntó la hermana menor cuando pudo hablar.

—¿Has visto la cara que se le ha quedado al médico cuando he hablado de Arthur? —dijo entre más risas.

El pobre doctor Smith no había estado preparado para el drama de las hermanas Obando, por lo que apenas supo cómo reaccionar ante la sorpresa de saber que su paciente divorciada se había quedado embarazada de su exmarido. El mismo exmarido que había tratado inútilmente durante seis años de fecundar a su mujer.

—No tendrías que haber ido al joven doctor Smith, sabe demasiado sobre nosotras. —Rio más fuerte Catalina.

—Creía que me estaba muriendo —protestó Eugenia entre risas.

Tuvieron que recomponerse cuando la camarera se acercó a ellas para tomarles nota de lo que iban a pedir.

—¿Qué le voy a decir a Arthur? —preguntó cuando esta se fue.

—La verdad. Va a estar encantado.

—¿Tú crees?

—¿De verdad me lo estás preguntando? Pues claro que sí, te quiere.

Eugenia no pudo negar que era así.

—No creo que vaya a soportar tener a Lauren otra vez en mi vida. Esa mujer es nociva para mi salud.

—Arthur ya ha dado el paso, no busques problemas donde no los hay y disfruta de lo que tienes ahora mismo. Llevas años soñando con esto, no lo compliques, solo disfrútalo.

Más tarde, mientras se desmaquillaba y se preparaba para meterse en la cama, Eugenia pensaba en las palabras de su hermana. Arthur parecía haber cambiado realmente. En el tiempo que había pasado con él desde que retomaran su relación, que por mucho que ella se empeñara en catalogar como de amantes, era mucho más compleja que eso; Arthur no había cedido ni un ápice al chantaje emocional de su madre, que no dejaba de presionarle para que regresara a casa.

Aun así, cuando Lauren supiera de su embarazo iba a tratar de orquestar las cosas a su propio interés, sin importarle nada más que lo que a ella le hacía feliz. Que no era otra cosa más que organizar la vida de las personas del modo en que fuera mejor para ella.

Terminó de desmaquillarse y se metió en la ducha. Normalmente estar bajo

el grifo no solo la relajaba y la limpiaba por fuera, sino que aclaraba sus ideas también por dentro.

Dándole vueltas a la situación se lavó el cabello y se enjabonó con cuidado al pasarse la mano por el todavía plano estómago.

—Voy a ser mamá —dijo en voz alta y las lágrimas de felicidad que había estado conteniendo se confundieron con el agua que caía de la ducha—. Soy tu mamá.

Salió de la ducha con la decisión tomada.

—Ahora tengo que pensar en cómo se lo digo —se dijo.

El problema era que no podía retrasarlo. Arthur era el padre de su hijo y tenía todo el derecho a saberlo. También se moría de ganas de compartirlo con sus padres, pero no le parecía justo hacerlo sin haber informado antes a Arthur.

Lo primero era lo primero, ya lidiaría después con Lauren y sus intromisiones.

Se puso el pijama, sin importarle estar sexy sino cómoda, y llamó a Arthur al móvil. Él se extrañó porque habían quedado en no verse esa noche, aun así, respondió al segundo tono y, tras asegurarse de que Eugenia estaba bien y de que no le llamaba porque hubiera pasado algo malo, acordaron que se pasaría por su casa cuando saliera del trabajo.

—¿De verdad que estás bien?

—Muy bien. Tenemos que hablar, pero no te preocupes, no es nada malo.

—Dime qué es.

—Por teléfono no.

—De acuerdo. Salgo ahora para tu casa.

Cuando llamaron al timbre quince minutos después, Eugenia no esperaba que fuera Arthur, era prácticamente imposible que hubiera llegado tan pronto. ¿Había ido volando o se había teletransportado?

—¿De qué querías hablar? —preguntó en cuanto le abrió la puerta.

—Pasa, por favor.

Él entró sin estar muy convencido de ello. Eugenia recordó que prácticamente le había dicho lo mismo el día que le anunció que quería

divorciarse, por lo que comprendió que hubiera llegado tan rápido y que estuviera preocupado por lo que fuera que quisiera decirle.

—Te he dicho que no es nada malo. Es bueno, en realidad.

La aclaración logró que la expresión de Arthur mutara significativamente. Las arrugas de su frente desaparecieron y sus ojos volvieron a brillar de expectación.

—Maravilloso. En ese caso dame la bienvenida como Dios manda —pidió acercándose a ella por fin.

—Estoy embarazada.

—¡Maravilloso! —contestó tratando de besarla.

Eugenia esperó a que reaccionara.

—¿Puedes repetirlo? —pidió retrocediendo para mirarla cuando asimiló lo que acababa de escuchar.

—Estoy embarazada. Vamos a tener un bebé.

Arthur sonrió, pero su sonrisa no era la habitual, más bien parecía ida, atontada... Eugenia se cuestionó su cordura.

—¿Arthur?

No respondió, cubrió el escaso paso que lo separaba de ella y la abrazó, mientras sus labios buscaban su boca. Eugenia notó su urgencia y necesidad y le devolvió el beso con las mismas ansias.

Sus manos se paseaban por su cuerpo con devoción y Eugenia estaba comenzando a perder el sentido cuando abruptamente Arthur se separó de ella.

—¿Podemos hacerlo o es malo para nuestro bebé?

Eugenia sintió que se le humedecían los ojos. Valía la pena que Lauren fuera la abuela de su hijo solo porque eso significaba que Arthur era su padre.

—Podemos.

—¡Bien! —volvió a besarla—, te quiero.

—Y yo a ti.

## Capítulo 37

### HOY ES NOCHE DE CHICAS

El sábado por la mañana, cuando volvió a sonar su teléfono, Catalina estuvo tentada de hacer oídos sordos y dejarlo sonar, temiendo que fuera su madre otra vez. Desde que Eugenia había hablado con Arthur, menos de doce horas antes, y juntos habían hablado con sus padres, su progenitora no había dejado de hacerle encargos para que alimentara y vigilara a su hermana mayor, preocupada por no poder estar con ella durante su embarazo.

Sintiéndose culpable por haber estado tentada de ignorar a su madre buscó su móvil y se relajó al ver que era April.

—¿Se puede saber por qué no me has llamado? ¿Tan mal te fue la entrevista?

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Salgamos esta tarde —pidió—, las dos solas. Nos merecemos una noche de chicas.

April se mantuvo en silencio unos segundos, seguramente tratando de adivinar lo que le sucedía a su amiga.

—De acuerdo. Invita a Eugenia, si quieres.

—Mi hermana no puede venir.

—De acuerdo —aceptó April sin preguntas—. Te recojo a las cinco, cena y discoteca.

—¿Discoteca?

—¿Por qué estás tan sorprendida? Has dicho que era una noche de chicas. De hecho, ponte uno de los vestiditos sexys que te manda tu madre cada temporada, que esta noche vamos a arrasar.

Catalina sonrió. Su madre les enviaba a Eugenia y a ella una selección de

ropa de las colecciones de Spanish Queens cada temporada. Lo mejor era que mientras que a Eugenia solía mandarle vestidos serios y trajes de chaqueta, cuando su hermana se pirraba por los escotes y las faldas cortas; a ella que era la discreta de las dos, le enviaba ropa sexy que siempre acababa quedándose colgada en su armario.

—No hay nada ponible de lo que me envía mi madre.

—No exageres, yo también compro en Spanish Queens y hay ropa sexy y elegante.

—Es posible, pero ese tipo de ropa no es la que mi madre selecciona para mí.

A April se le escapó una carcajada.

—Creo que tu madre trata de decirte que te sueltes el pelo. Y, por una vez, vas a hacerle caso. Necesitamos desconectar de todo y disfrutar de nuestra juventud.

Catalina sonrió interiormente. Conociendo a April sabía que en cuanto le colgara se pondría a planificar minuto por minuto la noche, con ella no había lugar a la improvisación.

—Me parece bien. Un día al año no hace daño.

April notó algo en la voz de su amiga porque inmediatamente se puso alerta.

—¿Estás bien?

—Esta noche hablamos.

—De acuerdo, ¿pero estás bien? —insistió.

—Digamos que por un lado estoy genial y por el otro no estoy mal. Esta noche te lo cuento todo.

—Odio cuando haces eso.

—¡Lo sé! —dijo riendo al tiempo que colgaba.

No podía ponerse a contarle a April toda la historia por teléfono. Lo mejor era hacerlo cara a cara para ver las reacciones de su amiga a lo que le decía.

Decidida a disfrutar de su noche de chicas fue al armario de la entrada, en el que guardaba la ropa que le enviaba su madre, y lo abrió, convencida de que no habría nada que pudiera aprovechar para salir con April.

Tras pasar varias perchas con vestidos brillantes que bajo ningún concepto iba a ponerse en público, dio con una simple falda negra de cuero, de un largo aceptable, a medio muslo y un top de seda, también negro y de tirantes.

—No está mal. Se dijo, buscando algo con lo que no helarse de frío. Tras dudar entre una chaqueta gris de lentejuelas y una de pelo sintético negro, optó

por esta última que parecía más calentita.

Bastantes horas más tarde cuando su amiga pasó a recogerla se quedó boquiabierta al verla.

—¡Ostras! Catalina.

—¿He exagerado demasiado?

—Nunca se va demasiado sexy —afirmó la rubia—. Adoro tus botines.

Catalina se miró los pies embutidos en unos botines negros con un tacón espectacular que le pasaría factura en un rato, cuando dejara de sentir los dedos de los pies.

—Me los regaló Eugenia porque se los compró y le hacían daño.

—Pues te quedan genial. ¡Vamos!

Catalina la frenó, asiéndola del brazo.

—No, todavía no. Estás muy guapa —comentó y era cierto, el vestidito dorado que llevaba April le quedaba de maravilla, y aunque era bastante más corto que su abrigo, parecía llevarlo con comodidad—, pero le falta algo a tu maquillaje.

—¿El qué? —parpadeó confundida.

—Los labios rojos —zanjó.

—Tú no los llevas rojos —protestó.

—Porque yo me he centrado en los ojos —dijo y April inmediatamente clavó su mirada en ellos, maquillados con *eyeliner* con un efecto felino que los resaltaba y los convertía en el centro de atención.

—De acuerdo —concedió por fin—, si han de ser rojos, que sean rojos.

April aplaudió feliz cuando le contó que Eugenia estaba embarazada y se puso una nota de aviso en el móvil para acordarse de felicitarla al día siguiente. No obstante, cuando el tema de conversación cambió a Aiden escuchó todo su relato sin interrupciones y apenas un par de reacciones de sorpresa. Eso sí, la acribilló a preguntas en cuanto acabó su historia.

Catalina se sentía cómoda hablando con ella de lo que sentía por él, dado que su amiga siempre había estado al tanto de esos sentimientos. Además, era la clase de persona que jamás juzgaba a nadie ni se creía con derecho a dar consejos que nadie le había pedido. En otras palabras, April era una persona considerada.

Sin contar con que tenía sus propias preocupaciones y comprendía cómo se

sentía su amiga. Al haberse enamorado ella misma de la persona incorrecta, le sugirió lo mismo que le había sugerido su propia hermana, que esperara a que diera él el primer paso y que si no lo hacía diera el tema por zanjado y pasara página.

—No se trata solo de orgullo sino también de sentido común —explicó April—, si cada vez que os acercáis huye sin explicaciones es porque lo que siente por ti no es lo bastante fuerte como para superar lo que sea que le preocupa o le retiene.

—¿Y qué pasa contigo?

—Nada. Raphael nunca me ha besado, ni siquiera ha tratado de hacerlo. No estoy en la misma situación que tú.

—Pero...

—No quiero hablar de eso. Hoy toca divertirse y ser felices.

Catalina no insistió y decidió seguir las pautas de April, quien por una vez en la vida no parecía haber orquestado la salida, minuto por minuto.

Por ello cogieron un taxi, Catalina se negó a ir en metro con una falda tan corta, y llegaron al East London en busca de un restaurante donde cenar.

Se decidieron por un coreano muy concurrido. Tras media hora de cola, por fin les dieron una mesa.

—Me encanta la comida coreana —comentó Catalina devorando unos *noodles* de arroz.

—Demasiado picante para mi gusto.

Catalina rio, espoleada por el *soju*.

—¡Qué británico por tu parte!

—Es que lo soy.

Catalina no replicó, su amiga era demasiado consciente de sus excentricidades como para que fuera divertido meterse con ella.

No obstante, se le pasó una pregunta por la cabeza y la formuló siguiendo las normas de su juego.

—Pregunta caliente, si solo pudieras acostarte con hombres casados y besarte y magrearte con cualquier hombre que quisieras, ¿te conformarías o pasarías por alto a su esposa?

April miró a Catalina con fijeza mientras pensaba en la pregunta.

—Es evidente que sí —concedió por fin—. Con el único con el que me conformaría con el magreo y los besos es con Jim, pero a la larga acabaría aburriéndome.

—¿Por qué? Tienes que justificar tu elección.

—Porque los besos y los magreos están bien, pero conformarse para siempre con eso es un poco triste.

—¿No es más triste engañar a otra persona?

April negó con la cabeza.

—Creo que es más triste engañarse a uno mismo y, sobre todo, negarse lo que se desea.

Catalina meditó la respuesta de su amiga y finalmente asintió dándole la razón.

Sin abandonar el East London encontraron un club con bastante buena pinta al que entraron para bailar un poco y tomar una copa. Como era relativamente pronto, tuvieron la suerte de encontrar un reservado libre, donde podían disfrutar de la música, bailar y beber con cierta tranquilidad, ya que a diferencia de otras discos en las que Catalina había estado, en esa los reservados estaban situados en los límites de la pista de baile, por lo que era fácil ver y ser visto.

—Ahora vengo. Voy al baño —le dijo a April tras beber su segunda copa.

Su amiga asintió y le dio otro sorbo a su cóctel.

—Aquí estaré.

Catalina se levantó de la silla y se dispuso a seguir las flechas de neón que indicaban el camino al baño. No sabía si era por el alcohol o porque se había hecho mayor, fuera como fuera, los tacones no le molestaban esa noche.

Al llegar allí, se topó con que, como siempre, había cola para el baño de mujeres mientras que el de caballeros estaba despejado. Resignada se puso detrás de la última persona y se apoyó contra la pared.

Pasaron dos minutos antes de que hubiera movimiento por la parte delantera. Estaba comenzando a impacientarse cuando un aroma a perfume masculino, acompañado de una voz vagamente familiar sonaron muy cerca de su oído izquierdo.

—Al final va a ser cierto que el mundo es un pañuelo.

Al girarse se topó con la sonrisa de Matías.

—¡Hola! —saludó sorprendida de verle—, vaya, sí que es cierto.

—¿Qué tal?

Él se inclinó sobre ella y le dio dos besos.

—Aquí, haciendo cola —dijo sonriendo.

—Al final nunca me llamaste —comentó él, en un tono de reproche recubierto de broma.

—¡Lo siento! He estado muy liada. Pero me alegro mucho de verte.

—Yo también. ¿Estás sola?

—Con una amiga. Con April, te la presenté en el vino de honor.

—¡La recuerdo!

Sin necesidad de que ella le preguntara, Matías le dio la explicación de que él también estaba allí con unos amigos.

—Si queréis tomaros una copa con nosotros estáis más que invitadas.

—Gracias, pero hoy es noche de chicas —se excusó.

La cola comenzó a moverse y Catalina adelantó cuatro pasos, seguida de Matías.

—Entiendo. En ese caso sigo esperando tu llamada.

Ella sonrió con picardía.

—Tú también puedes llamarme.

—Lo haría si me hubieras dado tu teléfono.

Catalina se rio de buena gana. Era cierto que no lo había hecho, del mismo modo que también lo era que se había olvidado por completo de él.

—¡Lo siento! Déjame tu móvil.

Obediente, él se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó su teléfono, que le tendió con un guiño.

Catalina tecleó su nombre y su número y se lo devolvió.

—Te llamaré —prometió él—, yo sí que lo haré.

Se despidieron cuando fue el turno de ella de pasar al aseo.

Cuando regresó a la mesa se topó con que April estaba hablando con Matías. Se unió a ellos y charlaron durante otros diez minutos, después, él se disculpó para regresar con sus amigos.

—Creo que si Aiden te falla aquí tienes una muy buena oportunidad —dijo April.

—Y lo que yo creo es que has bebido demasiado y ves visiones.

—Lo que soy es mucho más avispada que tú —replicó.

Catalina no se atrevió a contradecirla, después de todo podía ser cierto lo que su amiga decía. ¿Por qué no?

## Capítulo 38

### ¿QUÉ ME HE PERDIDO?

El domingo pasó para Catalina entre la resaca por los excesos de su salida del sábado con April, la euforia por el embarazo de su hermana, y las cientos de llamadas que recibió de su madre, pidiéndole que se asegurara de que Eugenia estuviera bien.

De Aiden no tuvo noticias, por eso el lunes cuando llegó al museo se sintió nerviosa y enfadada consigo misma por la estúpida esperanza que todavía sentía. Conforme avanzó la mañana esta se fue disolviendo en favor de la realidad.

Catalina estaba con April en la sala A cuando Aiden asomó la cabeza por la puerta y la llamó:

—Catalina, necesito hablar contigo unos minutos. ¿Estás muy ocupada ahora mismo?

April tuvo el buen tino de fingirse ignorante de lo que sucedía.

—Puedo atenderte ahora. No hay problema.

—¡Bien!

Aiden no se movió mientras esperaba que Catalina se pusiera en pie y se quitara los guantes. La observó dejarse la bata y se dio cuenta de que ella no esperaba que él quisiera salir del museo con ella.

—Tenemos que salir a hacer unas gestiones —explicó—, coge tu abrigo, por favor.

Catalina sintió que su corazón se aceleraba, pero se esforzó porque no se le notara el nerviosismo que la embargaba. Después de todo, era posible que no fuera nada importante lo que Aiden deseaba decirle. Tal vez, solo pretendía que cruzaran la calle para ir al Portrait por algo relacionado con el cuadro que habían restaurado juntos o, peor, pretendía decirle que lo que había sucedido

entre ellos en Madrid no iba a volver a repetirse.

—Ahora vuelvo, April.

—Tranquila, de momento me las arreglo sola.

—Adiós, April —se despidió también Aiden, saliendo de la sala A y esperando a Catalina para caminar a su lado.

—¿Adónde vamos? —preguntó esta en cuanto estuvieron en el pasillo.

—De momento salgamos del museo —se limitó a responder.

Con la misma cantidad de curiosidad y de nervios, Catalina caminó a su lado mientras se dirigían hacia los ascensores, y se mantuvo en silencio a su lado cuando entraron y salieron de él. Cinco minutos más tarde salían del museo, pero Aiden tampoco le aclaró a dónde se dirigían. Cuando dejaron atrás varias calles se detuvo y la asió por el brazo para detenerla a ella también.

—Ahora sí —dijo, y antes de que ella pudiera preguntarle lo que quería decir se encontró encerrada en sus brazos y con su boca asaltando la suya.

Se separaron por temor a causar un escándalo público, pero esta vez Aiden la tomó de la mano para caminar.

—Vamos a tomarnos un café y hablamos de lo que sucedió en Madrid. Que sé que te gusta mucho aclarar los asuntos pendientes.

Catalina frunció el ceño.

—¿Te estás burlando de mí?

Él sonrió.

—Es posible, aunque es cierto que te gusta diseccionarlo todo.

—No me gusta diseccionarlo, lo que me disgusta es que actúes como si no hubiese pasado nada.

—Por eso mismo, vamos a hablarlo —zanjó muy serio.

—A ver si lo he entendido bien —trató de recapitular Catalina mientras estaban sentados en una mesa degustando un café—. Como según tú, voy a conseguir la plaza en el Prado y me voy a marchar pronto, es viable para tu mentalidad cuadrículada que nos veamos.

—Así es. Si obviamos la parte en la que me acusas de tener una mente cuadrículada.

—¿Y qué pasará con nosotros si no consigo la plaza?

—Eso no va a suceder.

—¿Y si pasa? ¿Qué ocurrirá con nosotros?

Aiden ni siquiera dudó.

—Que lo que tenemos llegará a su fin.

El modo en que lo dijo fue tan indiferente que Catalina se quedó en blanco durante unos segundos.

—He de pensarlo.

—¿Qué hay que pensar? —insistió—. Sea como sea, esto va a terminar de un modo u otro. ¿De verdad crees que podremos mantener una relación cuando te marches de Londres?

—Tú desde luego no pareces interesado en comprobarlo.

Aiden se encogió de hombros.

—Ya sé cómo funcionan estas cosas.

La alusión a su matrimonio con Heidi no la hizo sentir mejor.

—¿Y qué hay de la oferta que te hizo el Prado?

Aiden negó con la cabeza.

—La rechacé ese mismo día. El único motivo por el que fui a Madrid fuiste tú. Quería asegurarme de que la vacante era para ti.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, porque me gustas, pero yo nunca mezclo trabajo y relaciones personales.

Catalina necesitaba más explicaciones y no estaba interesada en darse por vencida.

—Trabajaste con tu exmujer por un tiempo.

No lo negó.

—Así es. Y ese fue el motivo por el que ella se marchó a Madrid y yo me quedé en Londres, porque yo no mezclo trabajo y placer. Estuvo bien mientras solo éramos amigos, cuando las cosas cambiaron entre nosotros tuvimos que tomar decisiones.

Ni en un millón de años Catalina hubiese sido capaz de asociar esa circunstancia a la norma de Aiden de no mezclar las facetas de su vida, y por primera vez, se dio cuenta de que fuera cuál fuera el motivo por el que esa división era tan importante para él, había una razón de peso. Algo, que le había llevado a ser tan intransigente con el tema.

—De acuerdo, y si acepto ¿qué? Supongo que pretendes que esto sea un secreto —aventuró, dado el modo en que la había sacado del edificio.

—No soy una persona de extremos, Catalina, no voy a ocultarlo del mismo

modo en que tampoco tengo la intención de publicarlo en la intranet del museo —hizo una pausa y al hablar sonó más cariñoso—, ya has aceptado estar conmigo y yo quiero estar contigo. Vamos a dejar que las cosas sigan su curso, sin presiones.

—Hasta que se acabe —musitó en un tono dolido que Aiden pareció no captar.

—Hasta entonces —corroboró este.

Cuando regresaron al museo, Aiden no se escondió, tal y como le había dicho que haría. De modo que no soltó su mano cuando entraron ni tampoco lo hizo hasta que la dejó en la puerta de la sala A. Incluso le dio un suave beso en los labios para despedirse de ella, aunque eso no tuviera mayores consecuencias porque el pasillo estaba desierto.

—¿Te parece bien si hoy como con April y contigo? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Sí. Me parece bien.

—¡Estupendo! Te veo entonces.

No habían pasado ni dos minutos desde que Aiden se marchó, cuando apareció Raphael en busca de una explicación, ya que al regresar del baño la había visto de la mano del director del departamento.

—¿Estáis viéndoos? —repitió el italiano, sorprendido.

—Algo así.

—¡Vaya!

—En lugar de sorprenderte tanto deberías alegrarte por tu amiga —atacó April, quien últimamente buscaba cualquier excusa para pelearse con Raphael.

—Y me alegro, pero eso no quita que me sorprenda.

Catalina desconectó de la conversación de sus amigos y se dedicó a pensar en lo que había cambiado su vida en los últimos meses. Y especialmente en las últimas semanas. Y se dio cuenta de que no solo habían cambiado sus circunstancias, ella misma, como persona, también lo había hecho.

De algún modo se había conformado con lo que Aiden le ofrecía, una relación que comenzaba sin futuro, algo totalmente opuesto a lo que disfrutaban las heroínas de las novelas románticas que tanto le gustaban.

—Esto es la vida real —musitó para sí misma.

Raphael y April estaban tan enfrascados en su discusión que ni se dieron

cuenta de que había hablado.

En la vida real las relaciones no eran perfectas y las personas no siempre conseguían lo que deseaban, se dijo, tratando de ignorar a esa parte de su mente que le decía que dejara de engañarse, que por mucho que tratara de fingir, todavía tenía esperanzas de que Aiden cambiara de opinión y aceptara mantener con ella una relación a largo plazo, bien en la misma ciudad, bien en la distancia.

—Catalina —la reclamó Raphael—, ¿tengo o no tengo razón?

—Pues claro que no la tienes —intervino April, muy enfadada.

—¡Lo siento! Me perdí hace cinco minutos —se excusó.

April la fulminó con la mirada y Raphael le lanzó otra furibunda.

—Si no quieres decidirte por uno de los dos está bien, pero no es necesario que mientas —la regañó el italiano.

—Desgraciadamente estoy de acuerdo con él en eso —zanjó la rubia.

Y contra todo pronóstico los vio abandonar la sala A juntos y, de repente, bien avenidos. Después de todo, habían encontrado otra persona que pagase su mal humor.

## Capítulo 39

### Y EL RELOJ SIGUIÓ DANDO LA HORA...

La semana pasó entre el interés general por su recién estrenada relación y los escasos minutos que pudieron compartir. No obstante, el viernes, Aiden tampoco mencionó nada sobre verse durante el fin de semana y Catalina comenzó a dudar del cariz de su relación. No solo parecía tener una duración determinada, sino que al parecer ni siquiera había comenzado.

Tenía dos opciones, se dijo, esperar a que él la invitara a salir o invitarlo ella misma. Optó por esperar a que él diera el primer paso. Era evidente que ella era la que más sentía de los dos y, por eso, también era evidente quién iba a pasarlo peor cuando la relación acabara. Una relación que había aceptado aún sabiendo lo que Aiden pretendía de ella.

Lo menos que podía hacer, dadas las circunstancias, era tratar de auto conservarse o, al menos, tratar de salir lo menos herida posible.

Con esa intención el viernes aceptó la invitación de April y Raphael de verse para tomarse unas cervezas y cenar juntos. El ambiente entre sus amigos estaba comenzando a ser incómodo y tal vez una salida juntos dispersaría el malestar de la pareja.

Como siempre que quedaban pretendían ir directamente desde el trabajo, pero Catalina se vio obligada a quedarse un poco más.

—April, adelantaos tú y Raphael, yo termino lo que tengo pendiente y voy al Crown —dijo porque era verdad que tenía que terminar con el barniz, para que resultara homogéneo y no podía esperar a que se secara lo que ya había hecho para terminarlo y, porque pretendía darles cierto margen para que trataran de hablar fuera del trabajo.

—No creo que...

—Yo creo que sí —la cortó Catalina.

April suspiró sonoramente y dejó caer los hombros.

—¡Está bien! No tardes. No creo que pueda soportarlo sola mucho tiempo.

—¿No vienes? —inquirió Raphael, que entraba en esos momentos a la sala A y vio que April estaba lista, pero ella no.

La rubia puso mala cara, no obstante, se negó a darle explicaciones.

—Iré en seguida —explicó—. Tengo que terminar esto antes de que se seque.

A diferencia de April, a Raphael no pareció molestarle tener que marcharse a solas con su amiga.

—¡De acuerdo! Te vemos en el Crown.

Catalina asintió y retomó el trabajo. Era cierto que no podía permitir que el barniz se seicara antes de haberlo extendido por completo.

Media hora más tarde había cubierto el lienzo y lo tendió para que se seicara y poder raspar así la suciedad. Se levantó de la silla y mientras caminaba hacia el vestuario fue quitándose la bata.

Estaba en la puerta, a punto de entrar a por sus cosas, cuando Aiden la llamó.

Alzó la cabeza y lo vio avanzar hasta ella desde el otro lado del pasillo.

—¿Te vas ya? —preguntó.

—Sí, ya va siendo hora.

—¿Tienes planes para esta noche?

Durante una décima de segundo estuvo tentada a decirle que no, que no tenía nada que hacer y que si estaba dispuesto podían cenar juntos, pero en un arranque de lucidez, recordó que lo que pretendía era superar su relación sin más dolor del necesario y le contó la verdad, que había quedado con sus amigos para tomarse unas pintas en el pub y picar algo de cena.

—De acuerdo. ¿Mañana entonces?

—Mañana no tengo planes.

Aiden sonrió y se agachó para besarla en los labios.

Lo único que evitó que se retractara de sus palabras anteriores fue la fuerza de voluntad.

—Te llamaré mañana para quedar.

—De acuerdo.

Entró en el vestuario con el corazón latiéndole a toda velocidad en el pecho y la sangre rugiendo en sus venas.

—¿Por qué soy tan racional? —se lamentó.

Llegó al Crown más tarde de lo que había esperado. Entre terminar el trabajo y su conversación con Aiden, se había entretenido, por lo que en cuanto bajó del metro se apresuró para llegar al Crown. Le extrañó que April no la hubiera llamado un par de veces para asegurarse de que iba de camino. De los dos, su amiga había sido la más reticente a marcharse sin ella.

Aminoró el paso cuando vio el pub lo bastante cerca y pudo relajarse.

¿Había cometido una locura al decirle que no a Aiden? Se quejaba de que apenas pasaban tiempo juntos y cuando él lo sugería se negaba. «Eso le serviría para buscarte antes la próxima vez, le dijo una vocecita en su cabeza».

Ella no era una experta seductora, pero quien podía aventurar si su relación no podía llegar a algo más, por parte de ambos. Con ese batiburrillo de ideas en la mente entró en el pub.

El Crown estaba lleno hasta arriba, por lo que se detuvo en la puerta para tratar de ubicar a sus amigos. Estaba escaneando el local cuando los vio en una de las mesas pegadas a las ventanas. Iba a acercarse a ellos cuando vio que Raphael alzaba la mano y le acariciaba la mejilla a April.

Notó que alguien se detenía a su lado y al alzar la mirada se topó con Will.

El camarero no sonreía, como era habitual en él. Su gesto era adusto, molesto.

—Tus amigos están ahí —señaló—. Aunque han dicho que te estaban esperando, no creo que sea muy cierto.

—¿Por qué?

—¿No los ves? —preguntó el falso Jim Sturgess.

Catalina asintió.

—No les digas que me has visto, por favor.

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes, le he pasado la mesa a Mery. Ella les atenderá esta noche —explicó, señalando a la otra camarera.

—¡Lo siento!

Will ladeó la cabeza y alzó las manos con el gesto universal de la resignación.

Catalina se sintió como una voyeur, pero no podía dejar de mirarlos. Completamente asombrada por lo que parecía estar pasando entre ellos.

¿Cómo podía haber cambiado su relación con tanta rapidez? Puede que no estuvieran saliendo, pero no había ninguna duda de que estaban coqueteando, si hasta Will se había dado cuenta. Y visto lo visto, por qué no podía sucederle lo mismo a ella. A lo mejor Aiden terminaba desistiendo de su manía de no mezclar trabajo y relaciones. Después de todo, cosas más raras se habían visto.

Preocupada porque el idilio se acabase si se plantaba frente a ellos se dio la vuelta y, tal y como había entrado, volvió a salir.

Compuesta y sin cita para el viernes, se dijo.

Lo cierto era que después de pasarse toda la semana preocupada por una relación que no arrancaba y trabajando sin parar, lo que menos le apetecía era marcharse a casa para calentarse cualquier cosa de cena y ver la televisión a solas.

Con decisión sacó el móvil del bolso y buscó el número de Aiden. Este contestó al tercer tono y por el ruido de fondo y la mala calidad del sonido, Catalina supo que estaba conduciendo.

—Hola —saludó tímida.

—Hola, ¿va todo bien?

—Más o menos, ¿sigues sin planes para esta noche? —preguntó esperanzada.

—Así es. La mujer con la que pretendía cenar me ha rechazado.

Catalina se relajó al notar su tono juguetón.

—Pues si te sirvo yo a mí me encantaría cenar contigo —bromeó.

—¿Y tus amigos?

—Al parecer están mejor sin mí.

La risa de Aiden le erizó el vello de la nuca. Lo había visto reír pocas veces, y, aun así, era capaz de visualizar su aspecto sonriendo.

—Dime dónde estás y paso a recogerte —ofreció.

—Te mando mi localización. Ahora nos vemos —se despidió.

—¡No tardo!

## Capítulo 40

### NUESTRA PRIMERA CITA

El sábado, Catalina se arregló con esmero. Era la primera cita, como tal, que iba a tener con Aiden. La cena del día anterior no contaba porque había sido en el último momento y, aunque había sido maravillosa, no cumplía al cien por cien con los estándares de lo que se consideraba una cita en toda regla.

Sí, había habido cena y sí, el sexo fue espectacular, pero Aiden no había ido a recogerla a su casa y ella no se había pasado dos horas arreglándose e imaginándose la velada. Además, el pub en el que habían cenado tampoco era propio de una primera cita.

—Eres una esnob —le había dicho April cuando la llamó para contarle lo sucedido con Raphael y preguntarle, de paso el motivo de que no apareciera.

—No es cierto. Pero un pub no es sitio para una cita romántica.

—Dime que no se lo dijiste —pidió April, tratando de esconder la risa.

—Pues sí, se lo dije y ha prometido sorprenderme esta noche.

De hecho, Aiden pareció divertirse con sus explicaciones, mostrando una parte de él que Catalina no había visto antes.

—Definitivamente eres una esnob —se burló.

—Deja de criticarme y cuéntame tu cita.

La rubia no había necesitado más presión para dejarse llevar por las palabras. Igual que Catalina se moría por conocer al detalle lo sucedido, ella se moría por contarlo. Y aunque se explayó demasiado en los pormenores, al final Catalina supo que en cuanto llegaron al Crown, Will fue directo a por April para tratar de concertar la cita que tenían pendiente, y que contra todo lo esperado, Raphael estalló, alegando que April estaba ocupada los días que el camarero tenía libres en el pub.

Una vez que este se marchó, malhumorado, April le pidió explicaciones a su compañero. Raphael no fue capaz de buscar una excusa a tiempo, y la rubia terminó acusándole de estar celoso, ante lo que el italiano terminó admitiendo que lo estaba.

—¡Genial! ¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a tratar de salir como una pareja y ver qué sucede.

—Eso es genial.

—Hemos hecho la promesa de que si lo nuestro no funciona volveremos a ser amigos —April suspiró—, ¿crees que podremos serlo? Amigos, si la cosa no cuaja.

—En primer lugar, estoy segura de que os va a ir bien y, en segundo lugar, sé que si sucede algo seréis capaces de mantener la amistad. Los dos sois unos amigos geniales.

La conversación siguió por ese camino unos minutos más, y al final April le colgó porque Raphael la estaba llamando también.

Catalina estaba encantada con las noticias. April, quien semanas antes parecía tan derrotada, estaba ahora eufórica. Parecía que los problemas de su amiga se habían evaporado, esperaba que a ella le sucediera lo mismo.

Con esa idea en mente se pasó el día abriendo armarios, en busca del modelo perfecto para salir a cenar con Aiden. Este le había dicho que la iba a llevar a un sitio sorprendente, pero no le había dado más pistas sobre el lugar en el que iban a cenar.

Por lo que terminó decidiendo que lo más inteligente sería usar pantalones, en lugar de falda. Con la decisión tomada recurrió al armario de la entrada, con los dedos cruzados, por si su madre le había enviado en algún momento pantalones que sirvieran para una cita especial.

Antes de dar con los pantalones se topó con un abrigo tres cuartos, entallado en la cintura, con pelo blanco y negro rodeando el cuello y un estampado *vintage* con la misma dualidad cromática.

—¡Es perfecto!

Encantada con el descubrimiento, siguió pasando perchas y finalmente dio con unos pantalones pitillo, largos hasta el tobillo, también negros. La blusa que tenía pensado usar estaba en el armario de su dormitorio. Era de gasa negra, por lo que debía llevar una camiseta lencera debajo y era perfecta para el *look*, sofisticado y sexy que buscaba.

Con la ropa ya preparada se metió en la ducha, se lavó el pelo y salió

envuelta en el albornoz con una nueva preocupación, qué iba a hacer con su cabello.

Sintiéndose tonta cogió su teléfono y tecleo en el buscador peinados para una cena romántica. Estaba a punto de desistir por la complejidad de lo que veía, cuando se acordó de Estela y de sus manos mágicas.

De nuevo ilusionada llamó a su amiga, quien le aconsejó que se dejara el pelo suelto con su rizo natural. Lo único que debía hacer era ponerse suavizante y no aclarárselo, ya que no tenía productos específicos para el cabello rizado.

—Necesitas comprarte uno de esos *serums* que venden para el pelo ondulado —la regañó—. ¿El martes puedes venir antes a clase?

—Sí, ¿a qué hora necesitas que esté?

—Con media hora será suficiente. Te acompañaré para que te los compres —ofreció.

—Gracias, Estela. Te debo una más.

La mujer colgó, encantada con la gente que había conocido gracias al baile, y le explicó a su hijo que tenía una amiga que era muy guapa y lista que estaba dispuesta a presentarle.

Él no reaccionó, estaba demasiado acostumbrado al afán casamentero de su madre como para que le pillara con la guardia baja.

A la hora señalada, Aiden se presentó en casa de Catalina.

Y, aunque, estaba guapísimo vestido de negro y tan encantador como lo había estado la noche anterior, siguió tan hermético respecto al lugar donde iban como lo había estado cuando concertaron la hora en la que se encontrarían.

—No vas a decirme siquiera si voy bien vestida para la ocasión.

Él se inclinó sobre ella y le dio un suave y rápido beso en los labios.

—¡Estás perfecta! —declaró, abriendo la puerta del copiloto para que entrara—. ¡Preciosa!

Catalina se dio por satisfecha con su reacción y optó por no insistir.

Aiden se puso detrás del volante y arrancó el motor. La música inundó el pequeño espacio que compartían. La voz de Ariana Grande y su *side to side*<sup>[9]</sup> lo envolvió todo:

*I've been here all night  
I've been here all day  
And boy, you got me walkin' side to side  
I've been here all night  
I've been here all day  
And boy, you got me walkin' side to side*

—¿Qué ha pasado con tus óperas? —preguntó Catalina con auténtica curiosidad.

Aiden sonrió sin dejar de mirar a la carretera.

—Me estoy modernizando por tu culpa.

—¿Mi culpa?

Ahora sí que apartó la mirada para observarla.

—¿De quién más?

—Entonces tu siguiente paso es apuntarte a clases de baile conmigo.

—Así que era por eso —musitó él en voz baja.

—¿Cómo dices?

—Te vi bailar una vez en la sala de descanso. Llevabas los auriculares puestos y dabas vueltas sobre ti misma con mucho ritmo.

Catalina notó cómo se encendían sus mejillas. No había duda de que estaba mintiendo en lo del ritmo.

—Lo hago fatal —se quejó—, no tendrías que haberlo visto.

Aiden soltó una mano del volante para acariciarle la mejilla.

—Estuviste genial. No pude dejar de pensar en ti desde ese momento —admitió con sinceridad.

Y Catalina no pudo evitar soñar con que Aiden se olvidara de sus absurdas reglas por una vez.

Catalina abrió los ojos exageradamente cuando Aiden se metió en el aparcamiento privado de un restaurante y le anunció que habían llegado a su destino. El restaurante al que la había llevado era una combinación de cabaré y bar de cocteles emplazado en Covent Garden. Su interior de un colorido juego de luces transportaba a los clientes a un mundo de glamur y escapismo. En el centro había una famosa mesa escenario de cuarzo, con capacidad para veintiocho invitados.

Aunque Catalina no había estado allí antes, había escuchado hablar de él, por lo que tenía una idea bastante aproximada del espectáculo que iba a presenciar y del papel que tenía el público en él.

—¿Vamos a sentarnos ahí? —preguntó Catalina, señalando la gran mesa en la que los artistas hacían su performance.

Aiden rio sin disimulos.

—Pensaba que eras una aventurera —la provocó sin dar una respuesta clara.

—Lo soy, no tengo ningún problema con sentarme ahí. Solo preguntaba por curiosidad.

—Entiendo.

—Lo digo en serio —dijo echando a andar hacia la mesa.

Aiden volvió a sonreír y la detuvo con suavidad.

—Una lástima porque yo he reservado una simple mesa para dos —señaló las mesas redondas del comedor.

Catalina suspiró aliviada y siguió a Aiden. Sonrió con sinceridad cuando un camarero apartó una de las sillas purpura para que se sentara.

—No te preocupes —susurró Aiden inclinándose sobre ella, que estaba sentada frente a él—, desde aquí vas a poder disfrutar del espectáculo sin temor a que te incluyan en él.

—No estoy preocupada.

—Claro que no —concordó él—, ni siquiera un poquito. ¡Eres una aventurera!

Estaban degustando el primer plato cuando las luces cambiaron y se enfocaron en la mesa principal. Inmediatamente, las miradas se volvieron hacia esa zona y del techo comenzó a bajar un aro grande y dorado del que se balanceaba un fornido trapecista. A partir de ese momento el espectáculo no se detuvo en toda la noche. Bailarines de hip hop, contorsionistas, trapecista, tragadores de fuego...

El nombre del local hacía honor a la función, pensó Catalina.

Se retiraron cuando el maestro de ceremonias salió a agradecer al público su asistencia.

—Gracias por traerme. ¡Ha sido increíble!

—¿Sobre todo porque no has tenido que participar? —siguió pinchándola Aiden.

—Por supuesto.

Él sonrió y la asió de la mano para ir a buscar el coche. Como la noche estaba fresca la soltó y le pasó el brazo por los hombros, pegándola a su cuerpo.

Una vez en el vehículo salió del aparcamiento y tomó una dirección opuesta a la casa de Catalina.

—¿Tampoco vas a decirme ahora adónde vamos? Mi casa está en la dirección contraria —protestó sin mucho énfasis.

Lo cierto era que, aunque se moría por estar a solas con él, tenía mucha más curiosidad por saber dónde vivía.

—Vamos a la mía —contestó, como si fuera capaz de leer sus pensamientos.

—Mañana he de madrugar. Tengo comida familiar —explicó, más por justificarse a sí misma que porque realmente deseara cambiar el destino—, vamos a celebrar el embarazo de Eugenia.

Aiden arrugó el ceño.

—¿Arthur Aldridge también estará allí?

—Por supuesto, es el padre de la criatura —contestó, confusa por la pregunta.

El gruñido de respuesta de Aiden la desconcertó todavía más que la pregunta.

---

[9] *He estado aquí toda la noche. / He estado aquí todo el día. / Y chico, me tienes bailando de lado a lado. / He estado aquí toda la noche / He estado aquí todo el día. / Y chico, me tienes bailando de lado a lado.*

## Capítulo 41

### ¿SOMOS UNA FAMILIA FELIZ?

El domingo Catalina se levantó sin hacer ruido, se vistió con mucho sigilo y salió de casa de Aiden sin tomarse siquiera un café, por temor a despertarle. Había quedado para comer con su hermana y con Arthur, y antes de ir tenía que pasar por casa para ducharse y arreglarse.

Le envió un mensaje de texto a Aiden mientras el taxi la llevaba de vuelta, para disculparse por haberse marchado así, y reclinó la cabeza en el asiento del vehículo con los ojos cerrados.

Estaba cansada, pero feliz. Las cosas estaban yendo bien, la cena había sido encantadora y el final de la velada mucho mejor. Aiden incluso la había invitado a su casa, con lo que le había abierto un poco más su mundo.

El hogar de Aiden era tan masculino como él, con tonos tierra y negros y decorado con un gusto exquisito. También había infinidad de pequeñas obras de arte procedentes de todos los lugares que había visitado.

Abrió los ojos cuando recibió una respuesta a su mensaje. Había esperado que él tuviera el teléfono en silencio, pero por lo visto no había sido así.

*Si te hubieses esperado diez minutos te habría llevado a casa yo mismo.*

Sonrió a la pantalla de su teléfono y tecleó una respuesta.

*No quería molestarte.*

Contestó añadiendo un emoticono con las mejillas coloradas.

*De acuerdo. Disfruta con tu familia. Nos vemos mañana.*

Nada de emoticonos.

*Hasta mañana.*

Llegó a su casa con una sonrisa tonta en el rostro.

A toda prisa se metió bajo el grifo y se lavó el cabello. El suavizante que no se había aclarado el día anterior le molestaba, hasta el punto de que sentía su

pelo bonito, pero apelmazado.

Salió de su casa una hora después, con los cascos y la música puestos, camino de la de su hermana. Arthur se había ofrecido para ir a recogerla, pero Catalina se había negado no queriendo molestar al futuro padre. Además, tampoco vivían a mucha distancia la una de la otra, a unos escasos diez minutos andando. Minutos que tenía toda la intención de gastar regodeándose en lo maravillosamente que se sentía estando con Aiden.

Aunque al principio parecía que su relación no despegaba, en los últimos dos días se había sentido totalmente cercana a él. Y no solo a un nivel físico, sino también a nivel personal.

La noche anterior, tras hacer el amor, habían hablado de muchas cosas personales. Aiden le había contado detalles sobre sus padres que desconocía; que habían muerto en un accidente automovilístico cuando él tenía diecisiete años y sobre el modo en que su abuelo lo había criado. Empujándolo siempre a perseguir sus sueños, fueran cuales fueran y le llevaran a donde fuera que le llevaran.

Era por ese afán de perseguirlos por lo que había estado viviendo en multitud de países y ciudades, hasta que al final había decidido establecerse en Inglaterra y crear su propio hogar.

—¿Tienes previsto vivir aquí siempre? —había preguntado Catalina con tiento, preocupada porque él pudiera adivinar el motivo de su pregunta.

—Sí. Mi abuelo ya no está con nosotros y tengo la doble nacionalidad debido a mi madre. No hay nada que me impida cumplir con lo que deseo.

—¿Tu madre era inglesa?

—De Manchester. Conoció a mi padre en un viaje a Washington. Era azafata de una aerolínea.

—¿En qué trabajaba tu padre?

—Era arquitecto. Uno de los mejores. Varios de sus edificios son considerados patrimonio de la ciudad de Washington.

—¿Nunca te planteaste estudiar arquitectura?

Aiden negó con una sonrisa.

—Me gusta el arte que hace sentir cosas con tan solo mirarlo y me agrada trabajar con las manos —dijo, al tiempo que le mostraba el modo en que sus manos podían trabajar.

—Ya veo —murmuró ella.

—¿Lo ves? ¿No necesitas que te lo explique mejor?

—Sí, eres muy bueno con tus manos, pero tienes razón... Las cosas se comprenden mejor con la práctica.

Aiden la besó y durante muchos minutos no hubo más conversación.

Catalina le sonrió al portero del edificio de su hermana cuando llegó y aceptó con alegría las felicitaciones del hombre porque iba a convertirse en tía.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre sonrió.

—El señor Aldridge me obsequió con una botella de vino español y me pidió que me encargara de subir las cosas pesadas de la señora.

—¡Entiendo!

—Y su señora madre me ha pedido lo mismo —el portero sonrió—, incluso me ha dado otra botella de vino y un vestido precioso para mi hija mayor.

—¿Mi madre? ¿Cuándo ha visto a mi madre?

—Su señora madre y su padre han llegado esta mañana —explicó el hombre.

Catalina le agradeció la información al portero y salió disparada hacia las escaleras. Ni siquiera se esperó a que llegara el ascensor, no tenía tiempo. Sus padres estaban a solo unos metros de ella y se moría por abrazarlos y besarlos.

Llegó a la puerta de Eugenia desollando.

—¡Mamá! ¡Papá! —dijo tocando a la puerta con insistencia.

Su madre le abrió con una sonrisa de oreja a oreja y Catalina se dejó caer en sus brazos abiertos. Aspirando su distintivo aroma a Carolina Herrera. Su cabello, por los hombros, le rozó la cara cuando se inclinó para besarla en las mejillas.

—¿Y para mí no hay nada? —preguntó su padre desde el pasillo.

—¡Papá! —gritó entrando en la casa y corriendo hasta los brazos de su progenitor.

—Mi niña pequeña —susurró él sobre su cabello—, cuantas ganas tenía de ver a mis niñas. —Anselmo Obando soltó uno de los brazos con el que sujetaba a su hija menor y le hizo señas a la mayor para que se acercara.

Los tres se fundieron en un sentido abrazo.

—Mamá —llamó Anselmo—, faltas tú.

La reunión familiar quedó completa cuando apareció Arthur acompañado de Lauren Aldridge.

Sus padres se mostraron tan amables como siempre, aunque Catalina notó cómo su madre se contenía para no agarrar a Lauren de los pelos y exigirle que se mantuviera al margen de la relación de su hija.

En un momento determinado, durante la comida, Eugenia y Arthur se pusieron en pie para hacer un anuncio.

—Hemos decidido que vamos a volver a casarnos —comunicó Eugenia sonriente—. Y nos mudaremos al ático de Arthur tan pronto como esté terminado.

—Nada de mudarse hasta que volváis a estar casados —protestó Maite, quien era una mujer liberal y tolerante con las decisiones de sus hijas, excepto en ese punto: la convivencia antes del matrimonio.

—Por supuesto, es lo que corresponde —intervino Lauren tan ofuscada en la primera parte del discurso de Eugenia que ni siquiera se había dado cuenta de lo que había dicho su consuegra—, mi nieto no puede ser ileg... —sorprendentemente se calló de golpe al fijarse en la significativa mirada que su hijo le estaba echando.

—Va a ser una boda sencilla —siguió hablando Eugenia—. Y nos mudaremos después de casarnos —zanjó mirando a su madre que estaba a punto de protestar de nuevo.

Arthur se calló la réplica al notar el codo de Eugenia en su costado.

—¿Cómo que sencilla? No... —se interrumpió de nuevo Lauren, quien cambió el tono y el contenido de su frase, confundida al ver el gesto de dolor de su hijo—, por supuesto, querida, lo que deseas.

Catalina se pegó a sus padres el resto de la velada, ya que lamentablemente no iban a poder quedarse más tiempo e iban a marcharse al día siguiente para atender unos compromisos.

—Pero si papá ya está jubilado —se quejó Catalina.

—Pues por eso. Tu padre y yo tenemos ahora una vida social muy agitada. —Rio Maite—. No te preocupes, tu hermana está embarazada, vamos a venir más de lo que quisieras.

—Yo siempre quiero veros.

Maite sonrió, aunque su instinto materno la avisó de que había gato

encerrado en la actitud de su hija pequeña, que siempre había sido la más independiente de las dos.

—A ver, cuéntame, ¿hay algún chico en tu vida?

Más tarde, cuando la pareja se quedó a solas, Arthur le contó a la mujer que amaba el secreto detrás del cambio de actitud de su madre.

—Le he prometido a mi madre que, si te deja en paz, no —se corrigió—, si se esfuerza por hacerte feliz y se guarda sus comentarios sobre nuestra vida, si tenemos una niña le pondremos su nombre.

—¡Arthur! ¡Estás loco! —protestó Eugenia.

—Tranquila, mi amor, estoy seguro de que va a ser un niño.

## Capítulo 42

### ENCANTADA CON EL NUEVO YO

Las siguientes tres semanas pasaron como un suspiro para Catalina. Como si llevaran meses juntos, comenzaron a establecer rutinas, como compartir las horas de comer en el museo, cenar juntos los miércoles y el fin de semana al completo, tiempo que aprovechaban para ir al cine, al teatro o quedarse en casa viendo películas clásicas.

Catalina, por su parte, siguió con sus clases de baile, por lo que los martes y los jueves no podía quedar con Aiden. Eugenia, a pesar de sus reticencias, se vio obligada a dejarlo por la presión de Arthur, que parecía pretender que su mujer viviera en una burbuja de cristal, y por su madre, quien desde España enviaba órdenes a diestro y siniestro.

—Es genial que Eugenia vaya a tener un bebé —musitó Ana soñadora—, ¿nos lo traerá para que lo veamos?

Catalina sonrió.

—Por supuesto que sí. Os lo traerá para que le digáis lo guapo que es y lo mucho que se parece a ella.

—¡Chicos! Centraos —pidió Carlos.

Bruno le dio una vuelta llena de florituras y Catalina rio.

Con el tiempo se había ido soltando y se sentía mucho más cómoda bailando y, de algún modo, eso también le había ayudado en otros aspectos, incluso le había afectado al modo en que se vestía, mucho más dispuesta a dejarse ver que antes.

—¿Has visto a esos dos? —preguntó él mientras la dirigía por la pista.

—¿A Sandra y Elías?

Bruno asintió.

—Creo que han empezado a salir —arrugó el ceño—, parece que

últimamente todo el mundo está enamorado.

—¿Por qué dices eso?

—Recapitulemos —pidió—. Eugenia está embarazada, Sandra y Elías embelesados, Carlos y Elsa en la exhibición dieron muestras de su química — hizo una pausa dramática para captar su atención—, y tú, que estás cada día más guapa.

—¡Vaya! Gracias.

—Es la verdad, el amor embellece.

—¿Y qué me dices de ti? ¿No hay nadie que te haga ver más guapo? — bromeó.

Bruno entrecerró los ojos, pero no contestó.

—¡Tramposo! —se rio—, si hay alguien tienes que confesarlo.

Carlos se dio por vencido y Catalina se sintió culpable.

—De acuerdo, chicos. Ya está bien por hoy. ¡Todos a la mesa! —los animó.

Bruno trató de escaquearse, pero ella le detuvo.

—Cuéntamelo, soy tu pareja de baile. Me lo debes.

—Es posible que haya una chica, pero no pienso contarte nada si tú no me cuentas tu historia.

Catalina le ofreció la mano abierta.

—¡Trato hecho! —dijo con un guiño cuando él se la estrechó.

Se marchó a casa contenta y agradecida de que Eugenia la hubiera convencido de apuntarse a las clases de baile.

Gracias a la locura de su hermana había conocido a personas maravillosas y había logrado aprender muchas cosas sobre sí misma que desconocía. No solo que tenía un pelo decente si aprendía a peinárselo, sino también que era capaz de moverse con estilo si se lo proponía o lo mucho que le encantaba tener amigos varones con los que poder hablar de casi cualquier cosa.

Antes de conocer a Bruno solo había tenido a Raphael y, aunque el italiano era un gran conversador y una persona maravillosa, la relación que había establecido con Bruno desde el primer momento era distinta, más íntima, quizás. Tal vez esa conexión se debiera también al baile. Por la razón que fuera, el caso era que Catalina había podido abrirse por completo con él y contarle todo lo que pasaba por su cabeza y que le preocupaba respecto a su relación con Aiden.

—No conozco al tal Aiden, pero está claro que le interesas. Si no le interesaras, ni te habría besado ni mucho menos te habría seguido a Madrid. No obstante, no pretendo engañarte y decirte que creo que está loco por ti porque, como te digo, no lo conozco. Lo que sí que puedo afirmar con conocimiento de causa es que si no se enamora como un loco de ti es porque es idiota.

Catalina había sonreído encantada con la alabanza e interiormente había cruzado los dedos para que el sueño se hiciera realidad.

## Capítulo 43

### TODO NO PUEDEN SER MALAS NOTICIAS

Desde el primer momento en que esa mañana entró a la sala A, Catalina notó que el ambiente estaba espeso. April parecía incómoda y, aunque respondía a sus preguntas, no trataba de iniciar una conversación, como acostumbraba a hacer.

Incluso subió el volumen a la música que había puesto Catalina en su móvil, como si con ello pudiera evitar la conversación. Además, se escapó varias veces a la sala de descanso con la excusa de ir a por café.

—Ya está bien, April. ¡Dime de una vez qué está pasando! Antes de que me dé una subida de tensión —pidió Catalina después de su tercer café.

—¡Nada!

—No me mientas. Está pasando algo y quiero saber qué es o me volveré loca de curiosidad.

April la miró con los ojos cargados de tristeza y Catalina se temió lo peor.

—¿Has discutido con Raphael? ¿Estás bien?

—No se trata de mí, sino de ti.

—¿De qué estás hablando?

—¿Has recibido alguna llamada del Prado? —preguntó.

Catalina negó y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que el anuncio de quien había obtenido la vacante estaba cerca, así como lo estaría el final de su relación con Aiden si no hacía algo para evitarlo.

—Hay un rumor sobre la plaza que solicitaste en el museo del Prado —explicó la rubia en un tono pausado.

—¿Qué clase de rumor?

April se aseguró de que parecía estar bien antes de seguir hablando.

—Se la han dado a otra persona. La plaza la ha conseguido un restaurador

italiano de cincuenta años.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Raphael lo ha confirmado a primera hora de la mañana. Como digo, de momento solo es un rumor.

Catalina tomó aire varias veces con el fin de aplacar su acelerado corazón.

—¿Por qué no me lo habéis dicho? No es tan grave. Ni siquiera estaba segura de aceptarla si me la hubieran ofrecido —se excusó, tratando de ocultar su decepción.

April clavó sus ojos azules en los suyos, más oscuros.

—¡Oh! Aiden —cayó en la cuenta—, no me lo has dicho por eso.

La rubia asintió.

—No te preocupes. Las cosas han cambiado mucho entre nosotros. Va a estar todo bien —dijo e internamente rezó para que eso fuera verdad.

Como si hubiera sido capaz de adivinar lo que estaba pasando, el móvil de Catalina vibró en su bolsillo y al sacarlo descubrió que Aiden le había enviado un mensaje pidiéndole que subiera a su despacho.

—Deséame suerte —dijo mostrándole el mensaje a April.

—¡Suerte! Mucha, mucha suerte.

El semblante de Norma debió de haberle dado a Catalina una pista de lo que iba a suceder, se dio cuenta mucho después, pero había estado tan pendiente de lo que fuera que Aiden necesitara hablar con ella que ni siquiera le prestó atención a su secretaria.

—Pasa, Catalina. Aiden te está esperando —anunció la mujer.

—¡Gracias!

Cruzó la distancia que separaba el escritorio de Norma de la puerta del despacho del director y llamó suavemente. Abrió cuando la voz del hombre al que amaba resonó desde el otro lado.

—Hola —saludó sonriente. No podía mostrar que lo sabía, se dijo. Necesitaba esperar y comprobar qué era lo que Aiden pretendía hacer.

—Siéntate, por favor —señaló la silla delante de él.

—¿Por qué estás tan formal?

—Estamos en el trabajo —le recordó—, y dado que ya se sabe que la plaza del Prado no es tuya, creo que es buen momento para dar por terminada

nuestra relación.

—¿Cómo dices?

—¿Qué parte deseas que te repita? ¿La de que el puesto de restaurador en el Prado no ha sido para ti o la de que doy por finalizada nuestra relación? —su tono estaba tan cargado de indiferencia que Catalina se preguntó si realmente la sentía. Parecía más una fachada que un sentimiento real.

—Aiden, las cosas no tienen por qué acabar aquí —pidió ella, confundida.

—Quedamos en eso, Catalina. No he cambiado las normas. Tú las aceptaste, por lo que nunca te engañé al respecto.

—Ninguna relación se base en normas. Nos va bien juntos, porque tirarlo por la borda por unas normas arbitrarias que tú has decidido sin tener en cuenta mi opinión.

Él la observó durante unos minutos muy serio antes de responder.

—Recuerdo haberte contado que mis padres se mataron en un accidente de coche.

—Lo hiciste, pero no sé qué tiene eso que ver con...

—Lo que nunca te dije fue cómo pasó —la interrumpió. Cerró los ojos tratando de recordar aquellos tiempos—. Mi madre era encantadora, optimista y cariñosa. Siempre estaba riendo. Nos adoraba a mi padre y a mí. —Dejó de hablar de repente y Catalina pensó que no iba a volver a hacerlo, que tan solo pretendía que se marchara.

—Aiden.

—Mi padre comenzó a llegar tarde del trabajo. Había noches en las que no venía y tanto mi madre como yo lo justificamos con que tenía mucho trabajo y no le dimos importancia. Una de esas noches, mi madre quiso hacérselo más llevadero y preparó la cena para llevársela. Cuando llegó a su oficina le extrañó que el bolso y la chaqueta de su secretaria siguieran allí, pero no le dio mayor importancia. Estaba en la oficina para sorprender a mi padre... La sorpresa se la llevó ella.

Catalina pudo adivinar lo que se encontró, pero se mantuvo en silencio a la espera de ver qué relación tenía la historia con ellos.

—Mi padre tenía una aventura con su secretaria. Ella no le reprochó nada en ese momento. Permitió que la mujer se vistiera y escuchó las excusas de mi padre y sus peticiones de perdón. Lo soportó todo. Solo tenía una petición, que él regresara a casa, que volvieran juntos... Convencido de que ella le había perdonado mi padre accedió y ambos montaron en el coche. —Clavó sus ojos

vacíos en Catalina—. Ya sabes cómo termina la historia.

Ella por fin pudo entender el razonamiento de Aiden y esa obsesión por separar la vida social del trabajo.

—Yo no soy así, Aiden. Jamás te haría daño. Y estoy segura de que tú tampoco me engañarías de ese modo.

—Mi madre tampoco era así. Nadie es así hasta que lo es. Ni siquiera yo sé de lo que soy capaz de hacer en una situación como esa... No quiero verme en esa tesitura.

Catalina supo que no iba a sacar nada de esa conversación. Aiden llevaba años decidido a mantener las distancias, años traumatizado con el triste final de sus padres. Había roto su matrimonio por esa obsesión, y debía de asumir que ella no era tan importante para él como para que decidiera cambiar años y años de convicciones.

—De acuerdo, Aiden —aceptó—, espero que seas muy feliz.

Y dándose la vuelta abandonó el despacho sin mirar siquiera a Norma, quien desde su mesa parecía lamentarlo tanto como ella.

Aiden regresó al presente cuando escuchó el golpe de la taza sobre su escritorio.

Alzó la vista y miró a Norma, que estaba de pie al otro lado.

—¿No vas a decir nada? —la retó.

La mujer negó con la cabeza.

—Ya tienes bastante con lo que acabas de perder. No necesitas que yo te haga sentir peor.

## **Capítulo 43**

# **PUEDO SEGUIR CON MI VIDA, ES SOLO CUESTIÓN DE DEJAR QUE PASEN LOS DÍAS...**

Tras la ruptura, Catalina pasó tres días completamente ida. Apenas capaz de pensar en otra cosa más que en lo estúpida que había sido al creer que iba a poder lidiar con un desengaño así. Por mucho que había tratado de protegerse no lo había conseguido, se había limitado a creer que llegado el momento podía hacer que Aiden cambiara de opinión.

Aiden por su parte no regresó al comedor, por lo que Catalina dedujo que o bien comía encerrado en su despacho o salía del museo para hacerlo. Fuera como fuera, ella agradecía no tener que verle. Ya estaba siendo duro superarlo sin su constante presencia, tenerlo cerca solo ralentizaría y haría más duro el proceso.

Sus amigos: April y Raphael trataban de entretenerla con otros asuntos y April siempre se encargaba de ir a recargar las tazas de café, para evitar que Catalina se pudiera encontrar con Aiden por el camino. A sus amigos de la academia no les dijo nada, a excepción de Bruno, a quien sí que le relató lo sucedido y fue gracias a él que pudo desconectar un poco y reírse sinceramente.

Aunque era consciente de que tenía que asumirlo y seguir con su vida, no lograba entender, por muy dura que hubiese sido la muerte de sus padres, que Aiden cortara de ese modo tan radical.

Ocho días después de su ruptura estaba en la sala A con April cuando el móvil le sonó en el bolsillo. Lo sacó con desgana y vio que era Matías. Era la segunda vez que la llamaba y, aunque la vez anterior, evitó responderle y lo solucionó enviándole un mensaje de disculpa una hora después alegando que

la había pillado en una reunión, en esos instantes se quedó con el teléfono en la mano sin saber qué hacer con él.

Hablar con alguien que no estuviera completamente enamorado era lo que necesitaba en esos momentos y Matías parecía la mejor opción.

—¿Quién es? —preguntó April preocupada al verla sostener el teléfono en alto sin responder.

—Matías.

—¿El chico de la disco?

Catalina asintió y April en un movimiento maestro le robó el teléfono de las manos y contestó por ella.

—¿Matías? Hola, soy April. Catalina ha salido un momento, dame un segundo y ahora te la paso, ¿vale?

La vio reírse de algo que él había dicho.

—Ya está aquí —anunció unos segundos después April—, te la paso. Me ha gustado hablar contigo.

Desconcertada por el giro que había dado todo cogió el móvil y habló con Matías, quien le recordó que él cumplía sus promesas y que por ese motivo la había llamado. Conversaron unos minutos más antes de que él insinuara la posibilidad de quedar. Catalina entonces propuso una comida, que no comprometía a nada.

—¿Qué te parece si te recojo mañana en la puerta del museo y te hago un pequeño tour por mis dominios? —ofreció. Una cita profesional era menos peligrosa que una personal.

—Eso suena genial —aceptó él, ajeno a las reticencias de Catalina.

—¡Estupendo! Nos vemos entonces mañana a las doce.

—¡Allí estaré!

April comenzó a dar saltitos y a aplaudir en cuanto su amiga colgó. Después de los días que había tenido, que aceptara salir con alguien era un gran paso para superar el bache en el que la había dejado Aiden. Estaba aplaudiendo y dando vítores cuando Raphael entró por la puerta con el semblante serio.

—Acaba de pasarme una cosa muy surrealista —anunció—, me ha llamado Heidi Klein para saber cómo estabas —explicó, mirando a Catalina.

—¿Disculpa? ¿Para preguntarte sobre mí?

La celebración de la rubia se cortó en cuanto Raphael abrió la boca.

—Al parecer estaba al tanto de tu relación con Aiden e incluso la aprobaba.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —pidió Catalina—, no entiendo nada de lo que me estás diciendo —comentó, recordando el modo en que había cogido del brazo a Aiden en Madrid y la vez que coincidieron en el restaurante en Londres.

Todas esas veces parecía aferrarse a él, ¿por qué le habría dicho a Raphael que aprobaba su relación?

El italiano asintió y cogió uno de los taburetes altos que utilizaban, porque estaban a la altura de las mesas de trabajo, para sentarse y comenzar con su relato.

Aunque conocía a Heidi desde hacía años, su complicidad no llegaba tan lejos como para hablar de sentimientos, explicó, por eso se había extrañado tanto al recibir la llamada y más cuando la alemana fue directa al grano. Según ella, Aiden estaba muy ilusionado con Catalina y, aunque, ella misma había vivido en primera persona esa fijación de su exmarido por separar las facetas de su vida, parecía que con Catalina había comenzado a desdibujar esa línea, aunque fuera temporalmente.

—No tiene sentido que se preocupe por Catalina, si es su rival —sentenció April poniéndole voz a los pensamientos que martilleaban la mente de Catalina.

Raphael la miró desconcertado.

—Yo también pensé lo mismo, pero no es cierto. Heidi está viviendo con otro hombre e incluso está embarazada de él.

Catalina pensó en el aspecto de Heidi en Madrid y no encontró ninguna señal en su cuerpo perfecto de que estuviera embarazada. Debía de estar de pocas semanas porque no tenía barriga. Recordó entonces el afán protector de Aiden y como rechazó su oferta de que los acercara al hotel en favor de que se marchara a casa a descansar... ¿Conocía, acaso, Aiden su estado?

—¿Qué le has dicho de mí?

—Que, aunque te ha dolido, estás bien. Que lo estás superando con entereza y sin llantos.

—¡Gracias!

—No hay nada que agradecer —intervino April—, es la verdad. Además, mañana tiene una cita con un tipo estupendo.

Fue como si la llamada de Matías hubiera sido un revulsivo en su vida, porque desde ese instante, tanto April como Raphael, que habían tratado de animarla, pero respetando su espacio, decidieron que ya estaba bien y que tenían que salir juntos como habían hecho siempre.

—¿No os parece un poco raro estar aquí? —preguntó Catalina cuando Will se marchó ceñudo después de tomarles nota.

—No. Hemos venido aquí siempre. No vamos a dejar de hacerlo solo porque mi chica lo ha rechazado —anunció Raphael inclinándose para darle un sonoro beso a April en la mejilla.

La rubia se sonrojó con fuerza y Catalina no insistió. Se bebió media pinta de un trago y rezó para que la cerveza la ayudara a dormir de un tirón sin pensamientos incómodos ni sueños.

—Pregunta importante —anunció April—, si estuvieras enamorada, pero cada vez que estuvieras con ese hombre te diera dolor de cabeza, ¿qué harías? ¿Seguirías sufriendo a su lado, o buscarías a otro al que no te hiciera daño amar?

—¿Qué tipo de dolor de cabeza sería?

—Ese tipo de dolor intenso que se coge en el cogote y llega hasta los ojos —explicó la rubia.

—Definitivamente, me buscaría a otro —confesó Catalina—, el amor no tiene que doler para ser amor.

April sonrió de oreja a oreja y sentenció:

—No tengo más preguntas, señorita.

## Capítulo 44

### ESO NO ES DE TU INCUMBENCIA

Catalina se había puesto una alarma en el móvil para que no se le olvidara ir a recoger a Matías a la hora convenida. Cuando se ponía a trabajar perdía la noción del tiempo y era capaz de olvidarse de todo.

Por eso cuando a las doce menos cinco su móvil comenzó a vibrar en su bata se levantó a toda prisa de la silla y lo silenció al tiempo que se encaminaba hacia la puerta.

—¿No te quitas la bata? —preguntó April sorprendida.

—Cuando vuelva. Ahora no tengo tiempo.

Su amiga sonrió.

—Eres un caso, habértela puesto con más tiempo.

No respondió porque ya estaba volando por el pasillo de camino a los ascensores.

La suerte hizo que no hubiera gente esperando, por lo que llegó a la planta del museo sin paradas intermedias.

Atravesó la zona para empleados y salió a la sala de los visitantes sin molestarse por las miradas de curiosidad de los asistentes. En dos minutos llegó a la puerta principal y tras hablar con el vigilante, al que le explicó que iba a acompañar a un historiador a las entrañas del museo, recogió la tarjeta acreditativa de Matías y salió a recogerle.

Él la estaba esperando. Le ofreció una sonrisa y echó a andar hacia ella.

—Hola, me alegro de verte —saludó dándole dos besos.

—Yo también me alegro. Esto es para ti —dijo mostrándole la acreditación y pidiéndole por señas que agachara la cabeza para ponérsela.

—¿Dónde me vas a llevar? —preguntó con curiosidad.

—Nuestra primera parada va a ser la sala A, que es donde trabajo con

April. Lo que significa que vas a ser testigo de una auténtica restauración del National.

—Suenan bien.

Con esa complicidad se encaminaron hacia la entrada del museo donde el vigilante que había atendido unos minutos antes a Catalina les hizo un gesto para que entraran sin detenerse. No obstante, a pesar de la deferencia del hombre, Matías tuvo que pasar por los detectores como cualquier visitante.

Catalina lo dirigió por los pasillos y los ascensores hasta la famosa sala A. En su camino se toparon con Norma, quien arqueó una ceja al verla, pero no dijo nada al respecto. Se limitó a ofrecerle una sonrisa y un breve saludo con la cabeza.

Matías pareció no darse cuenta de la reacción de la mujer, demasiado admirado con lo que veía como para ser consciente de nada más. A los pocos minutos de estar allí entró Raphael y la conversación se volvió más animada.

Matías tenía curiosidad por los infrarrojos por lo que Catalina le llevó a otra de las salas, en la que sus compañeros estaban usándolos. Todos se mostraron amables y dispuestos a mostrar su trabajo, sobre todo cuando descubrieron que Matías era catedrático de Historia en la universidad.

Cuando se dieron cuenta eran casi las dos de la tarde y ambos estaban hambrientos.

—Me cambio y salimos a comer.

—De acuerdo, pero sabes que me debes la revancha —bromeó él.

—¿La revancha?

Matías asintió.

—Me has mostrado lo fascinante que es tu trabajo, la próxima vez tendré que mostrarte yo el mío.

Catalina rio divertida.

—¡Qué competitivo eres!

—Por supuesto —concedió sonriente—. Y pienso ganarte.

Cuando regresó a trabajar, tras la pausa de la hora de comer, Catalina estaba convencida de que era estúpida. Matías era encantador e inteligente, y parecía interesado en ella, lo que debería inclinar la balanza a su favor, pero por mucho que había tratado de verle como algo más que un nuevo amigo no había podido.

—¡Maldito Aiden! —musitó en voz baja.

Aunque había aceptado la invitación para visitar su universidad, se había asegurado de no darle ninguna falsa esperanza.

Era demasiado pronto, se dijo. Por muy nocivo que fuera para ella no podía borrar de golpe lo que sentía por Aiden. A esas alturas dudaba de que lo hubiera borrado alguna vez, después de aquella primera entrevista. Lo que había sucedido era que se había mentalizado en que no era para ella y así logró sobrevivir tres años sin pensar en ello más de la cuenta, pero no iba a ser tan fácil ahora que lo había tenido.

Apresuró el paso y entró en el vestuario para cambiarse y dejar sus cosas.

Cinco minutos más tarde irrumpía en la sala A. April alzó la cabeza de su trabajo en cuanto la escuchó entrar. Parecía alterada, comprendió Catalina.

—¡Ya estás aquí!

—¿Qué sucede?

—Aiden ha estado aquí buscándote. Y ha dejado dicho que vayas a su despacho en cuanto regreses.

Ella hizo oídos sordos y cogió el bisturí para seguir con su trabajo.

—¡Catalina! —interpeló April—, ¿qué haces? Te estoy diciendo que ha venido en persona a buscarte.

—No voy a ir.

La rubia le quitó con cuidado el bisturí de las manos y la obligó a mirarla.

—¡Estás loca! Puede que como hombre sea una mierda, pero no te olvides de que es tu jefe. Sube ahora mismo para ver qué quiere.

Eso era cierto, reconoció muy a su pesar. Aiden era su jefe y tenía que responder ante él. Malhumorada y sin decirle nada a su amiga, se dio media vuelta y salió de la sala.

Llegó a los dominios de Norma todavía más molesta de lo que se sentía tras su conversación con April. Había tenido tiempo de calentarse ella sola, pensando en que Aiden se estaba aprovechando de su *status* para hacerla sentir peor.

—Buenas tardes, Norma —saludó.

—Lo siento, Catalina —se disculpó la mujer—. Creo que te he metido en un problema, aunque esa no era mi intención.

No entendió a qué se refería, aunque tampoco pudo preguntarle porque Norma se levantó de la silla y caminó hasta la puerta de Aiden sin darle pie a preguntas.

Llamó con suavidad y acto seguido abrió y asomó la cabeza por la puerta.

—Catalina ya está aquí.

—¡Que pase!

El tono autoritario de Aiden la sorprendió. Normalmente era educado con sus trabajadores y en el museo se comentaba la estrecha relación que este tenía con Norma, quien además de su secretaria, era su amiga.

—Buenas tardes, me han dicho que querías verme —dijo Catalina con un nudo en la garganta.

Tras la ruptura esa era la primera vez que le veía y, visto lo visto, él parecía tan fresco como siempre, lo que le supuso un doloroso pinchazo en el pecho.

—Así es. Siéntate, por favor.

Así lo hizo, no porque él se lo hubiera pedido, sino porque no estaba segura de que sus piernas la sostuvieran durante más tiempo.

—¿Qué necesitas de mí?

En lugar de responder le ofreció una sonrisa falsa.

—¿Qué necesito de ti? Vaya, que solícita estás. Supongo que eres así con todo el mundo.

—¿De qué hablas?

—Has traído a alguien al museo y lo has paseado por las instalaciones...

Ella le cortó rápido.

—No estoy haciendo nada que no esté permitido hacer. Matías es un profesor de Historia al que necesitaba consultar sobre una iconografía que debía restaurar y que no cuadraba con lo que habíamos visto hasta ahora.

—¿Qué rápida eres inventando excusas!

Catalina se levantó de la silla.

—No son excusas y, en cualquier caso, tengo trabajo pendiente que hacer. Si no estás contento con lo que hago puedes abrirme un expediente, después de todo eres el jefe.

Aiden también se levantó.

—¡Exacto! soy tu jefe directo.

—Soy plenamente consciente de ello. Ese es el único motivo por el que estoy aquí.

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba. ¿Me consideras exclusivamente tu jefe?

—¿Qué más podrías ser? Lo nuestro ni siquiera merece la mención de relación. Las relaciones son otra cosa distinta a lo que tuvimos.

—¿Qué cosa?

—La unión entre dos personas que desean estar juntas, sin una fecha de caducidad preestablecida.

—Siéntate, por favor —pidió en un tono tan derrotado que Catalina estuvo tentada de hacerle caso.

—Voy a marcharme —anunció, dándose la vuelta y caminando hacia la puerta.

No llegó hasta allí. Aiden la interceptó asiéndola del brazo y abrazándola desde atrás.

—Lo siento —se disculpó él.

—¿Qué sientes?

Durante unos segundos, Aiden no respondió y Catalina trató de zafarse de su agarre.

—Siento haber sido un idiota. No quiero que nuestra relación acabe, pero tengo miedo.

Ella se dio la vuelta en sus brazos y le miró a los ojos.

—Yo también tengo miedo.

Él pareció sorprendido por su confesión.

—Tengo miedo de que vuelvas a cambiar de opinión, de esa frialdad que aparece cuando menos lo espero, de que me hagas daño...

Aiden la acalló con un beso.

Catalina se separó tratando de recuperar el juicio.

—Aiden, no, tus normas... No voy a poder soportarlas.

Él sonrió y volvió a besarla.

—Déjame demostrarte que tú eres la excepción a esa regla.

Al otro lado de la puerta, Norma sonrió con orgullo. Si había alguien a quien se le debía atribuir ese final feliz era a ella. Después de todo, había sido la culpable de hacerle ver a Aiden que la mujer de la que estaba enamorado no iba a esperarle para siempre.

## Epílogo

# SÍ, QUIERO

—Cómo mi hija se parezca a tu madre te mataré —sentenció Eugenia al recordar que el obstetra les había confirmado que el bebé que esperaban era una niña.

Estaban a punto de convertirse en marido y mujer otra vez, y la imagen de su suegra invadió su mente, atormentando sus últimos momentos de feliz mujer divorciada.

—Cariño, solo vamos a ponerle su nombre, eso no marca el destino de un bebé.

—¡Claro que lo hace! —se quejó su esposa—. Mírame a mí y a mi hermana, somos unas auténticas reinas. Yo quería que mi hija se llame a Isabel, que sí que reinó en España —lloriqueó.

—No solo eres una reina estupenda, sino que, además, eres una novia preciosa —sentenció la otra reina, la de Inglaterra, apareciendo para poner paz—, ahora suelta a tu futuro esposo y deja que vaya a esperarte a su sitio. Ya sabes lo que dicen de que el novio vea a la novia antes de tiempo.

Eugenia soltó con reticencias a Arthur y miró a su hermana.

—¡Tienes razón! Arthur, vete, pero cierra los ojos y no me mires más.

Catalina rio al ver a su cuñado cumpliendo con la disparatada petición de su mujer.

El pobre vivía pendiente de ella, preocupado porque se disgustara o se cansara más de la cuenta. Si ya había estado así de enamorado de ella antes, ahora que, además, era un futuro padre primerizo, estaba obsesionado con protegerla hasta de los pocos rayos de sol del triste cielo de Londres.

—¡Estás guapísima! —dijo Eugenia una vez que Arthur abandonó la habitación y pudo fijarse en alguien más—. ¿Dónde has dejado a ese novio

tuyo tan atractivo?

—Sentado junto a mamá.

La novia abrió los ojos exageradamente.

—¡Estás loca! Mamá le hará un tercer grado y todos vuestros secretos quedarán al descubierto.

Catalina se encogió de hombros.

—No tenemos nada que ocultar.

Eugenia se rio entre dientes.

—¿Estás segura? ¿Qué crees que va a decir tu querida madre cuando descubra que prácticamente estás viviendo en su casa sin estar casados?

—Aiden no es tan tonto. No le dirá nada.

—Si tú lo dices.

—Está entrenado para soportar cualquier tortura —bromeó.

La organizadora de la boda apareció en ese instante para dar las últimas directrices al padrino y a la novia, con lo que cortó la conversación de las hermanas.

Tan solo unos minutos después, Eugenia caminaba del brazo de su padre y seguida de su dama de honor, Catalina, hacia la magnífica terraza del ático de Arthur, que ofrecía las mejores vistas de la ciudad y, donde la esperaban el juez de paz, su futuro marido y los pocos asistentes que habían sido invitados al evento íntimo.

Eugenia estaba preciosa e incluso había olvidado sus preocupaciones iniciales, ya que le sonrió a Lauren al pasar a su lado.

Catalina miró embelesada a Aiden, sentado junto a su madre, sonriente y feliz, y recordó la noche anterior en que la había sorprendido con una propuesta de matrimonio que no se esperaba. Había estado segura de que Aiden no tenía ninguna intención de volverse a casar, por lo que la propuesta fue todavía más emocionante.

Habían decidido callarse para no restarle protagonismo a la novia, pero el anillo de diamantes que él le había dado estaba a buen recaudo en la cartera de mano que llevaba la dama de honor. Caminar al altar junto a su hermana se sentía distinto a la primera vez en que lo hizo, quizás, porque tenía la certeza de que la próxima vez sería ella la que llevaría el ramo y Aiden el que la estaría esperando para darle el «sí, quiero» y compartir con ella el resto de los días que le quedaran por vivir.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)